

SERENDIPIA STARK



*Tus Secretos
y los Míos*

Serie Guante de Seda I

TUS SECRETOS Y LOS MÍOS

Serie «Guante de seda» I

La serie «Guante de seda» está compuesta por **4 novelas autoconclusivas**, ambientadas en el Londres de la **Regencia**.

Si adoraste los Bridgerton, el romance histórico y el mundo de Jane Austen, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.

GRACIAS por leer.

Te espero a diario en

INSTAGRAM: @serendipia Stark escritora

FACEBOOK: Serendipia Escritora

©SerendipiaStark2021

Código ASIN:

Todos los derechos reservados©

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Prólogo](#)

LONDRES,
último mes de primavera.
1815

Capítulo 1

*Cuando nada importante se hace,
los cotilleos malsanos surgen solos,
y las lenguas aburridas les dan alas.*

—Por favor, por favor, hágase a un lado. —lady Evelyn Fowler entró en la sala, congestionada y resoplando, apartando con un codo a la doncella que intentaba anunciarla— ¡Tengo algo importante que contarles!

La animada charla entre señoritas se quebró de un plumazo. Los modales de la joven, bruscos y poco protocolarios, contrastaban con la delicadeza de sus facciones y su figura menuda. La señorita Hagstings, anfitriona de la reunión, se adelantó a recibirla, preocupada por su estado.

—Mi querida Evelyn... Me alegro de que se haya decidido a visitarnos. Precisamente tenía pendiente presentarle a la señorita Julianna; aún no han tenido ocasión de coincidir porque está recién llegada a Londres...

Lady Evelyn estiró una mano frente al sorprendido rostro de Anne.

—Ahora no, querida, se lo ruego, esto es demasiado jugoso.

Con la sola excepción de Julianna, todas se encogieron ante la falta de cortesía. Anne Hagstings ordenó té templado para lady Evelyn. Con urgencia.

—¡Y unas sales! —añadió la afectada desplomándose sobre un diván.

—¿Pero qué ocurre?

—Parece que ha visto un fantasma —se oyó una voz débil al fondo.

—¡Es peor! ¡Mucho peor! Podrán juzgar por ustedes mismas, cuando las haga partícipes de la terrible noticia. Y comprobarán que no exagero ni una pizca.

En labios de lady Evelyn, la palabra «noticia» implicaba, indefectiblemente, chisme succulento. Todas se aproximaron con discreción y muchas ganas.

—¿Qué es? Cuente, cuente...

—Va a darnos un ataque.

—El mismo que estuve a punto de sufrir yo cuando me enteré. Nuestro querido duque de Richmond, el soltero más codiciado de Londres, el hombre más varonil y seductor que conocemos, el que todas ustedes, solteras no comprometidas, aspiran a cazar...

—¿Ha tenido un accidente? —aulló una de las señoritas.

—¿Se embarca a las Américas?

—¡Peor!

—¡Se casa! —apostó la señorita Hagstings.

—¡En efecto! Parece ser que el duque se desposará en breve.

La voz aguda de lady Evelyn hizo coro con los gemidos de las presentes. De nuevo, todas menos Julianna, que no tenía el placer de conocer al duque, y desconocía la trascendencia de la noticia, se llevaron las manos a la cabeza.

—¿Podemos preguntar...?

—¿Con quién?

—Eso es lo verdaderamente terrible.

Justo cuando iba a revelarles el deseado dato, interrumpieron dos doncellas, con un servicio de té y un frasquito de sales para atender a la agitada joven. El grupo al completo contuvo la respiración hasta que volvieron a quedarse solas.

—¿Quién es la afortunada? —la azuzó Alicia Pettigrew, con su taza suspendida en el aire. Lady Evelyn llenó sus pulmones con brío.

—Lady Rebeca Percy.

—¡¿Cómo?!

—¿La hija...?

—¿... misteriosa y huraña de lady Stone?

—La misma.

—Nadie sabe demasiado acerca de ella, nació y pasó sus primeros años en París —aclaró con tono grave la señorita Waterman, dirigiéndose a Julianna, la única de la reunión que no conocía a ninguno de los implicados en el chisme.

La invitada pelirroja no pareció impresionarse demasiado.

—Y de todos es conocido, que las normas de educación de una joven dama inglesa, nada tienen que ver con lo que se estila en otros países. Mucho menos en Francia.

—Se crían salvajes y asilvestrados, por muy aristócratas que sean —resumió lady Evelyn, con un golpe de abanico. Las otras dos asintieron con las cabezas.

—Bueno, la fama de agrestes de las damas francesas no es más que una habladuría malintencionada —precisó Anne Hagstings—. He tenido ocasión de coincidir con lady Rebeca en varios bailes, como la mayoría de nosotras, y convendrán conmigo en que es una joven exquisita de refinados modales.

—Usted misma lo ha dicho. Ese es su comportamiento en público. A saber... —silabeó Evelyn con retintín.

—Tampoco nadie la ha oído jamás defender los ideales franceses —agregó la anfitriona con timidez. Lady Evelyn le dirigió una rápida mirada cortante.

—Bueno, de tenerlos, seguramente sea algo que lady Rebeca se guardaría mucho de manifestar en público.

—Hay que ser muy poco patriota para preferir vivir tus primeros años fuera de Inglaterra. Y forzar a la familia a que haga otro tanto —opinó Penélope Waterman, meneando con disgusto la cabeza.

—Todo debió ser por complacer a la hija, ya que lady Stone, que en paz descanse, adoraba la campiña inglesa —añadió lady Evelyn.

—¿Y qué me dicen de su esposo, el conde? Se sentía inglés hasta la médula de los huesos y el pobre tuvo la horrible desgracia de fallecer en tierras hostiles.

—Murió en Francia, señorita Donne —aclaró Anne Hagstings a su confusa invitada.

—Un conde inglés enterrado en tierra enemiga... Qué jovencita tan egoísta —remató lady Evelyn, tomando un sorbito de té.

—Lady Rebeca es una joven agradable, pero debo reconocer que no demasiado accesible —la señorita Hagstings volvió a informar a su invitada italiana.

—Sin embargo, se rumorea que su trato con los criados es muy cercano —apuntó lady Evelyn, con una chispa de malicia. Muchos ojos se abrieron de golpe.

—¿A qué se refiere?

—¿Qué tipo de... trato?

—No de ese que están imaginando —se apresuró a aclarar.

Varios abanicos se agitaron enloquecidos.

—Eso espero, ¡menudo escándalo!

—Pero sí una especie de familiaridad impropia, de todo punto indigna, teniendo en cuenta la clase a la que ella pertenece. Dicen que trata a su ama de llaves como a una segunda madre.

—Señoritas —como anfitriona, Anne Hagstings entendió que era su obligación poner fin a la malevolencia de los comentarios, que empezaba a desbordarse—, supongo que eso no debería importar demasiado. Lo cierto es que ahora, a todos los efectos, vive como heredera única de toda la fortuna, tierras y colonos de la familia.

—Hasta en eso le ha sonreído la suerte: tras fallecer el conde de Stone, su único heredero resultó ser un lord escocés muy bien situado y poco interesado en mudarse a Inglaterra. Le concedió a lady Rebeca, como única hija de los condes, el usufructo vitalicio de la casa familiar y sus tierras.

—La renta anual de Amschel House es altísima. Y ella recibe una asignación anual absolutamente demencial —apuntó Penélope, con la boca torcida.

—Que ha de sumarse a la fortuna que su padre le adjudicó en testamento. Y otro tanto hizo su madre, lady Stone. En definitiva, es espantosamente rica, de hecho, podría no casarse si quisiera.

—¿Por qué entonces unirse con el duque? ¿Por qué con él?

—No es justo que dos de las mayores fortunas de Inglaterra, se fusionen sin necesidad alguna —

anotó lady Evelyn acercando el frasquito de sales a su nariz—; el duque debería reservarse para otra dama de mejor origen y peores caudales.

—Apuesto a que no es un casamiento por amor.

—¿Pero es que siquiera se conocen? —quiso saber Alicia con ansia.

—¿Acaso los han visto juntos en algún baile? ¿En el campo? ¿De cacería?

Penélope Waterman se abanicó con fiereza y los mofletes como ciruelas maduras.

—¿Cómo es que han intimado hasta ese punto? ¿De dónde sale este compromiso? Si no desvelo pronto tanto secreto, creo que moriré del disgusto.

—La entiendo, querida. Todas estamos igual, es una noticia de lo más inesperada —gimoteó lady Evelyn, algo más serena—. El rumor proviene del área del servicio. —hizo un gesto con las cejas—. Es fiable.

—¿Y para cuándo han fijado la boda? Porque lady Rebeca aún está de luto por la muerte de su madre, y apenas se deja ver.

—Creo que para el año próximo, pero es de esperar que en breve, hagan público el compromiso. Ese luto de los Stone ya dura demasiado —apostilló lady Evelyn, aspirando las sales con tanto arrojo, que sufrió un ataque de tos.

—Es todo tan oscuro...

Lady Evelyn Fowler logró reponerse a tiempo para responder.

—Lady Rebeca es un misterio en sí misma, se prodiga poco allí donde pueda ser observada y juzgada. Y ahora, para colmo... duquesa.

—Hay suertes que no se merecen —sentenció Penélope, con gravedad.

El salón quedó en silencio por unos segundos. Con un suspiro, Alicia Pettigrew, lo hizo pedazos.

—Y dígame, señorita Julianna, ¿en Venecia ocurren igualmente estos hechos increíbles?

Con un respingo, lady Evelyn no le permitió responder.

—¿Es usted veneciana? ¿Cómo no me lo ha dicho antes? ¡Adoro Venecia y todo lo que implica!

—¿La fama de libertinos de sus caballeros? ¿Su estilo de vida disipada? —rio Alicia.

—¿Los trucos de seducción de las cortesanas? ¿Sus métodos de poder? —Penélope Waterman se

ahogaba de emoción.

La señorita Julianna se sonrojó hasta la raíz de sus cobrizos cabellos.

—Bueno, no crean todo lo que se cuenta por ahí. Frente a las habladurías, a veces hay que ser cauteloso con aquello que se da por cierto.

Y sin saber bien el motivo, Anne Hagstings tuvo la sensación de que su invitada no se refería únicamente a los cotilleos acerca de los nobles venecianos y sus pintorescas y... discutibles costumbres.

Capítulo 2

*Somos lo que soñamos
o más bien, soñamos lo que
desearíamos ser.*

—¡Simon! ¡Para! ¡Para, Simon, no puedo seguirte!

El chico era alto para su edad. Espigado y fuerte, con largas piernas que le permitían saltar de un alero a otro. Se detuvo con un pie en equilibrio. El edificio era muy alto. Y la travesura, recorrer a la carrera sus inclinados tejados, peligrosa. Se giró pero no vio a nadie.

—¡Si te escondes no me detendré! —advirtió sin perder la sonrisa.

De detrás de un torreón y por sorpresa, surgió una jovencita de aproximadamente su edad. Riendo a carcajadas, con las largas faldas arremangadas sobre la cintura para que no le estorbasen al correr.

—Eres una tramposa.

—¡No puedo seguirte!

—Es que de eso se trata. No volverás a conseguir que te espere.

Antes de que Simon terminase la frase, ella había vuelto a correr, en zigzag por el borde de la techumbre, alejándose a toda prisa.

—¡Bribona!

—Esta vez seré yo la que alcance el torreón norte la primera.

Simon la persiguió, guiado por la estela de su perfume. La chica era ágil y rápida pero a él no le costó ponerse a su lado. Ella lo miró, desafiante, sin dejar de saltar. Cuando ya solo quedaban unos pocos metros para alcanzar el torreón de vieja piedra oscura, una sombra enorme planeó por encima de sus cabezas. La muchacha soltó un grito y se agachó, cubriéndose con los brazos.

Simon se inclinó sobre ella para protegerla con su cuerpo.

La formidable cigüeña pasó de largo, rozándolos pero sin prestarles atención, directa a su nido.

Los chicos, en cuclillas sobre la resbaladiza pizarra, se miraron y se echaron a reír.

Estaban muy cerca el uno del otro. Sus rostros, sus frentes y sobre todo, sus bocas. Hacía frío y el vaho que producían al respirar se mezclaba en suaves volutas. Dejaron de reír, dejaron de hacer ningún ruido o movimiento. Dejaron de jugar para solo mirarse. El corazón de ambos se estaba acelerando de un modo incomprensible. Y no era consecuencia de la carrera.

—Te brillan los ojos —dijo Simon en un dulce susurro—. Siempre te brillan los ojos, nadie los tiene como tú, del color del cielo en otoño.

Y se aproximó un poco más hasta que sus labios rozaron los de ella. Levemente. Apenas.

La jovencita suspiró, deseando aquel beso desde lo más profundo de su ser.

Pero no ocurrió nada. No sintió nada de lo que esperaba sentir.

Rebeca Percy abrió los ojos con disgusto. Otra vez aquel sueño inacabado que se repetía de modo obsesivo desde hacía unos meses.

—¿Ha dormido bien, milady?

El ama de llaves descorrió los pesados cortinajes de las ventanas y la joven se estiró completa en un perezoso bostezo.

—Buenos días, Amelie. Para ser sincera, no del todo.

—¿Acaso la cena fue demasiado pesada? Puedo encargarle a la cocinera algo más ligero a partir de ahora, o que le preparen una tisana digestiva antes de...

—No, no es eso. Siguen pasando los meses y... no sabemos nada de él.

—Y eso la tiene inquieta, lo comprendo. Pero no debería preocuparse.

—¿Se habrá arrepentido? ¿Lo habrá olvidado? ¿Le habrá pasado algo?

El ama de llaves le tendió la bata de raso blanco y sacudió los almohadones de la enorme cama.

—No le ha pasado nada, siendo quien es, de haber ocurrido una desgracia, le aseguro que hace

rato nos habríamos enterado.

—Es que... no entiendo ese comportamiento.

Amelie la miró con un brillo de curiosidad en las pupilas y un asomo de sonrisa.

—¿Desea que la visite?

—¡Oh, no, no, claro que no! No quiero ver al duque, solo saber a qué atenerme. Las esperas me ponen tensa y me provocan pesadillas. Esta ya dura demasiado.

—¿Necesita que la ayuden a vestirse? Enviaré a una doncella, el desayuno espera.

—Comeré algo y saldré a cabalgar un rato. A ver si logro despejar mi cabeza.

—Podría enviar a algún criado a Coventwood a averiguar...

Rebeca se giró alterada, con el cepillo de plata entre las manos.

—¡En absoluto! No quiero que ese hombre piense, ni por un solo minuto, que anhele su presencia. Tengo que evitar malentendidos, como sea.

—Entonces no veo otra solución más que esperar y ver cuál es su próximo movimiento a partir de ahora.

—Detesto perder el control de mi propia vida, Amelie. Aquí estoy, viendo pasar los días, sin poder hacer planes, solo porque un desconocido tiene la llave de mi futuro. Si no puedo hablar con él y acordar una opción que me libere, esto va a ser muy fastidioso. ¿Te imaginas? ¡Puedo pasarme esperando años!

Amelie sonrió con ternura. Tomó el cepillo de manos de su señorita, y lo pasó por entre sus largos mechones oscuros.

—No creo que sea el caso. Apuesto a que está más ansioso que usted porque esa entrevista se celebre.

—Pero ¿por idénticos motivos? ¿También quiere ser libre, como yo?

—Eso no puedo asegurárselo, milady. Ojalá pudiera. Sin embargo, si se me permite sospechar...

—Sospecha, te lo ruego —la animó Rebeca. La buena mujer volvió a sonreír.

—Sospecho que no.

Lady Rebeca bufó con desgana y los labios apretados. Su ama de llaves le ocultaba algo, podía

adivinarlo en aquella misteriosa sonrisa torcida.

Capítulo 3

*Cuando de averiguar se trata,
hay que ponerse en marcha cuanto antes.
Los acontecimientos pueden girar en un día
y el chisme perdería su interés.*

Después de la reunión, lady Evelyn forjó un plan y repartió entre las señoritas, las tareas que tan ardua investigación requería. Después de que una de las presentes en la reunión mencionase a lord Joseph Walsh, al que, a diferencia del duque, sí habían visto pretender a lady Rebeca en bailes y diversos actos sociales, y que repentinamente parecía haberse esfumado, decidió que había que buscarlo y sonsacarle toda la información posible; ella misma se encargaría.

La señorita Julianna, en su calidad de recién llegada que visita para presentar sus respetos, era la más indicada para interrogar a lady Rebeca Percy, directamente pero con sutileza. Y finalmente, el duque de Richmond, la fuente de información más inaccesible y placentera, se dejaba a merced de todo el grupo. Cualquiera que tuviese la menor oportunidad, debía intentarlo.

Julianna Donne bajó del carruaje tras la estela de su única conocida en Londres, Anne Hagstings. Apenas llevaba unos meses viviendo en la ciudad, después de que sus padres la enviasen al cuidado de sus tíos, a fin de encontrarle marido, tratando de alejarla del sumidero de perdición en el que se iba convirtiendo Venecia, gracias al libertinaje de sus costumbres y la autoridad encubierta de las cortesanas. La curiosidad de la joven por conocer a lady Rebeca, de la que todos hablaban en términos tan ambiguos, era ya insoportable.

—Recuerde que su madre, lady Stone, falleció hace tiempo pero ella aún mantiene el luto. No olvide mencionarlo cuando le presente sus respetos —la aleccionó la señorita Hagstings en un susurro.

—¿Qué tipo de persona es?

—No sabría decírselo. Distinta a lo que ha conocido hasta ahora, eso por descontado, poco habladora, siempre pegada a su madre y con escaso interés, al parecer, por la vida de sociedad.

—¿Una mojigata tímida y apocada... como yo?

Anne dejó ir una risa cantarina, al tiempo que desplegaba su sombrilla de encaje para protegerse del sol.

—Como nosotras, querrá decir. No, nada de eso. Tiene personalidad y un carácter firme y reservado. Jamás he conseguido arrancarle un solo chisme acerca de nadie. Es como si la vida de los que la rodean le trajese sin cuidado.

—Considero, querida amiga, que eso es más una virtud que un defecto.

Anne se encogió de hombros. Ya seguían a los sirvientes dentro de la mansión, donde la temperatura se hizo inesperadamente agradable.

—Lady Evelyn estaría en franco desacuerdo. Depende de cómo se mire. Es aburrido. ¿Qué hacer cuando nos reunimos si no es hablar unos de otros? Nos mantiene entretenidos e informados. Ah, olvidé decirle que es hermosa. Insultantemente hermosa.

El ama de llaves se acercó a recibirlas. Una mujer altísima, vestida de oscuro de pies a cabeza, que en un principio, despertó en Julianna la peor desazón. Sin embargo, cuando habló, su voz era suave y estaba llena de ternura.

—Señorita Hagstings, señorita Donne, sean bienvenidas; lady Rebeca está montando a caballo, han ido a darle aviso.

—Sentimos molestarla, que descortesía por nuestra parte, debimos anunciar nuestra visita con anticipación —se excusó Anne Hagstings.

—Estará de vuelta en pocos minutos, y encantada de verla. Últimamente se mantiene demasiado aislada, eso no es bueno. Sean tan amables de esperar en el saloncito —se dirigió a la señorita Hagstings—, les serviremos un té con su acompañamiento favorito.

Las dos damas se acomodaron en la preciosa estancia. Para Julianna, acostumbrada a los excesos de la decoración veneciana, el estilo campestre de los ingleses suponía un remanso de paz.

Aquella mansión, siendo imponente, rezumaba calor de hogar. Rebeca y su madre debieron de ser muy felices frente a aquellas chimeneas de piedra blanca, rodeadas por aquellos ventanales de gigantescas vidrieras de colores. Y tantísimos libros.

—Como puede comprobar, la finca es sublime. Las tierras de cultivo, inabarcables, y la rentabilidad de esas granjas, ya la quisiera para sí cualquier conde de los que le presentaré en breve. El heredero escocés del conde permitió que lady Stone escogiera administrador y empleados. Y le confieso que la dama tenía buen ojo: el señor Llorent, el administrador, es de origen español, sagaz y habilidoso con las inversiones. Mi padre trató de contratarlo, pero su fidelidad a los Stone parece ser inquebrantable.

Una doncella cargada con una bandeja de plata interrumpió las cavilaciones de Julianna. Sirvió el té en silencio y abandonó el saloncito tras una breve reverencia, dejándolas de nuevo a solas. Anne se lanzó sobre los pastelillos.

—Olvidaba decirle que el administrador no es lo único valioso en la familia. La cocinera tiene manos de ángel. Pruebe estos deliciosos pastelillos de limón.

No pasó mucho tiempo antes de que la puerta volviera abrirse para dejar paso a lady Rebeca Percy. Estaba claro que venía de prisa, con las mejillas arboladas, el pelo un poco revuelto. A Julianna le pareció encantador que se hubiese tomado la molestia de interrumpir su cabalgada a causa de una visita inesperada, y una de las jóvenes más bellas que había visto nunca: de regia estatura y silueta cimbreante, espesa cabellera oscura y facciones tan delicadas y decididas como las de una emperatriz.

A Rebeca, por su parte, le había fastidiado bastante que un mozo llegase a caballo, cuando más libre y dichosa se sentía, a anunciarle su obligado regreso. Detestaba las sorpresas, no por lo inadecuado de aparecerse sin avisar, si algo defendía Rebeca Percy era la espontaneidad, siendo como era, enemiga de las rígidas normas de comportamiento, sino por entorpecer uno de sus pasatiempos favoritos. Así y todo, tomó aire y sonrió con amabilidad.

Anne se puso en pie de un salto y la veneciana la imitó.

—¡Mi queridísima lady Rebeca! Cuánto lamento haber venido sin avisar. Me temo que me

desbordaron las ganas de verla y de presentarle a la señorita Julianna Donne, tanto, que no pensé que no estaría en casa. Como se prodiga tan poco desde lo de su madre...

Rebeca esbozó una leve sonrisa. Aceptó las manos extendidas de Anne y las apretó con afecto. Todavía llevaba en la mano la fusta, que su ama de llaves se apresuró a recuperar.

—Anne... señorita Julianna...

La muchacha pelirroja inclinó la cabeza a modo de saludo. Era muy bonita, de facciones delicadas, cutis pecoso y fascinantes ojos verdes.

—Encantada de conocerla, lady Rebeca. Lamento enormemente su pérdida.

—Le agradezco la deferencia. Veo que ya están servidas, por favor, Amelie, traiga una jarra de agua fresca con limones.

—Julianne está recién llegada a Londres, vive con unos parientes frente a mi casa en Belgrave, pero nació y creció en Venecia. Exótico, ¿no le parece?

—Mucho. Mi madre vivía enamorada de esa ciudad de hadas. De hecho, la visitamos juntas en varias ocasiones. Enhorabuena, Julianna, goza usted de una cuna realmente mágica.

—Querida, su mirada se ensombrece con los recuerdos. Si me permite decirlo, está prolongando demasiado su luto y su reclusión. Pregúntese si su adorada madre estaría de acuerdo, ella querría que fuera feliz.

—Soy feliz, Anne, no lo dude.

—Pero siempre encerrada en Amschel House, a solas... no ha aceptado las últimas invitaciones que le envié, no crea que no la hemos echado de menos. Tiene que ir reincorporándose a la vida social, querida, poco a poco.

—Poco a poco, usted misma lo ha dicho. Quizá no haya demasiado provecho para mí en esa vida a la que se refiere.

—Suenas melancólica. ¿La semilla de un amor incipiente, tal vez? Sería un motivo de alegría entre tanta desgracia...

Por primera vez, Rebeca dejó escapar una risita suave. Seguro que no se equivocaba al apostar que Anne venía en busca de información con la que más tarde, aderezar sus reuniones de

sociedad. El asunto del compromiso con el duque, si finalmente se cerraba, no tardaría en saberse, no había razón para ocultarlo, pero tampoco le regalaría a nadie la satisfacción de saberlo de antemano. Anne Hagstings no le caía especialmente mal, pero los chismes y cotilleos, en general, la ponían enferma. Tomó la risa como una pausa con la que ganar tiempo, y directamente, no respondió.

Julianna observaba en silencio y con devoción cada uno de sus contados gestos. De repente, Anne se puso en pie de un salto.

—¡Cielos! Había olvidado que tengo una cita importante, tendrán que disculparme.

Julianna abandonó el sillón de inmediato, sin embargo, Anne le indicó con un gesto que volviera a sentarse.

—No es necesario que venga, señorita Donne, por favor, siga haciéndole compañía a lady Rebeca. Sería imperdonable abandonarla ahora, después de haber interrumpido su paseo a caballo. Así podrán conocerse mejor. Enviaré mi cochero a recogerla en, digamos, hora y media. Dicho y hecho. Con una despedida un tanto apresurada, Anne Hagstings salió por las puertas de Amschel House, dejando atrás a una tímida Julianna que no sabía demasiado bien cómo comportarse en presencia de alguien tan intimidante como lady Rebeca Percy.

—¿Le gusta Londres? ¿Es lo que esperaba? —quiso saber la anfitriona con gentileza.

Julianna se armó de valor para responder sin tartamudear.

—Creo que prefiero el campo. Hay más espacio y las actividades son más interesantes que las de los salones, donde la gente habla y habla... Lo siento, espero no haber cometido ninguna indiscreción.

La risa de Rebeca fue ahora más audaz y sincera.

—Mi querida Julianna, aquí puede expresarse con toda libertad. Si no me prodigo en ese tipo de actos sociales a los que la señorita Hagstings se refiere, es precisamente por lo mismo. ¿Acaso no hay sugestivos temas de conversación que no versen acerca de la vida ajena? Pareciera que los ingleses no supiéramos hacer otra cosa más que despellejar al prójimo. Si eso es lo que me aguarda en Londres, le aseguro que prefiero quedarme en el campo. Al menos, mis caballos y

mis perros no chismorrear.

El tono distendido y amigable de lady Rebeca consiguió que Julianna se sintiera cómoda. Más de lo que había estado nunca desde su llegada a Inglaterra y, desde que comenzara el rosario de presentaciones, de mansión en mansión, de apellido ilustre, en apellido más ilustre aún.

Y eso que aún no había dado comienzo la caza de marido.

—Es usted encantadora; si me lo permite, en solo unos minutos de charla, siento con usted mucha más afinidad de la que me hayan podido transmitir las damas que ya he conocido.

—Intente no juzgarlas con demasiada dureza, nuestra sociedad es complicada. Nada se valora tanto como la apariencia, lo que lleva a muchas damas interesantes a ocultarse tras una fachada de absurda ignorancia. No es que no haya mujeres increíbles, es que no les permiten florecer. Hay que ser un poco rebelde para imponerse y lograrlo, algo que a todas luces está mal visto. Ya lo dicen, la revolución no es para todos.

Julianna asintió y permaneció unos segundos en silencio. Rebeca también empezaba a sentir un inexplicable lazo de simpatía con aquella desconocida, algo que siempre deseó en sus años de solitaria niñez, pero que hasta ahora, la vida no le había regalado.

—¿Puedo serle franca? —preguntó la joven pelirroja.

—Por favor, es lo mínimo que espero de usted.

—Me gusta, milady.

La blanca mano de Rebeca Percy voló hasta posarse en el antebrazo de Julianna. Era cálida y afable.

—Celebro que el sentimiento sea mutuo. Amschel House está abierta para usted siempre que quiera visitarme. Y sería todo un placer que aceptase ser mi huésped durante una temporada.

—No dude que le tomaré la palabra, lady Rebeca. En cuanto mis voluntariosos tíos me permitan ausentarme. Temo que se hayan tomado muy en serio el encargo de mis padres de reeducarme al estilo inglés, y buscarme un marido adecuado.

—Oh. Matrimonio. Palabra maldita.

Julianna volvió a reír, Rebeca la secundó. Era como si se conocieran desde siempre, o fuesen

hermanas reunidas tras años de separación forzada.

—¿Eso cree? Pues también en ese punto estamos de acuerdo.

Rebeca le sirvió una copa de agua fresca con aroma de limón y durante mucho rato, siguieron hablando, de ellas mismas, de sus sueños, de Venecia y sus palacios, de la vida en el campo. No mencionaron a nadie, no analizaron el futuro ni la fortuna de ningún vecino, fue una conversación limpia y sin críticas. Rebeca sabía que la intención de Anne Hagstings dejando allí a Julianna, era sonsacarle la información que por sí misma no había obtenido. Pero la italiana no hizo el menor intento de encaminar la charla en esa dirección. De modo que Rebeca Percy se sintió inmensamente agradecida.

Capítulo 4

*El hombre perfecto
no siempre lo aparenta.
Y viceversa.*

—Avisa cuando retournes al mundo de los vivos, duque.

Andrew Wellesley se sacudió el sopor y miró al barón de Roe, uno de sus mejores amigos y de los que con mayor paciencia, soportaba sus interrupciones en las cacerías. En efecto, pensando en el destino que, quizá sin querer, había dibujado para él lady Stone, el duque se había desconectado por completo de la realidad.

—Disculpa. Estaba revisando mentalmente unos proyectos futuros.

—Han de ser vitales, a juzgar por la profundidad con la que estabas abstraído.

—Más de lo que imaginas. Puede que el resto de mi existencia dependa de ellos.

—¿Vas a vender alguna propiedad? ¿Acaso planeas abandonar Inglaterra? No lo hagas, amigo, no me partas el corazón.

Andrew rio la broma de Augusto. Ambos compartían ese talante desenfadado que facilitaba, en general, su trato con los demás.

—¿Alguna vez pensaste en casarte? —quiso saber el duque.

—Bueno, no es algo que se piensa, es algo que todos los nobles acabaremos haciendo, tarde o temprano, por obligación. Tú más que nadie.

Ni más ni menos que lo que Andrew pensaba, lo que pensaba todo el mundo. Todo un alivio que su mejor amigo también lo confirmase.

—Pero, ¿en breve? ¿Te lo has planteado? ¿Has elegido a alguien?

—Ya sabes que no. Y cuando el momento llegue —Augusto bajó la voz hasta convertirla en un murmullo confidencial—, no tendré otra cosa en consideración más que su estatus y su posible

fertilidad. No nos engañemos, es lo que se espera de nuestros matrimonios, que demos descendencia, abundante y sana.

—Sobre todo abundante.

—¿Acaso tú...? —se sorprendió el barón— El ambicionado soltero de Londres... ¿qué digo Londres? De toda Inglaterra... ¿echa de menos un nido cálido en el que arrebujarse? ¿A dónde irán a parar entonces nuestras correrías?

El duque paseó la mirada por el club de caballeros. El ambiente estaba animado: unos bebían y fumaban, en ruidosa charla. Otros jugaban naipes, ajedrez, dardos o leían. Estaba repleto de casados, allí no se hacía nada escandaloso ni fuera de lo habitual. Y parecían felices.

—Nuestras correrías no sufrirán ningún cambio. Ya conoces mi lema: mientras existan las ausencias por viajes, ¿qué necesidad hay de desmadrarse en Londres? No cuesta nada mantener las apariencias aquí, vidas monótonas y discretas que no dan que hablar. Te aseguro que puedo mantenerla igual, estando casado. Si la unión oficial me mata de aburrimiento, siempre tendré negocios urgentes alrededor del mundo.

—Espera, ¿estás tratando de convencerme de que casarse joven no es tan mala idea, después de todo?

—O de convencerme a mí mismo. —Resopló—. Cielos, me oigo y no puedo creer siquiera que esté planteándomelo.

—En efecto, amigo, no pareces tú. ¿Qué ha cambiado?

—En honor a la verdad, pronto comenzarán las presiones familiares, las grandes heredades precisan de futuros dueños. No podemos vivir siempre de espaldas a nuestros deberes.

—Francamente, esperaba que dijeras que aún falta mucho para eso.

—Con idéntica franqueza, yo también lo pensaba. Sin embargo, es posible que haya llegado el momento de redefinir mi vida. Hice una promesa a alguien que me importa mucho, y la obligación incumplida empieza a pesar.

Andrew Wellesley, duque de Richmond era un poco (o un mucho, dependiendo de cómo se mirarse) de todo, fusionado de un modo tan insoportablemente atractivo, que pocos seres

vivientes podían resistirse a sus encantos. Un canalla simpático que gastaba bromas a sus colegas y amigos, y conseguía que nadie le guardase rencor. Las damas suspiraban a su paso, pero sus escauceos, de haberlos, estaban tan habilidosamente escondidos, que nadie podía tacharlo de libertino, aunque tampoco de carácter hosco o huraño. Amaba a los animales hasta el punto de evitar, siempre que podía, su participación en cacerías. De hacerlo, encontraba el momento para estornudar, golpear «accidentalmente» a su compañero de batida, o disparar antes su arma, de modo que cualquier tiro acabase errado, y la pieza escapara con vida. Un caballero peculiar, a juicio de muchos, cuya abultada fortuna le permitía ser excéntrico si así lo deseaba, y comportarse como mejor le viniera.

En eso coincidía con lady Rebeca.

Pero en nada más.

En sus visitas desde niño a Amschel House, Andrew había dedicado mucha más atención a lady Stone que a su hija. Nunca albergó intenciones románticas respecto de la joven y, para ser sincero, ni siquiera se había fijado demasiado en ella: sabía que era alta y esbelta, de cabello oscuro, ojos claros y poco más. Apenas unas palabras educadas al llegar y marcharse; lady Rebeca solía ausentarse de la sala cuando el duque y su madre las visitaban. Probablemente compartían la misma indiferencia el uno por el otro.

No obstante, todo cambió con la enfermedad de lady Stone. Marian. La mejor amiga de su madre.

Desde que descubriera su gravedad, Andrew encargó a los médicos de su familia que unieran fuerzas con los doctores de confianza de los Stone, en una inútil lucha por mantenerla con vida. Ya muy debilitada, solicitó verlo a solas y le hizo un único ruego: que se ocupara de su hija, ya que tras su muerte, Rebeca quedaría desamparada y sola, dueña y responsable de una extensa heredad y fortuna, que podría atraer ambiciones, envidias, y ponerla en peligro. Y tras un puñado de frases entrecortadas y con su último suspiro, con Rebeca conteniendo el aliento a su espalda, lady Stone le susurró *«cásate con ella»*.

Andrew siempre creyó poder permanecer soltero el máximo tiempo posible. Como responsable

del título que ostentaba y de su supervivencia, debía engendrar herederos tarde o temprano, pero había decidido que ese futuro fuera lo más lejano posible. La petición de lady Stone lo trastocó todo. Los planes de toda una vida, desbaratados por culpa de su particular concepto de la lealtad. No conocía a lady Rebeca, no sentía nada por ella y sin embargo, Andrew sabía que la llevaría al altar por encima de cualquier obstáculo. El motivo, que ambos habían dado su palabra, y una promesa hecha a una moribunda es un acto sagrado.

Además, le debía mucho a Marian. Pero el porqué de eso lo guardaría encerrado en el rincón más profundo de su alma.

Capítulo 5

18 meses antes...

La lujuria es mala consejera.

La primera vez que la vio, entrando en aquel salón de baile del brazo de Nathan Rendel, su anciano esposo, algo insólito se retorció en las entrañas de Andrew. Era una mujer madura, aunque muchos años más joven que el marido, y extraordinariamente bella. Segura en el andar, en los gestos, retadora su mirada. Un soplo de aire fresco entre tanta dama apocada y blandengue. Lita despertó su instinto depredador más salvaje, el que por lo general permanecía adormecido mientras visitaba Inglaterra. Por culpa de aquella mujer y de la pasión irrefrenable que sintió por ella, Andrew quebró sus propias reglas y sus promesas más sagradas, desde que se juró que la poseería.

Por encima de todo. Por encima de su esposo, de las habladurías, del riesgo y de todas las normas sociales.

Lita Rendel no fue tampoco inmune a sus encantos, de hecho, la noche del baile donde se conocieron, ya cruzaron miradas encendidas de claro interés. Más que interés, deseo. Violento y carnal. El duque se preguntó cómo una mujer de temperamento tan fogoso se había casado con un carcamal como Nathan Rendel. La condesa de Obercome, anfitriona de la fiesta, fue la encargada de ponerlo al día en cuestión de chismes.

—Él es inmensamente rico ahora, una serie de lamentables desgracias dieron al traste con la fortuna de la familia y cuentan que hasta perdió un título nobiliario menor. Emigró a las Américas y se rehízo con muy buena suerte y grandes plantaciones de algodón y cacao. Las nuevas tierras también le regalaron una esposa, es evidente. En cuanto a ella... me temo que esa joven apenas si tiene otra cosa que ofrecer que no sea su lozanía y su belleza.

Andrew reparó en el tinte malicioso de la voz de la condesa. La envidia la sobrevolaba y por

caballerosidad, se sintió obligado a defender a Lita Rendel.

—Se ha casado por interés, como todos en nuestro mundo.

—Duque, en unos casos, el interés y la falta de amor son más evidentes que en otros. Pregúntele a los hijos de Nathan Rendel, si les hace felices el nuevo enlace de su anciano padre con esa cazafortunas. Incluso se han visto obligados a renunciar a la mansión familiar por desavenencias graves con «la señora».

Andrew observó de lejos la imponente figura de Lita, girando en la pista de baile, como una luciérnaga brillante en mitad de la noche, convirtiéndose, aún sin querer, en el centro de todas las miradas y con certeza, de todos los comentarios malintencionados. El ser arrebatadoramente hermosa, es algo que difícilmente se perdona a una mujer. Y si es de las que saben lo que les conviene y van a por ello sin titubeos, mucho menos.

—Imagino que no dan saltos de alegría, se les complicarían las cosas si Nathan llegase a concebir otro hijo...

—A ese hombre le quedan pocos años de vida y cuando muera, su herencia será un asunto muy discutido. Correrán ríos de sangre entre los Rendel, querido duque, ya verá.

—Por amor del cielo, condesa, Dios no lo quiera, no sentencie sucesos tan funestos.

—¿No se ha dado cuenta de lo oscura que tiene ella la piel?

Hizo lo imposible por sonar desinteresado, cuando lo cierto es que no lograba apartar los ojos de aquella dama que sonreía, felina, a todo el mundo.

—No me he fijado, la verdad, estoy pendiente de otras cosas.

—Pues le aseguro que esa mujer lleva sangre negra en las venas. Es una horrible mestiza que ha engatusado al pobre anciano con sus malas artes.

Sonrió, deseoso de que el despelleje finalizara cuanto antes.

—Suenas supersticiosa, condesa, y usted nunca lo ha sido.

—Bueno, ya sabe, se cuentan muchas historias espeluznantes acerca de esas tierras lejanas y de las costumbres de sus gentes. Practican magia con la que doblegar voluntades y con unos cuantos cientos de libras encima, cualquier mestiza bonita puede aparentar ser una señora. Solo

aparentarlo.

—Estoy por completo de acuerdo. Si me disculpa, condesa, voy a buscar algo de beber. ¿Le apetece alguna cosa en particular?

El asunto de las bebidas no había sido más que una excusa, así que el duque aprovechó que la condesa volvía a estar acompañada y entretenida, para desaparecer en la terraza y refrescar un poco la mente. El ambiente de aquellos salones de baile, con sus chismes, sus miradas juzgadoras, y sus lenguas desatadas, lo ponía enfermo. Si había asistido era únicamente por la antigua amistad que unía a su familia, y en particular a su difunto padre, con la condesa de Obercome. Pero soportar su afán censorador era toda una proeza que ponía a prueba la templanza de Andrew.

Sintió el roce de la seda de un vestido a su espalda, pero no quiso girarse.

—Creo que no nos han presentado.

Aquella voz melosa, ligeramente ronca, desconocida, no podía pertenecer más que a una mujer. Comprobó que sus sospechas eran ciertas, al volverse y encontrar a Lita con la mano extendida para que se la besara.

—Lita Rendel. ¿Usted es...?

Tomó la punta de sus dedos y con una ligera inclinación acercó los labios a sus nudillos enguantados. El aroma de su perfume era intenso con un toque oriental.

—Andrew Richmond. Es todo un placer. Tengo entendido que usted y su esposo —remarcó esa palabra— hace poco que se han instalado en Londres.

—En efecto. Aún no hago mucha vida social, estoy algo desconectada.

—Cuestión de tiempo.

Lita giró la cabeza y apuntó al interior de la sala.

—No sé si terminare amigándome con este escenario social. Demasiada rigidez, en todos los sentidos, demasiado escrutinio. Me han dicho que usted viaja continuamente, ¿es cierto?

—Veo que se ha molestado en reunir información acerca de mi persona.

—Por descontado. Siempre lo hago cuando algo me interesa.

Evidentemente, no fue lo que dijo, sino cómo lo dijo. Debajo de aquella frase insignificante se escondía toda una declaración de intenciones, que el duque captó sin dificultad.

—Me gustaría muchísimo que pasara usted a visitarnos algún día; estoy convencida de que con sus vivencias, tendrá mil temas de conversación fascinantes.

—Será todo un honor.

—Hablaré con mi marido y organizaremos un agradable encuentro. Tómelo más como un placer que como un honor, duque. Eso del honor suena demasiado inglés.

En la actualidad

Precisamente... demasiado “inglés” no fue lo que surgió entre ellos.

No podría definirse más que como una explosión de los sentidos. Andrew no lo meditó, se movió empujado tan solo por el instinto más básico, desoyéndose a sí mismo, siempre contrario a dar que hablar durante sus estancias en Londres; cuando quiso darse cuenta, se había enredado en una aventura con Lita Rendel, que no iba más allá de lo erótico, pero que de algún modo controlaba su voluntad. Se encontraban clandestinamente en su residencia durante las ausencias de Nathan Rendel, y en Coventwood siempre que él no viajaba; todo gracias a la gran libertad de movimientos de que gozaba Lita. Su anciano esposo, ni intentaba siquiera vigilarla, ella iba y venía, hacía y deshacía a su antojo y conveniencia. Y mientras este hecho era criticado por la mayoría de la gente, para el duque era todo un regalo en forma de horas placenteras.

Nunca la amó, es más, su personalidad arrogante y desdeñosa lo enervaba. Estaba convencido de que aquella mujer no guardaba ni una pizca de compasión en su frío corazón y aunque todos esperaban que quedase embarazada de un momento a otro para asegurarse la herencia de Rendel, Andrew siempre sospechó que el instinto maternal era algo que Lita desconocía, y que tal cosa

no ocurriría jamás.

Sin embargo, en cuanto rozaba su piel color canela, todas estas consideraciones parecían diluirse como humo en el viento: el duque perdía la razón con tal de morder su boca. Lita era una especie de cárcel de la peor hechicería conocida, que anulaba sus reflejos para convertirlo en un títere. Su exotismo, su fogosa manera de hacerle el amor y de disfrutar, no era comparable con nada.

Y a pesar de todo, Andrew estaba pensando seriamente en cortar con aquel despropósito en forma de relación secreta.

El motivo tenía nombre: lady Rebeca Percy.

Y la palabra dada a una moribunda a la que debía mucho.

Capítulo 6

*Una primera impresión,
a través de los años,
se desdibuja y no es siempre cierta.
La memoria altera la realidad.*

Rebeca se alisó la falda de seda y pensó: «*Vamos, mantente firme, no eres alguien a quien poner fácilmente nerviosa*».

Una doncella entró en la biblioteca e interrumpió sus turbias sensaciones.

—El duque de Richmond, milady.

—Hágalo pasar.

«*Se ha portado de un modo imperdonable, házselo saber*» retumbó la voz en su cabeza.

Se preguntó si estaba lista para aquel encuentro. El primero después del juramento. Y de nuevo, inconscientemente, se alisó la falda. La contrariaba reconocer que había puesto una pizca de esmero en acicalarse. Y que le faltaba el aire al respirar. Un poco.

El duque la cautivaba y al tiempo, la intimidaba. Siempre fue alto, de anchos hombros, andar felino e insufrible atractivo. Sus ojos verdes, sus labios llenos, y el tono de su voz, ronco y acariciador, como si tales cualidades pudiesen mezclarse. Lo recordaba de cuando en el funeral de lady Marian, se acercó a darle sus condolencias. Poco más habían hablado. Frente a la fuerte amistad entre sus madres, ignorarlo todo el tiempo mientras crecieron, fue la mejor opción para Rebeca. Era sencillo enamorarse hasta la locura de un hombre así y eso era algo que ella no se iba a permitir. Sin embargo, ahora estaba prometida, vinculada por una promesa a su madre, de la que no sabía cómo liberarse.

—Buenas tardes, lady Rebeca.

La voz le provocó un estremecimiento. Tan seductor como recordaba. Se le secó la boca al verlo con un precioso ramo de flores en las manos. Rebeca trató de disimular su desazón manteniéndose inmóvil. Rígida como una estatua de mármol.

—Adelante, sea tan amable de tomar asiento.

—Celebro encontrarla en tan buen estado de salud.

—¿Me ha traído... flores?

—Lo siento, no son para usted, son para Amelie.

Lo dijo con una naturalidad ofensiva. Ella se mordió la lengua, indignada por su falta de cortesía. Él entregó el ramo, el sombrero y el abrigo a la doncella, y su altura y su elegante garbo distrajeron un segundo a Rebeca.

—Ha pasado... mucho tiempo —comenzó ella.

«*Dieciocho meses, exactamente*».

De inmediato se arrepintió de su frase. Pareciera que lo había estado echando de menos y que le reprochaba su ausencia, cuando la verdad no podía estar más lejos. Andrew tomó asiento en un butacón, demasiado cerca para el gusto de Rebeca.

—Bueno, dadas las circunstancias, creí que sería lo mejor. El luto y el hecho de que las cosas cambiasen para ambos de forma tan radical después de...

—Después de perder a mi madre.

—En efecto. Supuse que ambos necesitábamos encajar la nueva idea de futuro, acostumbrarnos al hecho de que en unos meses...

—Estaremos casados —volvió a adelantarse ella con tono frío y metálico.

Andrew la observó con sus increíbles ojos verdes relampagueando.

—Tiene una costumbre un tanto impertinente de acabar por mí las frases.

—Bueno, sé lo que va a decir a continuación, porque yo misma también lo pienso. No hay necesidad de alargar esta entrevista más de la cuenta.

—¿Tan desagradable le resulta una charla con su futuro esposo?

Rebeca no pudo reprimir un escalofrío al oír aquellas palabras. Y tampoco que sus desobedientes

ojos volasen a la boca del duque, para recrearse en el movimiento de sus jugosos labios mientras las pronunciaba.

Esposo. Casamiento. Convivencia. Con todo lo que ello implicaba.

—Deberíamos discutir los pormenores de nuestro acuerdo —sugirió Rebeca en voz baja.

—Nosotros no tenemos ningún acuerdo, salvo que, disculpe mi mala memoria, lo haya olvidado.

—Sabe perfectamente a qué me refiero. Nuestra...

—¿Nuestra boda? ¿Por qué se le hace tan duro de pronunciar? Compromiso, boda, esposo, matrimonio. Todas las damas que conozco sueñan con desposarse algún día, me cuesta creer que usted sea la única excepción viva, lady Rebeca.

—Ese entusiasmo al que se refiere, imagino que debería contener al hombre ideal, escogido libremente.

Los ojos del duque la estudiaron en silencio.

—Así que es eso. Esta unión impuesta la hace infeliz. —Abrió una pausa por si ella quería sacarlo de dudas, cosa que no hizo—. Probablemente porque ya ha entregado su corazón a otro. No me explico cuándo ha podido ser. ¿Me juzgaría un entrometido si le pregunto de quién se trata?

Era obvio que el duque se estaba divirtiendo de lo lindo a su costa. El brillo en sus pupilas, su sonrisa a medias y la ironía en su voz, todo indicaba que estaba a años luz de la inocencia. Rebeca no podía competir con alguien de su experiencia.

—No saque conclusiones precipitadas. Sabe perfectamente que no...

—No sé nada, Rebeca. Ni perfecta ni imperfectamente. En todos estos años, usted no me ha permitido conocerla.

Ella levantó los ojos y lo miró de frente. Descarado atrevido...

—¿Lo consideró necesario en algún momento?

—La verdad es que no. Usted no es una jovencita con la que se pueda uno divertir. Y por favor, no me malinterprete. Podríamos haber intercambiado impresiones acerca de cosas banales, el tiempo, las costumbres en Europa, los últimos descubrimientos médicos... Ya sabe, temas

triviales que acercan a las personas.

—Usted no desea casarse —lo interrumpió la joven.

—Es posible que esté de acuerdo. Usted tampoco.

—¿Entonces?

—Lo prometimos.

—Mi madre lo entendería, estoy segura de que hizo esa petición en un instante de niebla, sin ser demasiado consciente de lo que decía.

—Y yo estoy convencido de que usted no cree eso que afirma.

—Lo único que ella quería es que yo fuese feliz. Y seguramente, que usted también lo fuera, sé que lo apreciaba con sinceridad.

—¿Nunca le contó acerca de ese otro amor?

¿Otra vez con el mismo asunto? Rebeca se ruborizó hasta la raíz del oscuro cabello. No supo bien si por vergüenza o por irritación.

—No insista, no voy a hablar con usted de ningún otro amor.

—No se lo dijo. —El duque chasqueó la lengua—. Me decepciona, pensé que eran ustedes las mejores confidentes.

Lady Rebeca apretó los puños. Aquel arrogante individuo cada vez le caía peor, y verse obligada a disimular estaba resultando una tortura.

—Lo éramos, desde luego, y le consta. Un golpe bajo el suyo, impropio de un duque.

—Un duque se ve obligado a asestar muchos golpes, lady Rebeca, y no todos tienen la fortuna de ser elevados.

La joven sintió que su capacidad de oponerse había llegado a un callejón sin salida. Después de muchos meses en los que su única compañía habían sido Amelie, que jamás replicaba, y el contenido de aquella biblioteca, que solía ser mudo, discutir acaloradamente con alguien que la ponía de los nervios, se le hacía hartó complicado. Él, por el contrario, en ningún momento había perdido su sonrisa canalla.

—Fantaseé acerca de cuál podría ser el contenido de nuestra primera entrevista formal —declaró

lord Richmond—. Pero le confieso que jamás pensé que sería tan estimulante.

—¿Estimulante?

—No te callas los reproches, no guardas nada para ti, te defiendes con vehemencia... ¿Quién lo diría? Si llegué a sospechar que no tenías lengua. He de admitir que me alegro, supones un soplo de aire fresco, Rebeca.

—Que yo sepa, no le he dado permiso para tutearme.

El duque se inclinó hacia adelante, tomándola por sorpresa. Hasta que Rebeca fue capaz de reaccionar y alejarse, sus rostros quedaron tan próximos que casi pudo bañarse con su aromático aliento.

«El perfume de los pecados y los placeres por descubrir».

—Deberíamos ir acostumbrándonos. A eso y a otras intimidades.

Ella se puso en pie como impulsada por un resorte, y lo miró con fiereza.

—No le permito que se burle de mí.

En lugar de incorporarse también, como todo un caballero, el duque se arrebujó en su asiento con cierta pereza, aprovechando para recorrerla entera, con sus lascivos ojos. Rebeca se sentó de inmediato.

—Entiendo que su falta de experiencia en estos menesteres le haga sospechar algo tan ridículo. Tiene mi palabra de que no hay mofas, únicamente planteo algo obvio que ha de llegar.

De nuevo, un incómodo silencio se instaló entre ambos. Ella desviaba la mirada para librarse del hechizo que, incluso a distancia, destilaba el maldito duque. Detestaba que cualquier persona, con la sola excepción de su adorada madre, ejerciera tanta influencia sobre su estado de ánimo.

Andrew, por su parte, sin acabar de creerse que pudiera estar teniendo tanta suerte.

—Disculpe que no le haya ofrecido nada para beber —musitó Rebeca, pasado un rato.

—Cierto. Debería relajarse un poco. Pienso visitarla a menudo, considero que es lo que procede, y por el bien de ambos, espero que consigamos llevarnos algo mejor.

Dicho esto, se puso en pie e inclinó la cabeza en una pequeña pero firme reverencia. Su nueva posición permitió a Rebeca comprobar, una vez más, su soberbia figura. Sin más despedidas, se

encaminó hacia la puerta. Aquella conversación no podía acabar así, de forma abrupta, sin final, se dijo Rebeca. No, si aquel era el modo en que el duque deseaba acabarla.

—¡Duque! ¿Acaso no me ha oído?

Él se giró a medias, con serenidad y le dedicó una irresistible sonrisa torcida.

—No, no la he oído. En su momento, tan solo escuché a su madre. Buenos días.

Menuda grosería marcharse de aquel modo, dejándola con los reproches en los labios, sin poder explotar a gusto. Saltó del sofá con los puños apretados.

—¡Duque!

—Venga a almorzar algún día a Conventwood. La estaré esperando.

Capítulo 7

*Meditar acerca de las emociones
que otra persona despierta en nuestro corazón
es un modo sabio de profundizar
en lo que puede venir a continuación.*

—¿Desea el señor que sirvamos ya la cena?

—Ah, Carson, venga, venga aquí, siéntese, tengo algo que discutir con usted.

El viejo mayordomo arqueó con sorpresa una de sus pobladas cejas blancas.

—¿Sentarme, dice?

—Sí, aquí, en este amplio sofá con espacio suficiente para los dos. ¿Le apetece una copita de licor? Sirva de paso otra para mí.

—Pero señor...

—Vamos, Carson, ahora no nos ve nadie, usted me ha criado y ¿qué hace un joven e inexperto duque cuando necesita consejo?

A Carson no le pasó inadvertido el tono bromista del duque. Así y todo, bastante mortificado, se dispuso a servir una copa.

—Imagino que cualquier cosa menos consultar a su mayordomo.

—Olvídese del lugar que ocupa en esta casa, Carson. Piense en sí mismo como en alguien curtido y sabio con el que mantengo una afectuosa relación desde mi niñez. ¿Quién mejor que usted? He dicho dos copas. La segunda es para que la disfrute conmigo.

Carson reunió toda su paciencia y con un sentido suspiro, se dispuso a obedecer. Tras entregarle al duque su bebida, primero se sentó con las manos vacías, y más tarde, apremiado por su gesto apuntando a la mesita de los licores, accedió a tomar la suya, como si fuera lo más doloroso que

podían ordenarle.

—No se siente tan rígido, hombre, relaje esos hombros. Carson, ¿qué opinaría si decido casarme?

El anciano lo miró con adoración y los ojitos brillantes.

—Diría que es algo que todo caballero...

—Hace tarde o temprano. Sí, parece que todos opinamos lo mismo. ¿Conoce a la hija de la difunta lady Stone?

—No tengo el gusto, señor, pero he oído decir que es una joven francamente hermosa y con muchos talentos.

—Y muda. O al menos eso pensé yo hasta hace muy poco. Pero no, todo lo contrario, es impertinente, osada, rebelde, y pretende salirse con la suya a toda costa. Digna y orgullosa como una reina. Seguro que pondría en tela de juicio todas mis decisiones.

—Si es como usted la refiere, señor, no me cabe la menor duda.

—Discutiríamos mucho. ¿Por qué se ríe?

—No me río, señor.

—Se ríe, lo he visto contener una sonrisa, cosa rara en usted. Que tenga sentido del humor, no que se contenga. De hecho, vive contenido.

—Bueno, acaba de describir la que creo, sería su compañera de vida perfecta.

—¿Habla en serio? ¿Una jovencita fastidiosa y nada sumisa? ¿De verdad que la ve como duquesa?

—Mírelo de esta forma: alguien con esas cualidades llenaría sus días de interés y de seguro, ahuyentaría el tedio y el aburrimiento.

Andrew se quedó pensativo, mirando el color del licor que llenaba su copa. Si no admitía que la entrevista con lady Rebeca Percy no había resultado como esperaba, no estaría siendo sincero consigo mismo. Había dejado pasar casi año y medio tras la muerte de lady Stone, a fin de encajar las consecuencias que en su vida tendría el compromiso adquirido. Y también, por qué negarlo, disfrutando de los placeres de la vida y concediendo tiempo a la dama afectada, para que

hiciera lo mismo. En ningún momento se planteó una oposición por parte de Rebeca, ¿qué mujer en su sano juicio rechazaría convertirse en su esposa? Al fin y al cabo, todas querían casarse y no todo caballero podía ofrecerles convertirse en duquesa. No obstante...

Esperaba una joven dócil y callada, alguien que recorre de puntillas los pasillos y no ocupa espacio en los salones. Algo que cuadrara con la idea que se había formado en la cabeza, a raíz de sus visitas a Amschel House de niño. No recordaba que la hija de lady Stone hubiese sido nunca tema de conversación. Cuando se cruzaban, al llegar o al marcharse, él inclinaba educadamente la cabeza, ella hacía lo mismo con un murmullo casi inaudible y Andrew apenas si había podido fijar la vista en sus facciones. Rebeca Percy era como una mancha borrosa difícil de recordar. Si alguien le hubiese pedido describir a la hija de lady Stone, lo habría tenido complicado.

Pero aquella belleza salvaje, aquellos ojos desafiantes, aquel temperamento belicoso y sobre todo, su falta de entusiasmo ante el compromiso, constituyeron toda una sorpresa. Y Andrew no sabía bien si alegrarse o lamentarlo. Conforme pasaban los minutos en su compañía, un instinto cada vez más poderoso de poseerla, había ido minándolo. El que fuese insufriblemente hermosa no era el motivo. No lo habían acorralado sus ojos intensos, sino su atrevimiento y la pasión que latía tras sus palabras.

Si rompía sus planes de mantenerse soltero hasta la vejez por cumplir una promesa, desde luego, no quería enamorarse. El amor lo volvía a uno idiota y débil, algo nada conveniente cuando se tienen tantas responsabilidades y ahí fuera, en el mundo, quedan tantas aventuras por vivir.

—Bébase el licor, Carson. Es de lo mejor que tenemos en la bodega. Tómelo como pago por sus valiosos consejos.

—Lo que necesite, señor, aquí me tiene.

—¿Mi madre sigue en Londres? ¿Ha dicho algo acerca de venir?

—Sí, señor. No, señor. Tome las respuestas por ese orden. La duquesa viuda no tiene previsto visitarnos de momento, al menos, que yo sepa. Ni tampoco sus hermanas.

—Carson...

—Dígame, señor.

—Invitemos a lady Rebeca a almorzar aquí en Coventwood. Mañana o pasado. Quiero que la vigile de cerca y... luego me dé su opinión.

Con una educada reverencia, el mayordomo se deshizo de la copa y de su amigable charla con el duque, algo que al parecer, lo tenía muy incómodo, porque salió de la sala como alma que persiguen los demonios. Andrew sonrió con ternura. Aquel anciano encantador prácticamente lo había criado, y puede que nunca supiera el profundo cariño que le inspiraba. Un hombre digno, recto, cumplidor con el gobierno de la casa, y el mejor dando consejos.

Y algo le decía al duque, que con lady Rebeca y su inesperada personalidad, iba a necesitar, pero que mucha guía. Dejando claro que no tenía intención ninguna de dejarse embrujar por ella... Pues precisamente. Para cumplir eso a rajatabla.

Capítulo 8

*Amiga, divino tesoro.
¿O era la juventud,
de quien tal cosa se cantaba?*

Lady Rebeca estaba sentada junto a la ventana, con una taza de té en las manos y una carta sobre la mesa, viendo caer una suave lluvia de primavera. Le habría gustado salir a montar, pero su ama de llaves pondría el grito en el cielo con la posibilidad de un resfriado. Y cuando entró en la sala, Rebeca le alargó la carta que acababa de lacrar.

—Es para la señorita Donne, una invitación a tomar el té. Que se la hagan llegar cuanto antes.

—Me encargaré de que se la entreguen hoy mismo, milady.

—Desde que estuvo aquí el otro día... Bueno, me he dado cuenta de cuánto necesito una amiga.

En efecto, la visita de la señorita Hagstings y sobre todo de la señorita Donne, provocó que un vacío del que hasta el momento Rebeca no era consciente, se destacara. Mientras su madre estuvo viva, para ella fue suficiente. Ahora, pese al cariño de Amelie y el apoyo de todo el servicio de la casa, incluso de los arrendatarios de la finca, Rebeca se sentía abandonada, desolada y triste.

—La noto apagada, milady. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarla?

Rebeca levantó los ojos con agradecimiento pero no respondió.

—No ha vuelto a ser la misma desde la visita del duque. Quiero dar por hecho que se portó con toda corrección y que no hizo ninguna alusión ofensiva...

—Despreocúpate, Amelie, el duque es engreído, arrogante y pagado de sí mismo, pero únicamente me sorprendió por su alegre disposición a cumplir con lo prometido, y casarse.

—¿Eso es algo que lamentar? —se desconcertó el ama de llaves.

—¡Nos ha ofendido! ¡A mí y a la memoria de mamá! ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que ella

falleció? Sin aparecer, sin escribir, sin dar señal alguna de que persistía en la palabra dada. Supuse que se habría olvidado, o que no pensaba respetarla. Hasta me había permitido hacer planes alternativos.

Amelie se retorció las manos muy nerviosa.

—Bueno, milady, eso no ha sucedido exactamente tal cual lo cuenta.

«¿Cómo?»

—Ah, ¿no?

El ama de llaves se aclaró la garganta antes de proseguir. Por alguna causa, aquello olía a confesión vergonzosa, y Rebeca no podía imaginar nada vergonzoso alrededor de Amelie.

—Lo cierto es que desde la terrible marcha de lady Stone, no hubo una semana en que el duque no enviase carta interesándose por sus ánimos o su estado de salud.

Rebeca no podía creerlo.

—¿Te escribía a ti y no a mí?

—Tengo la certeza de que no quería presionarla, esperaba que su propia conducta le diese indicación de cuándo avanzar.

La joven se sintió ridícula y diminuta ante la revelación. También engañada, el duque y su ama de llaves maquinando a sus espaldas. Nunca lo habría sospechado.

—De ahí las flores que te trajo... Eras su cómplice. ¿Cómo no me lo dijiste antes?

—Él me suplicó que esas comunicaciones quedaran entre nosotros para no influir en sus ánimos. Milady, estaba usted terriblemente deprimida, yo no sabía cómo... En fin, hablar del duque y de compromisos matrimoniales es lo último que me imagino, querría en aquellos momentos.

Pues no estaba ella del todo segura. Especialmente, porque ahora disponía de un arma menos contra el duque. Ya no podía reprocharle su ausencia y aparente desinterés. Tenía que buscar otro argumento para estar furiosa con él, y rápido.

—Aún así. Desconfío. —Alzó muy digna la barbilla—. Un hombre como ese... ¿tú lo has visto bien de cerca?

La buena de Amelie sonrió con infinita ternura.

—La he visto a usted, milady. Le aseguro que forman buena pareja.

—Me cuesta mucho creerle. Nuestras madres eran muy cercanas, lo admito, pero ¿él? ¿Tan enorme es su sentido del honor y la dignidad? ¿Hasta qué punto sería capaz de comprometer su libertad y su futuro solo por una promesa hecha a una moribunda? Si se tratara de su madre, lo entendería, pero se trata de la mía. Yo sí estoy obligada a casarme si él decide seguir adelante. ¿Pero él? Nadie le reprocharía que no lo hiciera, Amelie. Tan solo los cielos, mi santa madre y yo, conocemos de su promesa.

El ama de llaves la observó en silencio durante un buen rato.

—Dime qué te ronda por la cabeza —exigió Rebeca con impaciencia—. Pareces a punto de echarme una reprimenda.

—¿Podría saber de esos planes alternativos a los que ha hecho referencia?

Rebeca giró la cabeza hacia el ventanal para no sentir la autoridad que sin querer, emanaba aquella mujer. No estaba segura de querer confesar aquello...

—Sabes que no puedo casarme. En todos estos meses he tenido tiempo de meditarlo con calma. No me explico cómo mamá pasó por alto nuestros secretos de familia. Tal vez, en el delirio de la fiebre, no se dio cuenta de lo que me pedía.

—Lady Stone siempre tenía una razón sabia para todo lo que hacía.

—Es que no concibo un matrimonio que guarde ese tipo de secretos, si me caso, no podría mirar a la cara a mi esposo y seguir ocultándoselo. Y si me sincero... puedes imaginar el desastre. Que el duque me repudiara sería el menor de nuestros problemas.

—Pero milady...

—No quiero casarme porque no quiero contar mi secreto. Quiero llevármelo a la tumba aunque eso suponga quedarme sola toda la vida.

—¿Renunciar a una familia? ¿A tener hijos? ¿Al amor de un esposo? ¿Por qué haría algo tan triste?

Rebeca giró sus ojos húmedos hacia la mujer que le hablaba.

—Porque soy la guardiana de lo que mi familia calla, por eso. El único hombre en el mundo al

que le traería sin cuidado esta historia, se llama Simon y se encuentra en París, en alguna parte.

—¡Por todos los santos, milady! ¿Un muchacho de la calle al que no ve desde hace casi siete años?

—Hace meses empecé a soñar con él. Cada noche, de forma obsesiva. Es posible que sea una señal, Amelie, una señal de adónde debo dirigirme.

Por la expresión de su rostro, Amelie parecía horrorizada.

—Pero usted no piensa abandonar Amschel House para ir a buscarlo, ¿verdad que no?

—No. Pero debería. Es eso, o pasar sola el resto de mi vida.

—Tiene usted al duque.

—¿El duque? —Sonrió con amargura— ¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho? No me quedaba más familia que la madre que se me fue, no me debía a nadie, era libre en todos los aspectos, tu adorado duque no aparecía, y aun siendo mujer, era lícito preguntarme, ¿por qué no volver a París? No lo considero un mal plan.

El suspiro que se le escapó a Amelie fue tan emocional, tan profundo, que a Rebeca se le clavó en el alma hasta abrir una brecha.

—Milady, créame, quedarse en el que es su hogar y cerrar un matrimonio provechoso, sería un buen modo de honrar su apellido y todo el amor que sus padres sentían por usted.

—¡Mi madre solo buscaba mi felicidad! —gimió la joven, sabiendo que estaba siendo infantilmente obstinada.

—Por eso mismo, de entre todas las opciones posibles, eligió al duque de Richmond. Hágame caso. Y hágale caso a ella.

Rebeca agotó sus argumentos. Aunque sus planes de huida, ocultos hasta el momento, habían sido una fantasía, una especie de escape con el que entretener su tiempo mientras aparecía el duque, Amelie la conocía casi tanto como su madre, sabía qué resortes pulsar para que sus emociones reaccionaran.

Y estaba en lo cierto: concebir un futuro a su solo beneficio sería egoísta e indigno. Abandonar Inglaterra tras el luto, regresar a la ciudad donde nació, a reencontrarse con su primer y único

amor de la niñez, sin pensar en nada más. Arrinconando en el olvido lo que le debía a su madre. La memoria de los Stone no merecía un comportamiento tan deshonesto. Su vida entera se la debía a ellos y a su generosidad.

En cuanto a Simon... Rebeca apenas si recordaba ya su rostro. Buscarlo y encontrarlo seguramente la haría feliz, pero no era el principal objetivo de su vida. Era una excusa, un amor de la infancia del que su corazón ya se había desvinculado, con la sola excepción de aquellos sueños, que curiosamente, habían empezado a producirse conforme la ausencia del duque se prolongaba.

Pero eso, lord Richmond no tenía por qué saberlo.

El duque que de niños la miraba con recelo, la hacía sentir minúscula e insignificante, y jamás le había dedicado ni una palabra amable. El que se había convertido con los años en un hombre insoportablemente apuesto que podría, con toda certeza, hacerle añicos el corazón.

La última petición de Marian antes de morir, no tenía ningún sentido.

—Solo tengo un camino y es contar con la complicidad del propio duque, convencerlo de que desista, que nos libere a ambos de esta promesa. Si consigo hacer creíble la sospecha de que estoy enamorada de otro, eso me salvaría.

—El duque es un buen hombre. —La voz de Amelie era un vínculo frío con la realidad.

—Esperemos que además de buen hombre, sea honorable. Ser interesante e inalcanzable a un tiempo, es una mezcla excesiva que debería estar prohibida.

La atracción. La seducción. La tentación. Detalles que dificultarían sus planes.

Pero un poco más difícil no implicaba imposible. Tenía una misión, no pensaba rendirse. No en vano, Rebeca Percy nació luchando por sobrevivir.

Capítulo 9

*Galopando y... espiando.
¡Qué impropio de una dama!*

—Amelie, ¿ha respondido la señorita Donne? ¿Vendrá a visitarme?

—Me temo que no, milady, la señorita se encuentra pasando unos días con sus tíos en Escocia. Pero estoy segura de que vendrá a verla en cuanto regrese.

Rebeca se sintió decepcionada. Estaba aburrida y no entendía por qué, inquieta, ávida de aventuras y experiencias emocionantes. ¿Qué maligna semilla había sembrado en ella lord Richmond desde su visita?

—Sin embargo, ha llegado una invitación del duque de Richmond.

Le desapareció el color de las mejillas.

—Para almorzar. Mañana, en Coventwood —prosiguió Amelie—. Enviarán un coche. ¿Qué desea que responda?

No le llevó más de tres segundos meditar la contestación.

—Que no, por supuesto. Inventa cualquier disculpa ¿De qué te sorprendes?

—Pensé que dadas las circunstancias y nuestra conversación de ayer...

—Íbamos a emparejarnos como dos tórtolos a partir de ahora, y hasta el momento de nuestra unión divina —recitó Rebeca con ironía.

—Simplemente pensé que habría suavizado su opinión. Tendrá que tratarlo primero, si quiere convencerlo de que anule el compromiso.

Rebeca volvió los ojos hacia el mortecino sol tras la ventana. Amelie tenía razón.

—Me parece presuntuoso y demasiado seguro de sí mismo.

—Diría que puede permitírselo.

—¡Amelie! ¡No te pongas de su parte solo porque es guapo!

El ama de llaves se cubrió la boca con la mano para disimular una risita.

—Si estoy de parte de alguien, será de la suya, milady, hasta el día de mi muerte. Pero sin lugar a dudas, el duque de Richmond es el mejor partido de toda Inglaterra.

—¡No necesito ningún buen partido! Amelie, por favor... Necesito que me apoyes, que me digas que no estoy loca por querer permanecer soltera.

Amelie la miró sin hablar, vencida por una oleada de compasión. Ciertamente, el peso que lady Rebeca había cargado a su espalda era insoportable.

—Hará lo que debe hacer. Ya no es aquella niñita desvalida que llegó a la mansión una noche de tormenta, mirando a los rincones con verdadero pánico: es la heredera material de Amschel House. Puede y lo hará.

—Amelie...

—¿Le digo al mensajero que acepta la invitación del duque?

—No. He dicho que no pienso acudir. Todavía.

Y ese «todavía» resultó ser la clave de su plan. Que rechazase su invitación, no significaba que la figura del duque no la intrigara. Como hombre, era el sueño de cualquier jovencita casadera. También debía de ser un caballero noble y honesto, puesto que su madre lo tenía en tan alta consideración. Y sin embargo, su intuición le gritaba que él prefería permanecer soltero, por razones bien distintas a las de ella, y que aceptar aquel compromiso no era más que una carga desagradable que trataba de disfrazar con exquisita cortesía.

Rebeca buscaría hasta debajo de las piedras, cualquier pretexto válido para alejarse del juramento. Y convencerlo a él de que igualmente, lo incumpliera. Ambos se veían envueltos en una trampa absurda que los haría infelices para siempre. Y arriesgarse a que el duque descubriera sus secretos, no era una opción.

Ordenó que ensillaran su caballo favorito. Un día magnífico, la temperatura agradable, y el

murmullo de las hojas de los árboles como compañía. Lady Rebeca atravesó al galope los campos en dirección a Conventwood, decidida a descubrir algún aspecto espantoso de la personalidad del duque, que él guardase bajo llave, y que la ayudase a odiarlo.

La heredad de los Richmond era imponente. El edificio principal se elevaba a más de siete pisos de altura y estaba construido con piedra color arena. No parecía tan antiguo como Amschel House, el aire aristocrático de sus esbeltos torreones resultaba chocante en medio del paisaje campestre. Había aparceros aquí y allá, yendo y viniendo, atareados con sus faenas. Algunos ni siquiera repararon en su presencia; los que sí lo hicieron, inclinaron respetuosamente la cabeza y ella les respondió con un ligero pero encantador gesto. No era su propósito llamar demasiado la atención, de modo que adoptó la actitud relajada de quien pasea sin saber bien a dónde se encamina.

Siempre podía decir que había ido a parar allí por casualidad, o que se había extraviado. Todos, con la sola excepción de lord Richmond, la creerían.

Al cabo de una hora larga de paseo por la finca, alcanzó los límites de lo que parecía una granja especialmente suntuosa, dentro de la misma heredad. Allí había animales de todo tipo, desde gatos, perros, asnos y caballos, hasta vacas, ovejas y muchas aves de corral. Todos convivían pacíficamente en una suerte de hermandad insólita e inmediatamente, Rebeca sintió la tentación de franquear la valla y acariciarlos. Algunos estaban lisiados, pero rollizos y sanos.

Entonces lo descubrió. A él.

El duque en persona, vestido con una simple camisa pegada a la piel por culpa del sudor, y pantalones de faena, limpiando las camas de los animales, hablándoles y sonriéndoles amoroso. Las vacas y las ovejas restregaban sus hocicos contra su ancha espalda, los perros se apoyaban en sus piernas y le hacían alegres cabriolas. Las ocas, gansos y gallinas lo seguían allá donde fuera, como los patitos persiguen a la mamá pato. Resultó entermecedor ver aquella escena, con un duque mucho más atractivo, si cabe, en su rústica vestimenta, en un ambiente donde habría sido difícil imaginarlo.

Rebeca se bajó del caballo, le acarició el cuello para tranquilizarlo y mantuvo sujeta la rienda,

aunque trató de acercarse para ver un poco mejor. En ese momento, sus pies resbalaron en el terreno mojado, lleno de hojarasca, y soltando una exclamación de sorpresa, consiguió no caerse, agarrándose a las tiras de cuero. Un reguero de piedras sueltas rodó por el terreno inclinado hasta chocar contra la valla. El duque levantó la cabeza y revisó el espacio alrededor.

—¿Tulio? ¿Tulio, eres tú?

Lady Rebeca contuvo la respiración, escondida tras el grueso tronco de un árbol. ¿Cómo era posible que se hubiera quedado mirándolo embobada hasta perder la noción de la realidad? Hipnotizada como una tonta damisela cualquiera.

—Dígame, señor, estoy aquí.

Esa voz no pertenecía al duque de Richmond. Probablemente era el mozo llamado Tulio, aparecido milagrosamente para salvarle la vida. Suspiró aliviada. Nada habría sido más vergonzoso que el duque la sorprendiera espiando, escondida entre los arbustos, como un conejo asustado.

—Hay que traer un poco de agua fresca para estos bribones, anda, ayúdame.

—Como mande, señor.

Los dos hombres se alejaron, rodeados de animales felices, charlando amigablemente pese a su distancia social, algo que la sorprendió sobremanera. Tal y como era su intención, en tan solo un puñado de minutos había descubierto facetas inesperadas en el carácter del duque; solo que, siendo honesta, en lugar de defectos horribles, parecían cualidades que no dejaban de agradarla.

Eso no iba a pasar.

No permitiría que el corazón se le ablandara, ni que la opinión que se había forjado acerca de aquel, seguramente vividor con cara de ángel, cambiase. Andrew Richmond, sin duda uno de los hombres más apuestos de Londres, pero también de los más escurridizos. Conocido por ser altamente selectivo a la hora de aceptar invitaciones y no acudir a cualquier acto social. Por divertirse sin escándalos, y por ser el objeto de deseo de todas las damas. Un aristócrata que pasaba mucho tiempo fuera de Inglaterra, viajando por el mundo, y no había que ser demasiado perspicaz para deducir, que lejos de ojos vigilantes, el duque daría rienda suelta a sus instintos

más libertinos.

Eso sí, nadie podía asegurarlo. Rebeca solo lo sospechaba.

Era, por tanto, un hombre peligroso porque lo tenía todo a su alcance: todo. Y si se decepcionaba, si descubría cosas de su pasado que bajo ningún concepto debían ser desenterradas, quién sabe cuál podría ser su reacción.

Alejándose de puntillas de la cerca, con el corazón en un puño, montó de nuevo y se alejó al galope, de la mansión y la finca de lord Richmond.

Por un absurdo instante, Rebeca pensó que huía... de la mismísima tentación del diablo.

Capítulo 10

*En tanto fuera corre la brisa,
dentro, protegidas por hermosos ventanales,
las señoritas chismorrear.*

Anne Hagstings se dejó caer con desgana en el sillón floreado. La doncella terminaba de servirles el té y los bizcochos, a ella y a su visita. Lady Evelyn murmuraba palabras entre dientes bastante contrariada, y la joven Julianna, recién llegada de las tierras altas, miraba obsesivamente la alfombra, como si cargase sobre los hombros algo bochornoso. Anne esperó paciente hasta que el servicio abandonó la sala.

—Menuda calamidad, no puede ser que no haya averiguado nada, señorita Donne, le allané el camino, las dejé a solas para que entablara con ella una relación más cercana.

La señorita Hagstings sujetó su taza de té con la punta de los dedos y dedicó a Julianna Donne una mirada de hondo reproche.

—Y así lo hice. Fue muy agradable, casi podemos decir que asentamos los cimientos de una futura buena amistad...

—Una amistad bastante inútil, permítame decirlo, en tanto no da los frutos que esperamos —intervino cortante, lady Evelyn.

Anne la secundó con un cabeceo.

—De hecho, tengo pendiente una invitación a tomar el té en Amschel House —continuó Julianna, algo ofendida por tanto juicio.

—¿Y qué hace que no la acepta? —aulló Anne Hagstings, incrédula.

—Pensaba ir esta tarde, pero me han llamado ustedes con tanta urgencia...

Lady Evelyn chasqueó la lengua en una mueca que Julianna consideró un poco vulgar, teniendo en cuenta sus exigencias con el comportamiento de las demás.

—Para ser exactos, necesitamos algo lo antes posible, si queremos desentrañar este misterioso romance entre el duque y la hija de lady Stone.

—Lady Evelyn, lo que me pide es demasiado apresurado. Lady Rebeca es prudente, cauta en su hablar. Esquivó con sagaz inteligencia todos mis intentos, ni siquiera me permitió mencionar la figura del duque de Richmond.

—Tiempo perdido entonces —bufó lady Evelyn, malhumorada— ¿Hay más té?

—Por supuesto que sí —La anfitriona se apresuró a servirlo ella misma. Con más interrupciones por parte de las doncellas, no acabarían de hablar en la vida.

—Sin embargo... —retomó Julianna con timidez.

—¿Sin embargo qué? —se interesaron a coro las otras dos señoritas.

—Sí que hablamos de la vida, sin concretar, de esto y aquello. Y lady Rebeca insinuó que no tenía intención alguna de contraer matrimonio. Al menos, de momento.

—Eso no puede ser. El chisme viene de buena fuente. Por lo visto, procede de una vieja sirvienta de Amschel House, inútil por su edad, pero a quien por alguna razón caritativa, mantienen al cuidado de las cocinas. Las doncellas rumoreaban, y también parece moverse algo en idéntica dirección, entre la servidumbre del duque.

—Podría ser un simple malentendido...

Anne Hagstings sonrió con condescendencia.

—Querida mía... Inglaterra y sus gentes son profesionales de la murmuración, aquí nadie se equivoca jamás.

—Si acaso, cuestión de matices —convino lady Evelyn, con una risita malvada—. Pero de que entre lady Rebeca y el duque hay algún tipo de vínculo, créanme que lo hay. Es nuestra misión, descubrir cuál es.

—Deberíamos confirmar antes de dar nada por cierto —insistió Julianna con pesar.

Sus palabras parecieron irritar a lady Evelyn.

—¡Justo es lo que intentamos! Pero hasta ahora, y por lo que a usted respecta, no hemos obtenido ningún resultado.

—Volveré a intentarlo... lo antes posible.

—Desde luego que lo hará —repuso lady Evelyn con desdén—, solo espero que no sea demasiado tarde. Porque voy a tratar de entrevistarme, del modo que sea, con el señor Walsh. Descubriré por qué dejó de pretender a lady Rebeca, aunque su cortejo no fuera del todo oficial. Y le aseguro que tendré más éxito que usted, Julianna.

Julianna Donne apretó los labios con disgusto, pero no dijo nada.

—Cómo se nota que en Venecia tienen ustedes otros pasatiempos bien distintos.

El tono hiriente de su frase no se le pasó por alto a la veneciana. Y decidió no seguir callada.

—Siéntase libre de señalar lo que guste, lady Evelyn, incluso si resulta ser un comentario inconveniente e insultante contra la ciudad en la que nací. Como tantas veces ha indicado nuestra querida y común amiga, la señorita Anne, entre nosotras hay, o debería haber, total confianza.

Por un par de segundos, ambas mujeres quedaron enfrentadas por unos ojos que ardían en furia. Anne pensó que era la primera vez que veía a la dulce Julianna perder las formas. Desde luego, lady Evelyn se las ingeniaba de maravilla para sacar de sus casillas al más calmado. Decidió intervenir antes de que corriera la sangre.

—Señoritas, por favor, no discutamos. Estamos juntas en esto, que al fin y al cabo no es más que una travesura con la que matar el aburrimiento. No está en juego la vida de nadie, ¿cierto? Sería de lamentar que nuestra amistad resultase dañada por una historia que a fin de cuentas, no nos incumbe. ¿Unos pastelillos de calabaza?

Capítulo 11

*Alguien en quien confiar, un corazón abierto que
te escucha y te aconseja. Eso es una amiga,
una hermana, un alma gemela.*

Recibir a la señorita Julianna aquella tarde, hizo inmensamente feliz a Rebeca. Necesitaba comprobar que la conexión que había sentido en su primer encuentro, no había sido un espejismo. Y que era mutuo. Que podía confiar en ella. Alguien de su edad, no Amelie, a la que quería y respetaba como a alguien de su familia, pero con la que a veces se sentía incomprendida respecto a los motivos de su corazón.

En realidad, ni siquiera ella los tenía claros. Por culpa del duque, Rebeca se ahogaba en un mar de confusión.

—Lady Rebeca, le agradezco el detalle de su invitación, disculpe mi tardanza.

Aceptó su mano con todo afecto. Se sentaron frente a frente, mientras las doncellas disponían la merienda.

—Sé que ha estado de viaje con sus tíos. ¿Se ha divertido?

—Digamos que un par de venerables ancianos de la antigua generación no son siempre la mejor compañía. Escocia es un sueño, pero me he sentido algo sola.

Rebeca se inclinó hacia ella, con tono confidencial.

—Me ocurre lo mismo. Por eso seguramente la echaba tanto de menos.

—Me honra con el regalo de su amistad. Debo admitir que también anhelaba el momento de reencontrarnos.

—Dígame, ¿ha vuelto a visitar a la señorita Hagstings?

—La señorita Hagstings es... era, mi única amiga en Inglaterra hasta que la conocí a usted. Su

familia y mis tíos son vecinos en Londres, prácticamente nos separa una calle ancha.

—Es agradable, me gustaría conocerla mejor.

Julianna pareció repentinamente animada.

—Anne es extraordinaria y se sentiría tan dichosa si supiera... la admira a usted profundamente. Por desgracia, la permanente influencia de lady Evelyn la mantiene distraída de compañías más interesantes.

—¿Se refiere a la hija del conde de Herrick?

—La misma.

—Apenas la conozco. Solo de oídas.

Por respeto y deferencia a la señorita Julianna, que tanto le agradaba, Rebeca no mencionó lo poco que sabía acerca de lady Evelyn: chismosa y peligrosa.

—Está muy interesada en usted. En realidad, todas las señoritas que he tenido el gusto de conocer, lo están.

—¿Puedo saber los motivos? No creo ser tan atrayente, ni siquiera hago vida social.

—Es más bien algo relacionado con su... su posible... futuro matrimonio.

—¿Cómo dice?

Quizá fue el ímpetu en el tono de lady Rebeca: Julianna enrojeció violentamente. Sus dedos nerviosos tropezaron con la taza de té, la volcó y el líquido caliente mojó su preciosa falda. Se levantó con atropello, pidiendo mil disculpas. Rebeca avisó a una doncella.

—¿Se ha quemado? Tranquilícese, enseguida la limpian y le traerán otra taza. No se preocupe, no tiene importancia.

—Creo haber dicho una gran inconveniencia, lo lamento tantísimo, lady Rebeca, usted es tan amable conmigo y yo... deshonro las costumbres inglesas, soy una preguntona y una entrometida...

Rebeca consiguió sujetarle las manos, inmovilizarla y mirarla fijamente a los ojos.

—Cálmese. No tiene la menor importancia. Si desea saber acerca de mi compromiso, se lo contaré. De hecho, su opinión me será de mucha utilidad. Eso sí, dígame que cuento con su

discreción.

Ella asintió torpemente con la cabeza, antes de volver a sentarse, llena de pesar. Rebeca no quería que se sintiera así. Le sonrió, tomó aire y se dispuso a confesar algunos de sus más íntimos pecados.

—En efecto, podría decirse que estoy prometida. Con el duque de Richmond. Por petición de mi querida madre antes de fallecer. Nuestras madres crecieron juntas como hermanas, y nosotros nos conocemos desde los trece o catorce años. Pero no puedo decir que fuésemos amigos. Para mí, el duque es un completo extraño.

Cuando acabó su declaración, expuesta con más pasión de la que pretendía, giró los ojos hacia Julianna. La veneciana se bebía sus palabras emocionada.

—Dicen que es uno de los hombres más apuestos que se pasean por toda Inglaterra. ¿De verdad lo es?

A Rebeca le costó admitirlo.

—Es galante y seductor, lo reconozco. Pero necesito que me ayude a ahuyentarlo.

Julianna abrió con desmesura los ojos.

—¿Por qué habría de hacer tal cosa?

—No deseo casarme. Ni con él ni con nadie —declaró Rebeca, aferrándose a su alegato favorito. El que mantendría no solo ante Julianna, también ante el duque, ante cualquiera que quisiera saber—. Hace años prometí mi corazón a otro hombre y si no es con él, que no será, no me casaré con nadie.

Comprobó con satisfacción, que la historia era creíble. También sintió remordimientos por engañar a Julianna de aquel modo. Simon existía, pero no era su amor por él, la causa que lo movía todo.

—¿Aquí en Inglaterra?

—No, en París, Simon Morett, mi gran amigo de la infancia. Y antes de que me lo pregunte, no era aristócrata, era un simple plebeyo. Pero nos amábamos tiernamente y prometimos que nos convertiríamos en marido y mujer, o no aceptaríamos a nadie más en nuestros corazones.

—He de imaginar que han mantenido correspondencia durante este tiempo...

Rebeca sintió bastante bochorno al tener que reconocer que no.

—Llevo más de seis años sin saber absolutamente nada de él. Mientras madre y yo permanecimos en París, nos comunicábamos a diario, empeñados en que nadie nos separase. Pero en cuanto mi familia lo descubrió, nos mudamos aquí de inmediato.

Curioso. Al responder a la pregunta de la señorita Donne, Rebeca reparó en cuan ridícula e infantil sonaba su historia de amor. Esa en la que había creído apoyarse tras el fallecimiento de su madre, mientras el duque no daba señales de vida. ¿En qué había estado pensando? Sintió un calor terrible a la altura de las orejas.

—No sé qué decirle —confesó Julianna Donne, muy apurada.

—Y la entiendo. Yo tampoco sé qué decirme a mí misma.

—Si su hermosa historia de amor de la infancia no ha prosperado hasta ahora... Dios me libre de sonar disparatada pero... quizá debería olvidarla. Quién sabe dónde pueda encontrarse ese muchacho.

—Seguramente ya se ha casado con otra —dijo Rebeca con tristeza.

Y era una emoción del todo sincera.

—Es muy probable.

—Y tendrá siete u ocho hijos. Todos hablando francés.

Julianna asintió con la cabeza.

—Las relaciones entre Inglaterra y Francia son desastrosas —añadió Rebeca.

—Y los hombres olvidan fácilmente sus promesas. Sobre todo si son de amor.

—No hombres como el duque, señorita Julianna. Hizo una promesa a mi madre, y por su honor que contra viento y marea, está dispuesto a cumplirla.

—¿Qué le impide entonces aceptarlo, convertirse en duquesa y ser inmensamente feliz?

Efectivamente, ¿qué se lo impedía? Los secretos de su pasado. ¿Pero qué sentía su corazón?

Rebeca estaba más confusa que nunca.

—La desconfianza —mintió a medias—. Porque el lazo que lo unía a mi madre no era de tal

envergadura como para comprometer su destino. Y si lo acepta con tanta despreocupación, es porque no piensa esforzarse lo más mínimo en ser un buen esposo.

—Eso no puede saberlo de antemano —objetó la veneciana con ardor—, está suponiendo muchas cosas espantosas, quizá usted lo haya deslumbrado. Concédase la oportunidad de comprobarlo por sí misma.

Lady Rebeca apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea. Sentía unas inmensas ganas de llorar, de abrazar a Julianna, de confiarle la terrible verdad, no solo una parte. Toda. Entera. Descargar su dolor y sus terrores. Pero no podía.

En lugar de eso, la miró con los ojos húmedos.

—No sé, señorita Julianna. Quizá tengo miedo.

Las cálidas manos de la joven pelirroja presionaron su antebrazo.

—¿De qué, mi querida lady Rebeca?

—De que este matrimonio suponga un sacrificio insoportable para el duque. Que se arrepienta cuando sea tarde. Y que cuando eso ocurra, me rompa en mil pedazos el corazón.

Capítulo 12

*Y sin querer admitirlos,
los sentimientos se cuelan dentro.
Muy dentro del alma.*

La doncella que acababa de anunciar la visita salió, y la puerta de la biblioteca volvió a abrirse. Lentamente, Rebeca se dio la vuelta para recibir al duque. El hombre que estaba, si no lograba remediarlo, destinado a convertirse en su esposo.

La sola idea la turbaba hasta la muerte.

Se mantuvo erguida y firme, sin suavizar el gesto. No quería ser amable. Él tomó su mano como lo hacía todo, sin pedir permiso, y la besó con reverencia. Para disgusto de la joven, su piel respondió erizándose como una ola. Señaló con una mirada antipática, el ramo de flores que sostenía con la mano libre.

—Veo que insiste en congraciarse con Amelie, ¿para tenerla de su parte?

—Estoy convencido de que la querida Amelie me aprecia, incluso sin flores. Esta vez son para usted. Espero que igualmente cumplan su misión y consigan que usted me mire con mayor afecto.

Se las entregó con una sonrisa devastadora. Pero la joven no movió un dedo y el duque frunció el ceño.

—¿No piensa aceptarlas?

Rebeca miró el ramo, la fuerte mano de largos dedos que parecía forjada para acariciar lugares secretos y luego, las flores otra vez.

—Le advierto que he tratado a personas con peor carácter que el suyo —gruñó el duque, antes de dejar el ramo sobre una mesita y adoptar una actitud indiferente—. Tampoco ha aceptado ninguna de mis invitaciones. Varios almuerzos deliciosos se han enfriado sobre la mesa, mientras

en Conventwood aguardábamos su llegada. Supongo que hay una razón para tanta descortesía.

—He estado muy ocupada, lo siento.

—¿Y cómo se encuentra ahora, querida? ¿Algo más liberada?

¿*Querida*? Rebeca reprimió las ganas de estrellarle las flores en la honorable cabeza. Le molestaba sobremanera aquel trato informal que no habían acordado previamente, y que ella no pensaba alentar ni imitar. Para mantener las distancias, decidió recalcar sus palabras cada vez que lo llamaba de usted.

—Le recuerdo que no necesita esforzarse en ser amable conmigo, duque.

—No hará falta señalar que usted no se esfuerza lo más mínimo en serlo conmigo.

Sus increíbles ojos del color de la hierba mojada se entornaron, molestos de forma imperceptible. Lord Richmond no era alguien acostumbrado a recibir negativas, menos por parte de las mujeres, y esta lady Rebeca Percy estaba resultando un objetivo inesperadamente difícil. Dejó ir una tensa sonrisa torcida.

—¿Le apetece un paseo por el jardín? Así podrá descargar su mal humor con mayor libertad, lejos de los oídos de la servidumbre.

—Mi servidumbre es muy discreta, no sé cómo será la suya —silabeó ofendida—. Y para que lo sepa, no estoy de mal humor.

—Quién lo diría... si esa es la actitud habitual por su parte, la que me espera el resto de mi vida, quizá debería plantearme unas cuantas vías de escape digno.

—Recuerde que mucho mejor que escapar de un matrimonio no deseado, es evitar que suceda.

—Ella se detuvo y lo miró directamente a los ojos—. No necesita casarse conmigo, duque, creo que ya se lo he dicho.

Él soltó un bufido suave. Rebeca supo que nunca lograría desanimarlo.

—Cierto, unas cien veces desde que lo acordamos. Innecesario por su parte, si me lo permite, soy un hombre inteligente que capta los mensajes a la primera. De acuerdo —dejó ir una risita condescendiente—, estoy exagerando. En lo que se refiere al número de veces, no a mi nivel de inteligencia.

—Vaya, no sabía que la humildad fuese otra de sus muchas virtudes.

—Y el humor sarcástico, no lo pase por alto; algo que además, compartimos.

Ofreció caballeroso su brazo, inclinándose sobre ella, quedando sus rostros, por un instante, demasiado cerca. La respiración de Rebeca se estranguló en su garganta.

—Insisto en que nos tuteemos, y preferiría que me llamasen por mi nombre en lugar de duque. Viniendo de tu parte, suena demasiado formal, lejano y hasta hostil.

Rebeca no alcanzó a despegar los labios, aún azorada por su proximidad. Él aprovechó para tomar su mano temblorosa y posarla sobre su antebrazo, bien sujeta para que no pudiera retirarla.

—Salgamos.

No era una invitación. Era toda una orden.

Amschel House era tan extensa como hermosa. El edificio principal de piedra oscurecida por la humedad y el tiempo, dividido en cinco grandes cuerpos, rodeado de densos bosques. Respetando los deseos de Rebeca como amante de los espacios agrestes, su madre había permitido que los antaño cuidadísimos jardines, se desbordaran a su antojo, de modo que la mano de los jardineros, aun presente, pasara desapercibida. El duque y ella salieron a la brisa templada del mediodía.

—Siempre me gustó esta casa. Me apetece tomar un café en la terraza, al sol, ¿podría ser? —sugirió Andrew. Ella no se molestó en responder—. En serio, creo que me odias y merezco saber los motivos de tanta aversión.

Rebeca sintió un ramalazo de ternura al mirar sus dulces ojos y el pesar de su tono. Por un instante, casi olvidó su objetivo: ser lo más desagradable y distante posible.

—Yo no le odio, duque, no se confunda. Disculpe si las cosas que no comprendo me desquician.

—¿Cómo por ejemplo?

—Que haya aceptado casarse conmigo. Usted no lo necesita. Yo no lo necesito. Le consta que cumpliría con la promesa hecha a mi madre porque la amaba, era la persona más importante de mi vida. Pero usted... Es posible que hasta ahora no haya sido lo suficientemente explícita en

mis argumentos, y que pese a su elevado nivel de inteligencia del que tanto presume, no haya conseguido entenderme.

Andrew recompensó su sutil ironía y su golpe bajo, con una seductora sonrisa.

—Creo que empezaré a no contestar si me sigues llamando de usted.

—Insisto, ¿por qué aceptó su petición?

—Tengo mis razones.

—Eso es evidente, pero dado que las desconozco, permítame desconfiar.

—Tu madre me hizo una solicitud en su lecho de muerte. Una sola. Que te protegiera y te cuidara.

—¿Y desde cuándo algo así implica necesariamente casamiento?

—¿Qué mejor modo de no desampararte que haciéndote mi esposa? Y en eso estábamos de acuerdo lady Stone y yo; lo último que tu madre me dijo fue «cásate con ella».

Rebeca se detuvo en seco. El aire alborotó uno de sus mechones oscuros y los ojos del duque persiguieron el movimiento. Con la tentación de atraparlo entre los dedos y recrearse con su suavidad. Ella retrocedió un paso para sentirse más segura.

—Lo repetiré una vez más —insistió—. No necesita sacrificarse. Usted podría casarse con cualquiera.

—Pero he decidido que sea contigo. Exquisita en tus modales, bella hasta lo insoportable, inteligente y con un lado rebelde que haría perder la cabeza al más temerario. ¿Quién en su sano juicio te rechazaría?

—No intente hacerme creer que soy el mejor partido de toda Inglaterra.

Esta vez fue el duque quien la enfrentó con una mirada demoledora. La potencia de aquellas pupilas intimidantes, fijas en su boca, la hizo temblar.

—De toda Inglaterra quizá no, pero sí, eres un magnífico partido, Rebeca.

Continuaron su paseo, uno junto al otro a pesar de la tensión de la disputa, percibiendo el calor que emanaban sus cuerpos, permitiendo que una neblina dulzona con olor a miel y especias los envolviera lentamente.

—Te niegas a responderme. ¿Entregaste ya tu corazón a otro caballero? ¿Es eso lo que te impide albergar algún sentimiento cálido en mi favor?

—¿Sentimiento cálido? —rio ella—¡Por todos los santos, duque, qué idea tan peregrina! Creí que hablábamos, en todo caso, de un matrimonio de conveniencia.

—Ambos disponemos de una fortuna personal que nos permite vivir sin depender de otro. No podríamos estar más lejos de la idea de conveniencia.

Rebeca sintió que su respiración se agitaba y que el latido de su corazón dentro del pecho, galopaba como su mejor caballo. Ella era buena negociadora, su madre y Amelie siempre alababan su talento para llevar las conversaciones por donde quería y salirse con la suya. Pero discutir con el duque resultaba agotador, ninguno de los argumentos que empleaba en su contra parecía desalentarlo, siempre tenía lista una réplica ingeniosa.

—Por cierto —apuntó cuando ella menos se lo esperaba—, siempre que te apetezca cabalgar por Coventwood, avísame antes; te acompañaré y te haré de guía. Yendo sola te pierdes los rincones más hermosos.

Las mejillas de lady Rebeca se tiñeron de color, y el duque sonrió con la comisura, como el magnífico disoluto que sin duda era.

—Así que me vio.

—Te vi. Hubiera sido un magnífico militar, Rebeca, no se me escapa nada.

—Qué inadecuado por su parte referirlo. Habría sido un detalle pasarlo por alto, evitaría avergonzarme.

—Pronto seremos marido y mujer, no deberíamos ocultarnos nada —recomendó Andrew con sorna.

Ella se giró a mirarlo con fuego en las pupilas. Su insistencia y sus continuas mofas respecto al matrimonio, eran sumamente provocadoras.

—Le repito que está dando muchas cosas por sentado, demasiado pronto.

—Dime que no pretendes incumplir la promesa que hiciste a tu madre.

—No, si usted insiste en seguir adelante. Por eso le ruego que me libere. Que nos libere a ambos.

—No puedo permitir que una joven llena de virtudes, en la flor de la vida, se marchite en soledad.

La ironía y la burla que flotaban en su tono al hablar, la crispaban más aún. Parecía dispuesto a convertirla en la diversión de la temporada. Rebeca rodó sobre sus talones y lo atravesó con sus duras pupilas.

—Puede pensar lo que le apetezca, duque. No va a lograrlo.

—Solo conozcámonos, dame la oportunidad de mostrarme tal cual soy, en lugar de como me ves, sin mirarme —solicitó, repentinamente serio.

Rebeca ahogó un pequeño suspiro.

—Concédeme esa petición en nombre de lady Stone. Por su memoria. No es nada descabellado.

—De acuerdo. Pero sepa —añadió a toda prisa—, que todas las conclusiones a las que haya podido llegar, no son más que fantasías: a Conventwood entré casi por casualidad, nuestras heredades son vecinas.

Andrew sonrió, lobuno.

—Claro, claro, ¿acaso alguien lo pone en duda?

Capítulo 13

*Los mejores tesoros
se desentierran por casualidad.
Nadie los buscó nunca.
Menos, cuando aparecieron.*

Lady Evelyn no había olvidado su tarea, con más motivo ahora, que la ayuda de la señorita Donne había resultado tan insuficiente. Pasadas unas semanas, surgió su oportunidad, una invitación a casa de Theodore y Carlota Cook, famosos por sus reñidas partidas de cartas, en las que además de muchas libras, se jugaban enemistades familiares, honores rotos y pequeñas venganzas. Lord Joseph Walsh era un habitual de esas contiendas y lady Evelyn imaginó que sería un buen momento para interrogarlo acerca del asunto lady Rebeca Percy.

Se colocó estratégicamente a su lado, cuando empezaron los duelos.

—Lady Evelyn, ¿va usted a participar? —se interesó la dueña de la casa. Evelyn levantó su copa de ponche dulce con un gesto coqueto.

—Nada más lejos de mi intención hoy, querida Carlota. Pero pienso aprender trucos del mejor.

Su comentario sacó al ceñudo Joseph Walsh de su enclaustramiento. Hasta entonces, y a pesar de lo animado del ambiente, sus comentarios se habían reducido a pocos saludos y hoscas reverencias.

—¿Por casualidad me está llamando tramposo, lady Evelyn?

—En absoluto, señor, ¿cómo se le ocurre? Veo que le ha pasado inadvertido el tinte de admiración en mi tono. Hoy seré su pupila más diligente.

—Entonces es que quiere dedicarse profesionalmente al juego de cartas —apostó él, irónico.

Bien, se dijo Evelyn. Si lograba ponerlo de buen humor y además la suerte le sonreía en el juego, estaría más abierto a las confidencias. De lo contrario, mejor dejarlo para otra ocasión. ¿Qué le había impedido pedir la mano de lady Rebeca? Era un hombre decente y de posibles, un buen partido. No tanto como el duque, se forzó a recordar, pero dado el origen francés de la hija de lady Stone, algo que la alta sociedad inglesa parecía excusar, más que digno.

Lady Evelyn no podía controlar su curiosidad desbocada.

—Lord Walsh, no diga tonterías. Límitese a ganar.

El juego dio comienzo, y gran parte de los presentes se concentró en círculo alrededor de la mesa donde el barón se enfrentaba al viejo conde de Cavendish, un poco sordo y corto de vista ya, pero sagaz como el que más, cuando de estrategias militares se trataba. Y los caballeros vivían el enfrentamiento a través de los naipes, con la pasión de una batalla naval. Con tal contrincante era muy probable que el barón perdiese la partida y entonces, lady Evelyn no solo habría malgastado su tiempo: tampoco conseguiría dormir, mortificada por las dudas.

La contienda fue larga y penosamente lenta. El conde precisaba de varios minutos para decidir cada movimiento y en la espera, lady Evelyn vigilaba que la copa de licor de Joseph Walsh nunca estuviese vacía. Finalmente y con grandes complicaciones, remató con la suerte de cara. Todos lo felicitaron con grandes ovaciones, al tiempo que consolaban a Cavendish por una digna derrota.

—Enhorabuena, barón, todos lo consideramos un mago de la baraja —halagó la joven, entornando los ojos— ¿Salimos a la terraza? Aquí dentro el aire es sofocante.

Al colgarse perezosa de su brazo y agitar el abanico, lady Evelyn hizo como si no notase que el barón se tambaleaba. Mejor. Cuanto más ebrio, más suelta la lengua. Aquello iba a ser pan comido.

Lo que no esperaba, ni en sus mejores sueños, es lo que iba a desenterrar.

La fresca brisa nocturna de primavera les acarició la cara. Aunque era muy agradable, el

caballero persistía en su grosero silencio, y no parecía tener ganas de celebrar victoria alguna.

—Es usted un hombre inteligente y capaz, además de atractivo, señor Walsh. No entiendo cómo sigue soltero. ¿Acaso su corazón late ya por alguna jovencita? Porque apuesto a que no me equivoco, si afirmo que muchas suspiran por convertirse en su esposa.

—¿Está usted haciéndome alguna proposición personal que deba tener en cuenta, lady Evelyn?

La joven echó atrás la cabeza y soltó una leve carcajada. Ahora que se fijaba bien, el atractivo de lord Joseph Walsh era innegable. Un poco rudo y no demasiado alto, pero perfecto para alguien menuda como ella. Desafortunadamente...

—Imposible, querido amigo, estoy prometida desde hace tiempo.

—Con un celebrado militar que marchó a la guerra y del que no ha vuelto a saberse nada.

Evelyn sintió que un nudo espeso le oprimía la garganta. Ciertamente. Pasaba sus días como una alegre prometida, cuando lo cierto era que posiblemente fuese viuda ya antes de desposarse. En cuyo caso, su lozanía se desperdiciaba sin remedio, no tardaría en arrepentirse. Cerró los ojos y apretó los párpados para no pensar.

—Veo que está al tanto de todos los detalles. La mía es una situación francamente difícil de resolver.

—No se complique. Cancele de una vez por todas ese compromiso y vuele a otros nidos más cálidos.

—¿Es lo que planea hacer usted, señor? ¿Se me permite preguntar si es que ya no está interesado en la joven lady Rebeca Percy?

Se diría que un rictus de amarga furia cruzó el pálido rostro de lord Walsh. Su reacción fue visible incluso a la escasa luz de la luna.

—No hubo ninguna historia digna de mención —replicó ronco.

Lady Evelyn se sacudió bajo un espasmo de satisfacción. Iba por buen camino.

—Se les veía juntos en la mayoría de los actos sociales, usted parecía mantener una buenísima relación con la difunta lady Stone y, bueno, ya sabe cómo es la gente, saca conclusiones, comenta... Todos esperábamos que de un momento a otro nos sorprendieran con el dulce anuncio

de un compromiso. La edad de Lady Rebeca es perfecta para desposarse.

Cuando el caballero soltó un gruñido como única reacción, Evelyn supo que aquello necesitaba que ella diese un empujoncito a la confesión.

—Dígame, lord Walsh, ¿no está listo para hacerme alguna confidencia? Puede desahogarse conmigo, sabe que su secreto quedará a salvo.

Walsh la miró y por primera vez, pareció verla. Con una sonrisa mordaz entre los labios, ya que de sobra conocía la incontinencia de lady Evelyn y su incapacidad para mantener la boca cerrada si manejaba algún chisme interesante. Y el que él podía facilitarle, merecía con creces dicho adjetivo. Apartó la mirada y de nuevo la hundió en la oscuridad de la arboleda.

—No hay ningún secreto que desvelar.

—Conmigo no necesita disimular, barón. Sé que su intención era pedir la mano de lady Rebeca. ¿Qué ocurrió? ¿Discutieron? ¿Acaso lo rechazó en beneficio de otra proposición más conveniente?

Su disparo acertó en diana, justo como ella quería. Lord Joseph Walsh se retorció al escucharla, tal que si le hubiesen clavado un puñal en el centro de su honor.

—Nadie me rechazó porque jamás pensé en declarar propósito alguno. El ambiente en aquella casa era siniestro, y se me hizo mucho más oscuro tras la muerte de lady Stone, en digamos, extrañas circunstancias.

Los cinco sentidos de Evelyn se pusieron en alerta. Sus ojos se abrieron con desmesura.

—¿Extrañas... circunstancias? ¿A qué se refiere, exactamente?

—¿De verdad podría guardarme el secreto?

—Me ofenderá si lo duda.

—Es un asunto muy grave.

—Las confidencias graves son mi especialidad, señor.

—Bien. Es posible, solo posible, que el fallecimiento de lady Stone no se deba a causas tan naturales como su entorno pretende hacernos creer.

Con una exclamación de horror, lady Evelyn se cubrió la boca con las manos.

—¿Está usted intentando decir... lo que creo que intenta decir?

—Lady Rebeca no se separaba del cabecero de la cama de su madre, tomaba todas las decisiones, controlaba todas sus comidas y bebidas, no permitía que nadie interviniera, ni siquiera los criados más veteranos... Muerta su madre, queda usufructuaria absoluta de esa inmensidad incalculable que es Amschel House. Todo muy conveniente y a muy buena edad, ¿no le parece?

Lady Evelyn jadeó escandalizada, a punto de sufrir un desmayo.

—Me cuesta creer lo que escucho, lord Walsh. ¿Está usted seguro?

—No tengo pruebas, si es eso a lo que se refiere; de tenerlas lo habría puesto sin dudar, en conocimiento de la autoridad competente. Pero como usted bien ha dicho, pasé mucho tiempo en esa casa, he visto cosas, analizado la personalidad de lady Rebeca...

Lady Evelyn se secó el sudor de la frente con la punta de un pañuelito bordado.

—Desde ese punto de vista es lógico y entendible que se apartase.

—Como del diablo, en efecto. Compadezco al pobre desventurado que caiga en sus redes.

El pobre desventurado al que Walsh, seguramente sin saber, se refería, iba a ser, ni más ni menos, que el extraordinario duque de Richmond. ¿Podía ser cierto? ¿Acaso iba, por azar del destino, una asesina a convertirse en... duquesa?

Capítulo 14

2 semanas antes...

*Decir adiós
no es nada fácil.*

Después de tomar la decisión definitiva, y a su juicio, correcta, acerca de sus responsabilidades para con lady Stone y Rebeca, Andrew se armó de valor para acabar, de una vez por todas, su peligrosa aunque no cabía duda que satisfactoria, aventura con Lita Rendel.

Aguardó impaciente en la sala de la mansión familiar, mientras el criado avisaba a la señora, de que tenía una visita. Según le habían notificado al llegar, el señor no se encontraba en casa, algo que ya le constaba con carácter previo. No en vano, el duque llevaba casi una semana desplegando espías, recopilando información, y esperando una ausencia de Nathan, un viaje suyo al norte, para poder entrevistarse sin riesgos, con la que seguía siendo su esposa.

Siempre había sido un juego arriesgado aunque sumamente divertido, en el que ya tenían cierta experiencia, y para la servidumbre de la casa Rendel, ciegos, sordos y mudos a ese respecto, Richmond no era precisamente un visitante insólito.

—Mi querido duque, qué alegría recibirlo. Como le habrán indicado, mi señor esposo no se encuentra en Londres en estos momentos.

Lita lucía tan hermosa y exuberante como de costumbre, con un vestido de seda verde oscuro demasiado escotado para estar en casa, y más joyas costosas alrededor del cuello, que las que muchas damas guardaban en sus joyeros. Traía la mano estirada para que su visitante la tomase y besara los delicados nudillos, cosa que hizo sin titubeos.

—Es un placer verla. Lamento no poder disfrutar de la compañía del señor Rendel.

—Intentaremos en cualquier caso que su visita sea agradable. ¿Le apetece un coñac?

—Es algo temprano pero sí, de acuerdo.

Lita entornó los ojos, como un ave de presa que acecha a su víctima.

—Para los pequeños placeres de la vida siempre es la hora perfecta, duque. Sírvanos en el saloncito azul.

Con aquella orden despachó a la entrometida criada que no terminaba de desaparecer, y se colgó del brazo de Richmond para salir de la estancia.

—¿Puedo preguntar qué le trae por aquí? Me temo que si son negocios, habrá de esperar mejor ocasión, mi esposo no regresa hasta dentro de tres días.

Ahí estaba, la información en clave que Lita solía darle, estableciendo el lapso de tiempo de que disponían para gozar en el lecho. Tres días implicaban un buen atracón. Pero en aquella ocasión, las expectativas de la dama iban a hacerse añicos.

Hasta que se quedaron solos, el duque se limitó a sonreír con cortesía. Una vez en el saloncito, acomodados en los sofás de satén brocado, miró a Lita directamente a los ojos. Ella parecía embelesada.

—Duque, ¿cómo te las arreglas para lucir más insoportablemente atractivo cada vez que te veo? Dame tu receta.

—Lita... tenemos una importante conversación pendiente.

—Oh, querido, afloja esa rigidez, cuando te pones serio sueñas tan aburrido...

—Escúchame, tienes que escucharme y por favor, te ruego que te tomes en serio lo que voy a decirte. Tenemos que acabar con esto...

—¡Oh, aquí llegan nuestras bebidas!

Andrew interrumpió la frase justo a tiempo de que el servicio no escuchara nada inconveniente, con un incómodo nudo en el estómago y la sensación de que razonar con la apasionada señora Rendel no iba a resultar del todo sencillo.

Mientras sirvieron y Lita inventaba más distracciones ordenando una jarra de limonada y algunos pastelillos salados, él miraba su sombrero y se preguntaba qué hombre, que no caballero, despreciaría con tanta frivolidad un regalo placentero en extremo, como el que Lita le obsequiaba cada vez que le era posible. Ninguno. Despachar aquellos encuentros, ponerles fin, era una

absoluta estupidez, pero debía empezar a pensar como un caballero de los que bajo ningún concepto tendrían un *affaire* con una mujer casada, en lugar de como un simple hombre que se deja llevar por el ardor de los instintos.

—Lita —recomenzó en cuanto les dejaron solos.

Ella levantó una mano y la agitó en el aire.

—¿No has dormido bien, querido?

—He dormido perfectamente y estoy en pleno uso de mis facultades, si es eso a lo que te refieres

—replicó él, empezando a irritarse.

Ella le entregó la copa de coñac con un gesto de coquetería.

—No te enfades conmigo, *mon cherie*. Cuando Nathan no está en casa me siento tan sola y vulnerable...

—Me temo que vas a tener que buscarte otra distracción para cuando tu marido salga de viaje. O acompañarlo y ver mundo, esa sería una magnífica idea de la que no te arrepentirías jamás.

Por el cambio de su expresión, Andrew adivinó que no estaba en absoluto de acuerdo.

—Todo el mundo que estoy interesada en ver se encuentra escondido bajo tu ropa.

—Lita, voy a casarme —la cortó antes de que su osadía caldease sus ánimos, y en lugar de despedirse, acabaran revolcándose entre sábanas, como fieras salvajes.

El rostro suavemente bronceado de la dama, palideció.

—¿Cómo?!

—¿Pensaste acaso que esto duraría para siempre?

—Pero ¿cuándo has tomado esa decisión? Siempre dijiste que...

—Los sabios cambian de opinión cuando corresponde.

—Entonces es que te tienes por un hombre sabio —recalcó, burlona.

Andrew hizo como si no la hubiese oído.

—Son compromisos familiares, no espero que lo comprendas.

—Dices bien, no lo comprendo. Disfrutas de una envidiable posición, soltero y libre, vagabundo millonario, vividor de fantasías por cada rincón del planeta y de vuelta al hogar... yo. Una mujer

que nunca te pedirá nada, a cambio de dártelo todo.

—Si no piensas pedirme nada, no me pidas una estabilidad que no puedo darte. De hecho, esta conversación ya dura demasiado.

—¿Cómo osas renunciar a todos esos privilegios?

—¿Aún no te lo he dicho? —le guiñó un ojo, travieso— En nombre del sagrado sacramento del matrimonio.

Lita retiró la mirada, furiosa.

—Qué vulgaridad. Estás siendo cruel.

—Lita, lo lamentaría si sospechara siquiera que tienes corazón, pero no lo tienes. Sé franca, esto nuestro ha sido para ti lo mismo que para mí, un pasatiempo sin importancia y sobre todo, sin vínculos emocionales. Cortarlo no nos costará.

—Salvo por la pérdida de los maravillosos momentos compartidos.

—Los guardaremos bien dentro, donde no puedan dañar a nadie, especialmente a tu pobre marido.

Lita suspiró contrariada y apuró hasta la última gota de coñac de la copa.

—Es un respetable anciano al que no debe quedarle mucho. Siempre fantaseé con la idea de que una vez viuda, tú y yo...

Sus pupilas fogosas se engancharon en las del duque, esperando una respuesta que él se negó a dar.

—En fin, supongo que construí castillos en el aire —suspiró—. Y lo más lamentable de esta historia es que no se me está permitido enfadarme.

Mientras discutían manteniendo bajo el tono de voz, Andrew se dio cuenta de una cosa: deseaba terminar con Lita, aquella excusa a sí mismo del futuro compromiso con lady Rebeca, no era más que eso, una coartada para una decisión ya tomada hacía tiempo, de la que ni siquiera era consciente. El espejismo de su atracción por la señora Rendel se había desvanecido con el paso de los meses y los encuentros, y la emoción de estrecharla entre sus brazos se había apagado como una pavesa dentro del agua. De modo que agradeció en silencio a lady Rebeca, haber sido

el hermoso mecanismo que pusiera en marcha el motor atrofiado de su voluntad.

Lita pareció adivinar sus pensamientos.

—¿Se me permite preguntar quién es la afortunada?

—La hija de una vieja conocida de mi madre; ya te dije que eran ataduras familiares —aclaró él, de mala gana.

Lita dibujó un puchero con sus apetecibles labios.

—Esas alianzas que hacéis los aristócratas, ignoro con qué fin, van a privarme de mi mayor recreo. Aunque pensándolo bien... disponemos de tres días completos. Podríamos... deberíamos despedirnos como corresponde.

La tentación llamando a la puerta. El duque sintió que el pulso se le aceleraba y cuando volvió a la realidad, la mano extendida de Lita, aguardaba.

—Vamos, deja de mentirte respecto a tus auténticas inclinaciones —silabeó con una sonrisa casi perversa.

—Lita, voy a salir por esa puerta... —dijo sin convicción alguna.

Ella ladeó la cabeza mirándolo con mucha intención.

—Nadie cambia tanto de un día para otro, duque; habrás tomado la decisión de sentar la cabeza, pero no dejarás de ser tú tan pronto. Insisto, solo por hoy, si llegó la hora de nuestro adiós, hagámoslo a lo grande.

Permaneció callado, porque no se le ocurría nada lo bastante contundente como para protegerse.

Ella sospechó las grietas que empezaban a abrirse en su certidumbre, y presionó un poco más.

—Te lo suplico, duque, una última vez. Regálame una despedida que no pueda olvidar.

—En realidad, se trata de justo lo contrario.

—No hay nada de malo, no volveremos a vernos, acabas de romperme el corazón y tienes mi palabra de que no volveré a molestarte.

—¿La tengo? —preguntó retórico, más que nada, porque notaba la burla en su tono.

—La tienes. Eso sí, contra mi voluntad, que conste. —Estiró la mano— Ven a mi cama.

Sinceramente, Lita Rendel sabía cómo ser persuasiva si le interesaba.

De modo que Andrew acabó cerrando la mente a los remordimientos, aceptó sus dedos juguetones, y juntos ascendieron por la ancha escalera rumbo al dormitorio, en la que se juró, sería la última vez.

Capítulo 15

*El amor es algo
que llega y te conquista
poco a poco.*

A Rebeca se le acabaron las excusas educadas para rechazar las invitaciones del duque, de modo que aceptó. No eran más que inocentes almuerzos, no le pedía la vida, ni comprometer su virtud. Alguien llamó a la puerta de su dormitorio, y por la forma de golpear, suave pero enérgica, supo que era Amelie.

—Lady Rebeca, el duque la espera en la biblioteca.

Su corazón traicionero pegó un brinco. El duque. Sus labios. El deseo...

—¿Ya ha llegado?

—De hecho lleva esperando casi diez minutos. ¿Aún no se ha vestido?

No. Y ahora que estaba nerviosa, tardaría bastante más.

—No quiero ponerme nada especial, algo con lo que si fuese necesario, pudiera cabalgar. Ayúdame con ese vestido verde oscuro y a recogerme el cabello sin demasiada complicación.

—Avisaré a su doncella...

—No, no quiero llamar a nadie. Ayúdame tú.

Sin protestar, el ama de llaves se colocó a su espalda y sujetó sus mechones con unas cuantas horquillas. Era tan rápida como habilidosa, a decir verdad, mucho más que la doncella.

—Debería prestarle más atención a su futuro esposo.

Rebeca la enfrentó sorprendida a través del espejo.

—¿Por qué todos os referís al duque como si ya estuviéramos comprometidos?

—Porque lo están. Y porque la conocemos y no nos cabe duda de que cumplirá con su palabra.

Rebeca gruñó algo ininteligible.

—Solo deje transcurrir algo de tiempo —continuó Amelie, con dulzura—, hágase a la idea y permita que él conquiste su corazón. Conociendo la reputación del duque, es algo que no tardará en suceder.

—¿Y cuál es su reputación? —quiso saber Rebeca, con un ligero temblor.

—Inmejorable. Jamás en toda su vida ha dado un escándalo. Pero las mujeres de media Inglaterra suspiran a su paso.

—Suspiran porque es apuesto, alto y fuerte —replicó la joven con disgusto—. Porque tiene unos ojos increíbles y una voz varonil y sedosa. Porque además es fascinante, rico y de apellido ilustre.

—Cuántas cualidades, ¿no le parece?

—Demasiadas en una sola persona.

—Da la sensación que la contraría llevarse semejante joya —agregó, burlona.

De nuevo se encontraron sus ojos risueños a través del espejo. En los de Rebeca brillaban cientos de estrellitas emocionadas.

—Nada tan bueno acaba siendo cierto, Amelie, tenlo en cuenta. Podríamos descubrir telarañas bajo tantas capas de seda. Por ejemplo, el duque viaja mucho, ¿no es cierto?

—No sabría decirle...

—Pues todos los que alaban su intachable reputación deberían preguntarse a qué actividades dedica su tiempo tan insigne personaje, cuando se encuentra lejos de Inglaterra.

Esa reflexión dejó sin argumentos al ama de llaves, y toda su anterior vehemencia defendiendo al duque de Richmond, se apagó en el aire. Rebeca sonrió satisfecha.

—Algunos hacen del aparentar, todo un arte, no lo olvides —apuntó al final.

Amelie agachó la cabeza y Rebeca lo tomó como un sí. Se levantó del tocador y echó un último vistazo a su imagen.

—¿Crees que el verde resulta atrevido en mis condiciones?

Amelie fue inmensamente feliz de poder cambiar de tema.

—En absoluto. Debería ir pensando en abandonar el luto, lady Rebeca, es usted muy joven y ha pasado mucho tiempo.

—Si por mí fuese lo llevaría toda mi vida. Lo que le debo a mi madre no puede expresarse con colores en la ropa.

Las manos de Amelie se posaron en su antebrazo para apretarlo con afecto.

—Ella sigue aquí, entre nosotras, cuidándola como siempre.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—La echo terriblemente de menos. Cada día.

El ama de llaves asintió en silencio. Podía entenderla. Toda la casa parecía haber muerto un poco con la desaparición de lady Stone.

Al entrar en la biblioteca, lo encontró de espaldas, mirando con atención algunos libros. Sus hombros eran anchos y las levitas le sentaban de pecado. Rebeca se odió un poco por examinarlo con tanto interés.

—¿Le gusta la lectura, duque?

Giró sorprendido y la recibió con una sonrisa que, francamente, la desarmó. Rebeca podía imaginar la de cosas que habría conseguido de las mujeres con aquella curva pecaminosa en los labios. Incluso de las casadas.

—Es un placer al que me entrego con absoluta pasión. —Apuntó a las estanterías—. Los libros siempre se las arreglan para regalarme algo que no sabía antes de abrirlos.

—Como una tarde con un abuelo afectuoso.

—Como un abuelo, buena comparación. ¿Tuviste abuelos de los que disfrutar? Yo no.

—Me temo que tampoco —respondió ella con una ligera sacudida en la voz—. Murieron siendo yo muy niña.

—Afortunados los que hayan podido vivir en su compañía, aunque solo fuese un puñado de años. —De repente pareció animarse— ¿Preparada para nuestra visita de hoy?

—Desde luego, duque. Quiero conocer esa especie de granja especial que me han dicho que tiene... —La dolorosa vergüenza le recordó que el duque la había cazado espiándolo en su

propiedad, y le frenó la lengua.

—¿Que te han dicho...?

—De acuerdo, lo admito, la granja que vi con mis propios ojos cuando por casualidad —recalcó—, paseaba a caballo por las inmediaciones de su finca. Todavía no me la ha enseñado.

Andrew Richmond soltó una inesperada carcajada. Y el sonido de su risa erizó el vello de Rebeca sin que supiera bien por qué.

—Me rindo, Rebeca, eres imposible. No se trata de una granja, es un santuario animal. Allí van a parar todos los pobres seres sintientes que arrojan a la calle o vagan perdidos o abandonados, sin conocer la seguridad de un cobijo o el amor.

—¿Se refiere a ovejas, vacas y cerdos?

—Y caballos, asnos, y todo tipo de ave de corral. Perros, gatos, hasta ardillas. No hay excepciones en la admisión al santuario. Basta con estar herido, indefenso o solo, y necesitar amor.

—Muchos seres humanos responderían a idéntica descripción.

En contra de lo que ella esperaba, el semblante del duque no se ensombreció.

—Cierto. Sin embargo, para esos casos existen otras instituciones. Además, la experiencia me dice que muchos animales son infinitamente más amables y misericordiosos que nuestros congéneres.

—En eso estamos de acuerdo.

Un simpático pestañeo ocultó un segundo los increíbles ojos verdes del duque. Luego ofreció su brazo con otra amplia sonrisa que contribuyó a relajar un poco más a Rebeca.

—Me hace inmensamente feliz oír esas palabras —apuntó, de buen humor—. Estar de acuerdo es algo grandioso. Y tenemos suerte. He traído el carruaje abierto y el día es magnífico. ¿Tendrás la cortesía de hacerme los honores?

Capítulo 16

*Algo que lentamente
se cuela en mi corazón y
a lo que no sé poner coto.*

Abandonaron Amschel House y recorrieron la distancia que los separaba de Coventwood, disfrutando del sol y del paisaje. A fecha de hoy, el duque afirma que se enamoró de Rebeca durante ese viaje en coche descubierto, de una casa a la otra. Ya mucho antes se había dado cuenta de que como mujer, lady Rebeca era en extremo tentadora, de las que te envuelven, te embrujan y te destrozan el corazón sin ser siquiera conscientes de ello. Era un hombre, sabía apreciar la belleza femenina cuando se le ponía delante. Pero no se trataba de eso, era algo diferente, más denso y profundo.

Se quedó prendado del brillo de sus ojos cuando miraba los árboles, y de cómo describía el rumor de la lluvia contra las hojas, en las noches de tormenta. De imaginarla, según contó, escondida bajo las sábanas con una pequeña vela, para poder leer más allá del horario impuesto por lady Stone. Del modo en que corría descalza por los jardines de la mansión tras alguna travesura, con la pobre Amelie y los mayordomos persiguiéndola sin éxito.

Rebeca, por su parte, evitaba mirarlo temiendo que sus ojos traicioneros volasen hasta sus deseables labios. Pero la sensación de confianza crecía y la conversación se fue animando. Lograron, aunque más bien fue mérito exclusivo del duque, que aflorara un ambiente amigable, una calidez casi familiar.

En su pecho, en un rinconcito aún pequeño pero poderoso, por encima de los reproches y del miedo, empezaba a arder una llamita que podría alcanzar proporciones de incendio. Y todavía no había visto nada.

Conforme revelaba una intimidad o un pequeño secreto, Rebeca se arrepentía. Sus mejillas se

sonrojaban como dos deliciosas cerezas, y su sonrisa se volvía tímida y soñadora. Seguramente hubo un bendito segundo de su tiempo compartido, a partir del que ambos empezaron a sentirse a gusto cerca del otro. La charla fluía y el tono de las voces se hizo más amable. Rebeca empezó a ser mucho más ella, lejos de la mujer rígida y distante que Andrew conocía hasta entonces. Por eso, se sorprendió a sí mismo hablando de lo que le apasionaba, animales y su cuidado, de sus viajes, interesado por lo que ella respondía, por su curiosidad y sus inteligentes preguntas.

—¿Y cómo se le ocurrió crear un santuario animal?

—Es una idea que importé de África. Allí los crean para salvaguardar no solo animales heridos y cachorros huérfanos, también para proteger especies en peligro de extinción por culpa de la caza indiscriminada.

—África... suena tan exótico.

—¿Has viajado al exterior, Rebeca? Me consta que lady Stone tenía cierto espíritu aventurero, al menos en su juventud.

Al mencionar a su querida madre, los ojos de lady Rebeca se humedecieron. A Andrew lo asaltó un ardiente e inapropiado deseo de consolarla entre sus brazos, de cubrir su preciosa cara de besos y regalarle a su alma todo el calor que parecía necesitar. Su cuerpo se sentía irrefrenablemente atraído por el de ella, y parecía buscar cualquier pretexto válido para acercársele.

Apretó los puños y se contuvo. Pero el ritmo de sus latidos inició su propia carrera. Andrew se esforzó por concentrarse en lo que le decía.

—Debo de parecerle de lo más provinciana, solo me he movido entre París e Inglaterra. De Italia solo conozco Venecia.

—Afortunadamente, no es algo irreparable. ¿Qué ocurrió con la mansión familiar en París? ¿Aún se conserva?

La cabeza de Rebeca dibujó una elegante afirmación y él persiguió, hipnotizado, el movimiento de sus bucles oscuros.

—Cuando al morir padre el heredero del condado nos cedió el uso y disfrute de las propiedades

familiares, madre quiso rentarla en muchas ocasiones, pero tan pronto surgía un interesado, se retractaba. Volvió medio loco al señor Llorent, nuestro administrador. Finalmente, en la última etapa de su enfermedad, cedió. Una distinguida familia holandesa disfruta ahora del magnánimo clima y de nuestros prodigiosos jardines parisinos.

—¡Vaya! Lamento oírlo, creo que sientes cierta nostalgia por esa casa.

El duque se retractó de sus palabras en el momento mismo en que las pronunció. Rebeca perdió la sonrisa y toda la cercanía que habían conseguido hasta entonces, se volatilizó. Ella asintió tímidamente con la cabeza, sin responder.

—Lo siento, ¿he dicho algo inconveniente?

—No, duque, lo único inconveniente es, como bien ha señalado usted, mi incurable nostalgia.

Andrew se inclinó hacia delante, embriagado con su perfume.

—Estábamos pasando un rato inolvidable, por favor, no lo estropeemos, disculpa mi torpeza. Nada más lejos de mi intención que traer a tu memoria recuerdos tristes.

—La infancia, especialmente cuando uno ha perdido a sus padres, está plagada de guijarros afilados.

—Estoy de acuerdo. Y doy gracias al cielo de que pese a todo, tu vida haya sido dichosa y que lady Stone realizara, igual que las hizo tu padre, todas las previsiones necesarias para cuando te quedases sola.

Por segunda vez, Andrew tuvo la sensación de haber dicho algo muy inapropiado. Que el duque de Richmond se mordiera la lengua, midiera sus palabras o vacilase en cuanto a qué decir ante una dama, era una novedad sorprendente, incluso para el propio duque de Richmond. Se sintió presionado a decir algo amable que trajera de vuelta el buen ambiente. La urgencia lo llevó a hablar sin pensar.

—Volvamos a los recuerdos hermosos —rogó—. África, Asia, países exóticos y lejanos, tan diferentes de nuestra amada Inglaterra. ¿Cuento con que querrás acompañarme a todos esos sitios cuando estemos casados?

Rebeca alzó la cara y lo miró interrogante. Él se sobresaltó de igual modo. ¿Era su voz la que

acababa de soltar aquella frase? ¡Demonios! ¿Desde cuándo entraba en sus planes viajar acompañado por una esposa?

«¡*Insensato!*»

Sus viajes eran su salvoconducto a la libertad, su escape, el mejor modo de que nadie controlase su vida. Y su plan incluía cumplir con la promesa hecha a lady Stone, siempre y cuando su esposa permaneciera en Inglaterra, ocupándose de la administración de la casa y haciendo vida social, permitiéndole gozar con independencia.

¿Cómo había podido ser tan necio...? Andrew no quería sentir aquello que sin pedir permiso, se iba filtrando por las hebras de su ser hasta tocar el hueso. ¡No quería! La sensación de necesitar a alguien para disfrutar, para que todo brillara más, la necesidad de compartir un viaje, una comida o una noche bajo las estrellas con alguien especial para que la vida fuese también, más extraordinaria. Como si gozarlas en solitario, algo que había hecho con todo gusto hasta el momento, hubiera dejado de tener sentido.

¡No quería echarla de menos cuando no estuviera!

Por fortuna, los pensamientos de lady Rebeca fueron por otro camino radicalmente distinto. Cuando habló, no lo miraba.

—Cualquiera en sus cabales opinaría que ambos estamos envueltos en una trampa absurda. Siéndole honesta, duque, le diré que me sorprende su capacidad para cortar con su vida anterior y la paciencia que está demostrando conmigo.

—Cuando algo merece la pena...

Los ojos de la joven se cubrieron de oscuridad por un segundo.

—¿De verdad cree que yo merezco tanto esfuerzo?

—Por supuesto que sí. —Andrew no pudo impedir que sus manos desesperadas buscaran las de ella. Se inclinó, otra vez demasiado cerca, con sus finos dedos entre los suyos—. Te lo suplico, volvamos a donde estábamos antes, hace solo un rato, quiero que tus ojos brillen de nuevo, no soporto verte así de triste.

Las pupilas de Rebeca, poderosas como la mismísima madre tierra, lo miraron y lo derritieron.

Aquella intensidad devastadora, el poder de su silencio que lo domó en cuestión de segundos. Si se lo proponía, ¿qué podría hacer aquella mujer con él? Por un instante, el duque se llenó de terror.

Con delicadeza, deshizo el apretado lazo entre sus manos.

—Suenas apasionado —sonrió ella, extrañada.

Aquello le dio alas. Las suficientes como para acercarse a escasa distancia de su encantador rostro y susurrarle:

—Lo soy. Espera a comprobarlo.

Andrew esperaba un gesto de escándalo, una bofetada, incluso. Pero no. Aquella mujer, que parecía haber nacido para dejarlo con la boca abierta, resistió la intimidad de la cercanía, lo miró directamente a los ojos, y no dijo nada.

Andrew carraspeó.

—Hemos llegado. Bienvenida a Coventwood de nuevo y para siempre.

Capítulo 17

*Siempre juré que el amor no era para mí,
que enamorarse era una pérdida de tiempo, y que
yo tenía demasiado por vivir.*

Él ofreció un fuerte brazo que ella aceptó sin vacilar. Cruzaron el terreno de entrada para dirigirse a una preciosa terraza de piedra, desde donde se dominaba la vasta pradera que acababa en el bosque, junto al río. La mesa estaba dispuesta y el almuerzo, preparado.

—Nunca hemos hablado de cuando nos conocimos —comentó Andrew en el mismo tono amable.

Ella lo miró con curiosidad, decidida a volver a ser áspera. Durante el viaje, la galantería del duque la había ablandado demasiado.

—¿Eso importa? Nunca fuimos amigos.

—Cierto. Pero pudimos serlo. Mi madre aún sigue muy afectada por la marcha de lady Stone. Su salud es frágil y la pérdida de su mejor amiga la ha sumido en un terrible estado de letargo.

—Lo lamento muchísimo. No quiero sonar entrometida pero ¿quizá no estaría mejor viviendo en el campo?

—Dice que prefiere Londres porque hay más distracciones, pero es una bobada, no sale a ninguna parte y apenas si recibe visitas.

Sin ponerse de acuerdo pero a la par, pasaron de largo, dejando atrás la fastuosa mesa engalanada, y se acodaron en la baranda.

—¿Está sola?

—Millicent, mi hermana pequeña, vive con ella. Sin embargo, los años pasan y mi hermanita querrá casarse, imagino. Las dos mayores, ya están casadas. Tengo que solucionar el tema de mi madre cuanto antes...

—No todas las mujeres suspiran por tener esposo, duque, no lo olvide —lo interrumpió Rebeca, con énfasis.

Andrew esbozó una sonrisa torcida de lo más provocadora.

—Creí que por fin habíamos llegado a un acuerdo.

—¿No le parece que corre demasiado? ¿Un par de visitas informales a Amschel House, le acepto una invitación a comer, y ya está todo el trabajo hecho?

—No, desde luego que no. El trabajo ya lo hizo lady Stone en su día. A nosotros solo nos corresponde concretarlo.

—Desconozco sus talentos, duque, pero puedo afirmar que la tenacidad es, sin duda, uno de ellos. Voy a desilusionarlo: si me quiere tener, tendrá que ganarme primero.

Dio media vuelta y se dirigió a la mesa donde ya estaban servidas las limonadas y muchas otras cosas deliciosas. Él se sentó también, y se inclinó sobre ella.

—Nunca digas algo así a un hombre competitivo como yo. Te asombraría hasta dónde soy capaz de llegar con tal de ganarte.

Lady Rebeca tembló acariciada por su aliento. El muy maldito era seductor hasta en los detalles más insignificantes. Le aterraba pensar en su experiencia con las mujeres, el sexo, el placer... y el hecho de que ella no sabía nada, apenas la teoría.

Mientras hablaba, sus manos reptaron por la mesa buscando las de ella. Pero antes de que las atrapase, Rebeca las retiró de un tirón muy poco cortés. Él se acomodó de nuevo en su silla, y continuó hablando sin molestarse.

—Hoy estamos teniendo un encuentro agradable, hablamos de cosas corrientes, del santuario, mi madre, del tiempo... ¿No podríamos intentar que fuese así siempre? Incluso con el asunto de nuestro compromiso de por medio.

—Es que no me hago a la idea de verme casada. Es más, no entiendo cómo mi madre pudo pedirme...

—¿Alguna vez le comentaste tu deseo de permanecer soltera?

—No, pero ella debería haber sabido...

—¿Que estás enamorada de otro?

Rebeca contuvo el aliento. No era eso. Había más oculto. Mucho más.

Pero era posible, solo posible, que el exagerado sentido del honor del duque le empujara a liberarla del compromiso, si lo hacía creer que amaba a otro. Para hacerlo creíble, debía negarse a confesar, porque de ser verdad, ella nunca lo admitiría tan fácilmente. Se esforzó por sonar ofendida.

—Disculpe si se me hace difícil entender esa obstinación suya con mis pretendidos amores del pasado. No existen más que en su imaginación.

El poder devastador de la mirada de Andrew arrasó con todo su autocontrol. Rebeca sintió una llamarada que le quemaba el vientre y sus ojos quedaron prendidos de la deliciosa piel de los labios masculinos, deseando lamerlos.

—Quiero, necesito saberlo, porque solo si no estás realmente enamorada de otro, me permitiré conquistar tu corazón —indicó él con voz ronca—. Dime que amas a alguien, que lo amas de verdad, y te dejaré libre.

Ella retiró la cara para ocultar su sonrojo. Era justo lo que tanto había esperado oír y sin embargo, la sensación que le provocaban esas palabras era de desencanto y amargura. Los osados dedos del duque capturaron su barbilla y la obligaron a girar hasta enfrentarlo.

—Piensa que si lady Stone hubiera confiado en que esa unión, con quien quiera que sea te haría feliz, no me habría pedido que te convirtiera en mi esposa. ¿Quieres hablarme de ese antiguo amor?

—¿Por qué sabe que es antiguo? —gruñó Rebeca, sin mirarlo.

—Porque si algún hombre en toda Inglaterra te estuviese cortejando en la actualidad, ten por seguro que yo lo sabría.

—Tan arrogante como de costumbre.

—No todo iban a ser virtudes. Vamos, ¿abrimos un palmo más la ventana de nuestra confianza?

Lo miró directamente a los ojos. Eran insultantemente verdes y brillaban de un modo magnético. Rebeca sintió una oleada de calor que le empujaba a confiarse, a confesar que no era más que un

amor infantil que se desdibujaba en el tiempo a medida que lo iba conociendo a él. Que solo era el escudo con el que protegía cosas peores. Cosas que sí debían permanecer ocultas.

Pero pasó enseguida. La enfrió con una voluntad que ni siquiera sabía que tuviese.

—No voy a confesar nada de eso que usted supone en su calenturienta mente.

—Lady Rebeca, es posible que creas que nací ayer pero no, no soy tan ingenuo. Ese secreto que guardas en lo más profundo de tu alma tiene que ver con el amor, puedo leerlo en tus ojos.

Y en eso no se equivocaba.

Capítulo 18

*¿Hora de las confidencias?
Siempre ante una deliciosa taza de té.
Saben mejor.*

Pero por una vez, el ingenuo era él. A Rebeca le inspiró ternura verlo tan lejos de la verdad.

—Su madre —preguntó, para cambiar de tema— ¿sabe de la promesa que le hizo a la mía, y del compromiso que conlleva?

—Aún no. Lo sabrá en su momento, cuando vayamos a anunciarlo.

—¿Y cree que estaría feliz teniéndome en la familia?

—¿Siendo, como eres, la hija de su mejor amiga? Por supuesto que sí. Te conoce desde niña y te aprecia mucho.

—Apenas si he cruzado un par de frases con ella en toda mi vida.

—Eso es porque en cada una de nuestras visitas te empeñabas en huir y esconderte como un conejito asustado.

—A veces permanecía en la habitación. Al fondo. Pero nadie se daba cuenta —desveló, con un hilo de voz.

Los ojos de Andrew se clavaron con intensidad en ella.

—Me cuesta creer que eso sea cierto.

—¿A qué se refiere?

—A que dudo que estés presente y pueda pasármeme por alto.

Fue un momento especialmente íntimo, en el que Rebeca tuvo la tentación de sonreír. Lord Richmond era habilidoso con sus palabras y sabía cómo cautivar a una mujer. Resistió el impulso

con la mandíbula apretada.

—Usted era apenas un mozalbete, más interesado en los caballos y las cuabras que en las chicas.

—Y tú una muchachita retraída, soñadora y ausente.

Iba a ser verdad que la recordaba. Acababa de describirla con toda precisión, desde aquellos primeros años en los que todo su ser permanecía en el pasado francés, en lugar de estar en Amschel House. A Rebeca se le escapó finalmente una sonrisa.

—Puede que esté en lo cierto, no se lo discuto.

Aparecieron las doncellas cargadas de bandejas y la conversación viró hacia las excelencias de la cocinera. Andrew fue amable y afectuoso. Si no hubiera sido tan atractivo, Rebeca habría podido considerarse por completo a salvo.

—¿Quieres cabalgar un rato después de comer? A esta hora, el bosque es precioso.

—Magnífica idea. Quiero decir... sería un placer aceptar su sugerencia.

Rebeca se mordió el labio inferior. Cuánto le costaba controlar su peligrosa naturalidad, su vehemencia, aquellas expresiones suyas, impropias de una aristócrata. Obedecer y seguir las reglas siempre se le había hecho tan difícil.

Sin embargo, cuando dejó de pensar y prestó atención, el duque se estaba riendo.

—Puedes decir que es buena idea, lo es.

—A las damas no se nos está permitido mostrar nuestras emociones de un modo tan explícito.

—Siempre he pensado que eso es una soberana estupidez.

—Me alegra mucho que al fin estemos de acuerdo en algo.

—Creo que estamos de acuerdo en muchas más cosas.

El duque y sus envolventes telas de araña que atrapaban sin remedio. El irresistible tono de su voz, sus miradas candentes.

—Por cierto, tengo otra petición que hacerte. Algo de suma importancia que ya te he pedido antes, apenas te costará esfuerzo y a mí me hará muy feliz.

Ella levantó la cabeza, repentinamente interesada.

—¿De qué se trata?

—Deja de tratarme con formalidad de una vez, te lo ruego.

Quiso oponerse, pero algo se lo impidió. Otra vez aquella detestable corriente de simpatía que irradiaba lord Richmond, frente a la que no sabía rebelarse.

—Prometo pensármelo.

—Es un comienzo —se conformó él, con una amplia sonrisa, ladrona de alientos—, un comienzo prometedor al que otorgaré el valor que merece.

A partir de ahí, la atmósfera se relajó de veras. Acabaron el almuerzo conversando de temas varios, pero ninguno tuvo que ver con ellos, ni con sus familias, con lo que sentían o con el compromiso que estaba por venir. La hizo sentir cómoda, segura y, a ratos, Rebeca se permitió ser más ella que nunca.

A su regreso a Conventwood después de la cabalgada, pasadas las cinco, Rebeca rechazó la cena, pero a cambio aceptó el coche que la devolvería a casa. Con su mano enguantada junto a los labios y su aliento acariciándole la piel a través del cuero, Andrew se despidió de ella.

—Gracias por una jornada encantadora, Rebeca. Espero que tengamos oportunidad de repetirla muy pronto.

La joven recordó las enseñanzas de su madre y se guardó lo que pensaba. Que sí, que sería todo un placer poder disfrutar de otro día en su compañía. En lugar de admitirlo, inclinó coqueta la cabeza y se marchó.

Llevándose escondido en el alma lo que había ocurrido aquella tarde durante el paseo a caballo.

Capítulo 19

Lo que ocurrió aquella tarde...

*La lluvia siempre viene
cargada de presentes.*

Lady Rebeca era una excelente amazona que convirtió el paseo a caballo en todo un espectáculo. Habían parado a visitar el santuario y ahora recorrían, al paso, la vereda junto al río.

—Tienes buen ojo para las monturas, has escogido a uno de los mejores — comentó el duque, con el sol reflejándose en su pelo oscuro.

—Pues permitirme elegir libremente es una temeridad que demuestra mucha confianza en mis dotes como jinete.

—Compruebo con satisfacción que no me he equivocado.

Ella lo miró con un brillo pícaro en la mirada, que lo enloqueció.

—¿Ya lo sabía? ¿Madre le dijo...?

—Por lo que veo, no tienes muchos recuerdos de nuestra niñez, Rebeca, parece que soy yo quien los atesora todos. La mayoría de las veces, cuando llegaba con mi madre de visita, tú te escapabas a montar. Miraba por los ventanales y te veía atravesar la pradera delantera a toda velocidad, deseando acompañarte. Sí, lo confieso, la conversación de nuestras madres me aburría, y la compañía de un libro no siempre bastaba.

—Siento no haberlo sospechado siquiera.

—Podríamos haber disfrutado mucho juntos —añadió, sintiendo que lamentaba el tiempo perdido desde el fondo de su corazón.

—Habría estado bien. La timidez es un freno terrible.

—¿Eras tímida o sencillamente me detestabas?

Rebeca dejó ir una risa encantadora.

—No le odio, duque, se lo he jurado mil veces. Bueno, es posible que un poco por aquella época. Solo un poco. Era usted demasiado serio y estirado.

—¿Te apetece una carrera?

—Si no me deja ganar...

Andrew hizo una señal con los talones a su caballo y salió disparado antes de darle a ella la menor oportunidad. Aunque Rebeca reaccionó mucho antes de lo que él esperaba, tardó en ponerse a su altura. El duque aflojó el galope.

—Hasta aquella caballeriza —apuntó a un edificio pequeño a lo lejos— ¡Vamos!

—Es usted un tramposo, duque —Rebeca jadeó por el esfuerzo—, no ha sido una salida justa.

—Por si temías que te diese ventaja, he hecho todo lo contrario. Además, que me detestaras a los catorce años es algo terriblemente doloroso, me has partido el corazón.

Dio por terminada la charla y aprovechó para alejarse muchos metros. Rebeca montaba un caballo joven y muy rápido, de esbeltas patas. Pero la montura del duque, su amigo del alma, era un veterano en aquellas tierras y se conocía el terreno como la palma de sus cascos. Llegaría hasta la cuadra sin dificultad, mucho antes que su futura prometida. Entonces se puso a llover.

Comenzó como un aguacero fino que apenas calaba, pero en cuestión de segundos arreció de tal forma, que acabaron empapados bajo una densa cortina de agua helada.

—¡A la caballeriza! —indicó Andrew, sorprendido al comprobar que Rebeca ya lo había alcanzado.

Los caballos no necesitaron mayor estímulo que el propio agua cayendo del cielo, para acelerar. En poco rato desmontaron, congelados pero a cubierto. El techo del establo se mantenía en pie y era firme. Y el suelo estaba cubierto de paja seca y hojarasca.

—¿Qué hace esto abandonado en medio del bosque? —observó Rebeca, sujetando su caballo a una traviesa de madera.

—Sirve de refugio a ciervos, conejos y ardillas. También a muchas aves. Los mozos de Coventwood se encargan de que no falte forraje fresco y a espaldas de la construcción, hay dos

grandes cubetas que recogen el agua de la lluvia. Nos garantiza que ningún animal en el bosque muera de sed.

Los ojos azules de Rebeca Percy lo traspasaron, llenos de simpatía.

—No deja de sorprenderme, duque.

—Espero que sea para bien. —Al observar cómo temblaba, se apresuró a quitarse la levita mojada y se la ofreció—Ponte esto, por favor, cogerás un resfriado.

—El resfriado será seguro, si acepto. Su ropa está tan empapada como la mía.

—Haré fuego entonces.

Amontonó un poco de paja y bajo la atenta mirada de Rebeca, frotó dos piedras hasta hacer saltar una chispa. Diez minutos más tarde, se calentaban frente a una pequeña pero alegre hoguera, que él iba alimentando con ramas y hojas secas.

—Quién lo habría dicho, también sabe sobrevivir en el bosque —señaló ella, con un deje de admiración que lo hizo sentir orgulloso.

—Desde niño jugué a ser militar. Peleaba con enemigos imaginarios, inventaba misiones y con el permiso de mis padres, pasé muchas noches en el bosque, bajo las estrellas; saber hacer fuego cuanto antes, es lo único que te salva de morir congelado.

—¿Le gustaba el ejército?

Nunca le habían hecho esa pregunta. Fue emocionante poder responderla.

—De haber sido posible, me habría gustado convertirme en oficial de carrera. Amé ese sueño con toda mi alma hasta que entendí que, siendo el primogénito y el único varón, mi futuro ya estaba escrito: título y ducado.

—Cuánto lo lamento.

—Nadie es libre de decidir su destino, Rebeca, los pobres porque no tienen elección. Los nobles porque los atan sus deberes.

Extendieron las manos al mismo tiempo frente al fuego, y sus dedos desnudos se tocaron. Andrew sintió la tentación de trenzar los suyos con los de ella, de acariciar sus manos sin guantes y recrearse en la suavidad de su blanca piel. Pero todo lo que hizo fue admirarla como un

hechizado.

—¿Estás mejor? ¿Has entrado en calor?

—Mientras llevemos esta ropa mojada es difícil —respondió ella, en un dulce murmullo—, pero sí, tengo menos frío...

El duque descubrió que los ojos claros que lo miraban, ardían, que podía oír el corazón de Rebeca bombeando salvaje. Odiaba sentirse tan nervioso cerca de ella, pero ella sentía exactamente lo mismo. Aquellas eran señales de deseo, no de disgusto. La simple esperanza abrigó su corazón.

La mano de Andrew atrapó sin pensar la punta de los dedos de Rebeca y empezó a subir por su brazo. Antes de darse cuenta de lo que hacía ni por qué, había rodeado su espalda y la atrajo hacia sí. Ella no opuso resistencia. Si no la devoraba, moriría allí mismo. Su respiración junto a la boca del duque, estaba entrecortada por el deseo, y el brillo en sus pupilas era igualmente febril.

Ambos se estremecieron. Pero ninguno habló. Sin protestas, sin reproches, todo lo que tenían que hacer era dejarse llevar por aquel impetuoso sentimiento que los vinculaba de un modo enfermizo. Era hora de admitir que la deseaba, que ocupaba sus noches y que el recuerdo de su sonrisa le encendía el cuerpo. Y ahora, después de tanto soñarla, la tenía en sus brazos, temblando como una hoja, entregada como él estaba dispuesto a entregarse, uno perdido en la mirada del otro.

Ella sentía lo mismo. Un fuego terrible quemándole las entrañas, el despertar del deseo más primitivo.

Andrew cubrió su boca con la suya y devoró sus labios con hambre; una ansiedad extrema que lo controlaba más allá de su voluntad. Si su osadía la había sorprendido, Rebeca no lo demostró, al contrario, se fue abandonando a la caricia, separó los labios y con un gemido que lo volvió completamente loco, le permitió profundizar en el beso.

Andrew lo había recreado mil veces en su imaginación, preguntándose cómo sería ese primer contacto, ese beso temerario al que aún no tenían derecho. Pero ni en sus mejores fantasías se

había acercado a lo que sintió tocándola. Le ardía la piel, en su estómago se arremolinaba el más voraz deseo, y supo que estaba perdido.

Cuando se separaron, se juró que no seguiría adelante. Su cuerpo gritaba de anhelo, pero hasta ahí habían llegado. Él era responsable de su virtud y su protección.

Y la había traicionado.

No obstante, el modo en que ella lo miró no podía interpretarse como irritación u ofensa. Era la mirada de la inocencia misma, convertida en mujer.

—Lo siento, ¿podrás perdonarme? —consiguió murmurar Andrew.

Pero era mentira, no lo sentía. La habría besado una y mil veces allí mismo, con el resplandor de las llamas reflejándose en sus bucles negros.

Ella no reclamó nada. Solo abrió los ojos, separó ligeramente los labios y volvió a gemir sutilmente, con la intención de robarle por completo el juicio. Por fortuna para ambos, Andrew apretó los puños y logró separar las manos de ella.

—Ha sido... —Rebeca no llegó a rematar la frase. Apenas respiraba con normalidad.

—¿Agradable? —la ayudó él, con una timidez desconocida.

Ella sonrió y fue como si el sol saliera de pronto de entre las nubes cargadas.

—Algo más que agradable. Pero por favor, no vuelva a repetirlo—musitó, bajando los ojos.

—Solo si aceptas dejar de tratarme de un modo tan formal. De lo contrario, te besaré en cada ocasión que me sea posible.

Sus mejillas enrojecieron y él deseó abrazarla de nuevo. Aunque no había nadie más en aquella cabaña, hablaban en susurros como si alguien pudiera oírlos.

—Lo intentaré —prometió—. Mire, parece que va dejando de llover.

—Mira, Andrew, parece que va dejando de llover—repitió él, con sorna.

Ella contuvo la risa mientras se ponía los guantes de montar, abandonaba su asiento junto al fuego, y se acercaba a los caballos. Todavía temblaba y Andrew tuvo la impresión de que de repente, se le escapaba.

—Eres tremendamente persuasivo, ¿lo sabías?

—Desde luego que lo sé. Voy a ganarte, Rebeca, poco a poco. Solo deja que lo intente.

Capítulo 20

*Cuando los sueños se desdibujan
sin poder evitarlo...*

El cruce de miradas, la conversación amable, las risas compartidas durante la carrera a caballo... Su beso.

¡Su beso! Ese beso que debería haberla ofendido y sin embargo, la había transportado a otro mundo. Rebeca no conseguía dormir. Había pedido un té caliente y también se había olvidado de beberlo.

Tan absorta estaba en sus pensamientos, que no oyó entrar a Amelie.

—¿Le ocurre algo al té? ¿Acaso no está de su gusto, milady? ¿Demasiado frío?

Rebeca sacudió la cabeza para centrarse y poder atenderla sin tener que dar demasiadas explicaciones.

—No, Amelie, todo lo contrario. Lo dejé enfriar porque estaba muy caliente y... en fin, la lectura de esta novela es tan apasionante que me olvidé de beberlo.

Con un suspiro difícil de interpretar, el ama de llaves se acercó hasta el sofá donde Rebeca estaba sentada, le arrebató el libro de las manos, lo giró y se lo devolvió.

—Ya debe ser fascinante, si incluso es capaz de leerlo del revés.

La piel de la joven se puso del color de las cerezas.

—¿Me lo quiere contar, lady Rebeca?

Rebeca sonrió. Su relación con Amelie no siempre había sido pacífica. Cuando llegó a Inglaterra, aquella rígida mujer era una suerte de oficial del ejército con faldas. La niña la decepcionó de todas las formas posibles, y el ama se convirtió en el temor que poblaba sus pesadillas. Fiscalizaba todos sus pasos, censuraba todas sus palabras y juzgaba cada uno de sus

comportamientos. En varias ocasiones, Rebeca la sorprendió advirtiéndole a su madre que se pasaba de benévola y complaciente y que así, no la educarían jamás. Suerte que lady Stone nunca perdió ese amor tierno lleno de mimo con el que trataba a su hija.

Los años moldearon a Rebeca y el rictus severo en la boca del ama de llaves se relajó. Conforme Rebeca aprendía, Amelie se desprendía de la armadura con la que un día se presentó. Y por fin, llegó el momento en que la joven pudo conocer el enorme corazón que la mujer escondía dentro del pecho, y su inmensa capacidad de amar. De hecho, desde la muerte de lady Stone, Amelie era lo más parecido a una madre que tendría hasta el fin de su existencia.

Le hizo señas para que se sentara cerca. El ama aún solía incomodarse con aquellas muestras de confianza, le agradaba mantenerse en su lugar, siempre dos pasos por detrás de la señora de la casa, que en aquel momento, era Rebeca. Pero la joven insistió y acabó sentándose, a regañadientes, en el filo de un butacón frente al sofá.

—Hoy he almorzado con el duque. Luego hemos dado un paseo a caballo por Coventwood.

—Tengo entendida que es magnífica.

—Lo es, no te quepa duda. Pero no es eso lo que me inquieta. Amelie...

—También él es muy apuesto —se adelantó el ama, adivinando lo que vendría a continuación.

Rebeca asintió despacio.

—No tiene que sentirse culpable, milady, los atractivos del duque no pasarían inadvertidos a nadie.

De verdad, Rebeca no quería que el duque le cayese bien. Mucho menos, sentirse atraída. ¿Y desearlo? No podía permitírselo.

—¿Será que empieza a no serle indiferente? —insistió el ama de llaves.

—Carezco de experiencia en cuestiones sentimentales, pero cada vez que lo miro me entran ganas de sonreír. Y hoy ha conseguido que no lo llame de usted.

La cara de Amelie se iluminó como un farolillo bajo el cielo de medianoche.

—Si al menos hubiésemos sido amigos de jóvenes... —añadió la joven, con pesar.

—Usted nunca le dio una oportunidad, lady Rebeca. Conforme veía avanzar su carruaje por el

sendero, corría a esconderse en el rincón más oscuro de la biblioteca o en alguna de las buhardillas en donde ni yo, ni nadie de la servidumbre, alcanzaba a encontrarla. Deje de ver las cosas del modo equivocado.

—Me ha besado —soltó Rebeca de repente. Los ojos de Amelie se abrieron como lunas de agosto—. Me ha besado y tardaré en olvidar todo lo que he sentido.

Amelie retiró el rostro, sofocada. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo pasó por la frente.

—Bueno —logró decir, tras un buen rato—, los caminos largos siempre se inician con un primer paso. Son jóvenes, están llenos de ardor y de vida. No pierdan el tiempo.

Rebeca parpadeó atónita ante su recomendación.

—Vas a tener que prestarme esas novelas que lees a escondidas. —El ama se ruborizó de nuevo—. Creo que me iré a la cama y haré lo posible por dormir, necesito descansar.

—Buenas noches, milady. Que tenga felices sueños.

¿Los tuvo? Volvieron a aparecer ante sus ojos los viejos tejados de pizarra húmeda del hermoso París, y su cielo gris y neblinoso. Rebeca volvió a sentir el frío reptando por su piel y a oír las despreocupadas risas infantiles que siguen al juego. Se vio sentada a horcajadas, como tantas veces antes, sobre el vértice más alto de uno de los aleros de las ventanitas que, como ojos inquietos, poblaban el tejado; inmune al peligro. Notó su presencia ya antes de verlo, el olor que despedía su cuerpo, a campo, a hierba y a frutas maduras. Su calidez la envolvió desde atrás como un tierno abrazo y su mejilla buscó la de ella.

—Eres la chica más bonita que conozco. Cuando seamos adultos nos casaremos. No permitiré que seas de nadie más —le susurró al oído.

Pero el timbre ronco y extremadamente sensual de la voz, no pertenecía a Simón. No era Simon quien iba a besarla, era Andrew Wellesley, el duque de Richmond.

El poder hipnótico de sus jugosos labios húmedos era algo a lo que Rebeca no podría resistirse, algo que deseaba probar una y otra vez hasta que sus ojos se cerrasen para siempre.

Y entonces, con la frente perlada de sudor, despertó.

Capítulo 21

*El veneno gota a gota.
Es, por desgracia, más efectivo.*

—Milady, la señora Rendel desea ser recibida.

Rebeca miró a la doncella con sorpresa. Jamás había oído ese nombre antes.

—¿La conozco?

—No sabría decirle, milady.

—¿Qué se le ofrece?

—Dice que es un asunto personal que debe tratar directamente con usted.

—Hazla pasar.

Accedió por pura curiosidad. No sabía quién era aquella dama que se presentaba en su casa sin invitación, y sin siquiera conocerla. Pero una distracción sería muy bienvenida en aquellos momentos en los que su corazón y su mente libraban tan terrible batalla. Todo por culpa de aquel instante de debilidad y ardiente deseo que la había empujado a permitir que el duque la besara. Debió reaccionar de otro modo, golpeándolo, sintiéndose ultrajada, reprochándole su atrevimiento... Debió hacer muchas cosas, pero ninguna habría sido reflejo real de sus sentimientos. Su cuerpo recibió alborozado la caricia, y habría demandado más de no haber estado prohibido.

Lady Rebeca no se había parado a imaginar cómo podría ser la señora Rendel, pero tampoco habría acertado. Mayor para ser una de sus amigas, pero mucho más joven de lo que esperaba. De piel inesperadamente cálida y vivos ojos negros. Su vestimenta en vibrantes tonos ciruela, escote excesivo, a juicio de Rebeca, para la ocasión, y un lunar sobre la comisura del labio superior que le otorgaba un aire entre exótico y fascinante.

—Señora Rendel...

—Lady Rebeca, es usted muy amable recibíendome.

—No nos conocemos, ¿verdad?

Ella levantó los ojos y los clavó en la joven sin ningún reparo. Fue como si la repasara de pies a cabeza con total desfachatez.

—Tenemos ciertas amistades en común pero no había tenido el gusto de coincidir con usted. Nunca.

Aquella misteriosa mujer no hacía más que mirarla con insolencia. Rebeca empezó a sentirse incómoda en su propia casa.

—Usted dirá, señora Rendel.

—He venido a verla porque me consta la fortaleza de la amistad entre su familia y el duque de Richmond.

El que se mencionase al duque, puso rígida la espalda de Rebeca. Pestañeó sorprendida.

—La verdad, entiendo que es una osadía por mi parte venir aquí, sin conocerla, a pedirle un favor... digamos un poco íntimo—prosiguió la desconocida—. Pero entre mujeres ese tipo de reparos no deberían existir, ¿no le parece?

Por el tono de su voz no se podría decir que sintiera ningún pudor. Más bien todo lo contrario. Rebeca respondió con calma.

—Estoy de acuerdo, señora. De hecho, yo no los tengo con mis amigas.

El gesto de Lita se crispó acusando el golpe. Pero se rehízo enseguida.

—Espero que en breve pueda considerarme también como una de ellas, lady Rebeca.

—No sabría decirle, señora, todavía no sé que la ha impulsado a visitarme.

—¿Puede serle totalmente... franca?

—Si es lo que necesita, desde luego.

—Tiene que prometerme que lo que hablemos se quedará en esta sala, se lo ruego. De otro modo, la reputación del duque de Richmond podría verse seriamente perjudicada.

Acababa de lanzar el cebo en el que Rebeca debía picar. Si sospechaba que el bienestar de

Andrew le importaba a la joven, estaba en lo cierto. Pero Rebeca trató de mantenerse lo más inexpresiva posible.

—Cuenta con mi discreción.

—Se lo agradezco. Es un asunto delicado, no habría venido si no me constara el afecto que ustedes dos se tienen, que son casi como familia. El caso es que el duque y yo mantenemos una relación sentimental, digamos clandestina, desde hace casi año y medio...

Para Rebeca, oír aquello fue como permitir que la apuñalaran directamente en el corazón.

—Disculpe, pero ¿no está usted casada?

—Sí, lo estoy.

—¿Y tiene el descaro de venir a contarme que mantiene una relación a espaldas de su marido? ¿Qué pretende involucrándome en un asunto tan turbio?

—Que nos ayude usted, lady Rebeca —suplicó Lita, inclinándose hacia ella—, sé que también aprecia a Andrew, que ahora que su madre ya no está, él la visita con asiduidad.

Una llamarada subió desde el vientre a la garganta de Rebeca. Y unas irreprimibles ganas de golpear la cara de aquella desvergonzada. En su tono se percibía la maldad, su modestia no era más que un disfraz. Había venido a provocarla.

—¿Sabe su amante que se dedica usted a espiarlo?

—No es difícil saber a quién visita el duque, lady Rebeca, los cocheros van y vienen y comentan... El duque se encuentra en una desagradable situación, él me ama, diría que con locura...

Rebeca se puso en pie, furiosa.

—Esta conversación no es de mi agrado. Le ruego que se marche cuanto antes, señora.

—Nuestro deseo es casarnos cuando yo enviude. No conocerá a mi esposo pero...

Lita no se detenía. Clavaba el puñal en la herida, cada vez más profundo. Rebeca no estaba dispuesta a permitirle ni una sola palabra más.

—¿No ha escuchado lo que he dicho? Es un tema sórdido que no me incumbe. Debería...

Lita Rendel también se puso en pie, entregada a su papel de dama desconsolada.

—He acudido a usted porque me consta su bondad y su buen carácter. Y que haría cualquier cosa por Andrew.

Rebeca apretó los puños. ¡Cielos! ¡Cómo le molestaba que lo llamase por su nombre!

—Márchese. No prestaré mi auxilio a este tipo de situaciones. Si el duque está en apuros por culpa de una relación con una mujer casada, apuesto a que será muy capaz de solventarla sin ayuda de nadie. Si ha sido tan imprudente como para entrar, sabrá cómo salir.

—Lady Rebeca...

Aunque su frase parecía un ruego, lo cierto era que aquella mujer ya había derramado el veneno que traía para Rebeca Percy. La joven ignoraba qué partes de su historia eran ciertas o si todo se trataba de una elaborada mentira: escucharla la había herido, el mal estaba hecho.

Se dirigió al llamador y tiró de él para avisar al servicio. En menos de veinte segundos tenía a una doncella frente a ellas.

—Acompañe a la señora Rendel, se marcha ya.

Aquella insufrible mujer inclinó la cabeza. Pero la comisura de su boca parecía estirada en una sonrisa a medias.

—En cualquier caso, ha sido muy amable al recibirme.

Rebeca no le respondió. Sacudió tajante la cabeza y sintió un inmenso alivio al ver cómo desaparecía tras la puerta de la calle.

Llevó la mano al corazón, su pecho agitado subía y bajaba con angustia. Si cerraba los ojos veía a aquella detestable mujer besando al duque del mismo modo que él la había besado a ella en el bosque.

De modo que los mantuvo abiertos. Todo lo abiertos que podía.

No le costó entender que Lita no había venido a pedir ayuda, sino a restregarle su relación amorosa con el que se suponía su prometido. Que supiera que era a ella a quien amaba, tanto como para arriesgarse a mantener tratos furtivos que podrían arruinar su buen nombre.

Pero sin saberlo, y aunque la intención de Lita Rendel fuera lastimar a Rebeca y lo hubiese conseguido, también acababa de darle un asidero al que aferrarse en su lucha suicida contra lo

que sentía.

Capítulo 22

*Tengo algo terrible
que anunciarles, señoritas.*

Por un tenso instante interminable, en aquel salón tapizado de motivos florales, solo se oyó el tintineo de la porcelana fina. Las cuatro mujeres sentadas entre cojines estaban demasiado impresionadas como para reaccionar. Ni siquiera respiraban. La sensible Anne Hagstings empezó a sentir un fuerte dolor de cabeza y Julianna Donne hizo lo imposible por controlar las náuseas. Penélope Waterman gimoteó como un gato de leche.

—No puedo creerlo —susurró Anne, con un hilo de voz—. Sencillamente, me cuesta creer algo tan monstruoso.

—Sentí lo mismo que usted al enterarme, querida. Repulsión, vértigo y miedo. Pero le aseguro que lord Walsh sabe lo que se dice, hubo un tiempo en que su intimidad con lady Stone y su... hija —a lady Evelyn le costó pronunciar la palabra—... en fin, que fueron bastante cercanos. Eso hemos podido comprobarlo todos.

—Pero hasta ese punto...

—Él lo niega, pero se nota que albergaba sentimientos románticos por lady Rebeca, y ciertas esperanzas de que en algún momento, su enlace se concertara. Cualquier necio se percataría de que está dolido.

—Y habremos de deducir, que resentido —agregó Julianna, en tono frío .

—Bueno, hasta cierto punto es lógico y comprensible.

—Pero las personas resentidas pueden llegar a ser maquiavélicas con tal de dañar al objeto de su tormento.

Lady Evelyn miró con disgusto a la veneciana que se empeñaba en desafiarla. Dar por cierta aquella historia, prometía meses de vehemente entretenimiento, y Julianna parecía tener siempre

armas con las que contrarrestarla.

—Querida, en esta historia, de ser cierto el rumor, solo hay una mente diabólica y no es precisamente la de lord Walsh.

—En realidad, seguimos sin saber cuál fue la verdadera razón por la que esa pedida de mano nunca llegó a buen puerto...

—¡Claro que la sabemos! —exclamó lady Evelyn, muy ofuscada— ¿Acaso no me oyen? ¡Se la acabo de desvelar! ¡Lord Walsh sospechaba de la inocencia de lady Rebeca y con buena lógica y mayor sensatez, prefirió apartarse!

Anne Hagstings y su amiga Penélope asintieron con un cabeceo. Sin embargo, la señorita Donne continuaba en sus trece de dejar la versión del caballero a la altura de una fábula.

—Esa es solo su palabra, su versión de los hechos. Deberíamos saber qué tiene que decir lady Rebeca de todo esto, antes de sacar conclusiones.

Anne y Evelyn gimieron escandalizadas.

—¿Preguntarle a una asesina? ¿Ha perdido usted el juicio?

—La están juzgando sin saber nada de nada, eso está mal.

—Estará mal en ese país infame del que usted viene, donde el pecado y el libertinaje campan a sus anchas —acusó Penélope Waterman, con voz estrangulada.

—Un hombre despechado puede tramar mil inventos con tal de manchar el buen nombre de la mujer que lo despreció —insistió Julianna, mirándolas de una en una.

Las señoritas se tomaron un respiro. Bebieron té con gesto melodramático y Anne Hagstings, además, suspiró.

—Acusar a una joven de algo tan grave sin prueba alguna, es una temeridad —añadió la veneciana.

Nadie respondió a su última sentencia. Todas la observaron con curiosidad.

—Defiende usted a lady Rebeca con mucha pasión —apuntó lady Evelyn entornando los ojos—, parece que intimaron bastante durante su corta visita.

—Y eso que no logró sacarle ni una palabra respecto a su posible compromiso con el duque —

recordó la señorita Waterman.

—Simplemente, no me dio la impresión de ser una mujer capaz de hacerle daño a nadie, menos a su querida madre. Cuando la mencionaba se le empañaban los ojos.

—Podrían ser los remordimientos por su mala acción —aventuró Penélope, con voz aguda—; seguro que no le permiten conciliar el sueño. ¡Qué espantoso!

—Además de criminal peligrosa, es buena actriz. Dios nos proteja de las que son como ella —recitó lady Evelyn, en un murmullo malévolo.

La anfitriona, Anne Hagstings, rompió el incómodo silencio con un carraspeo.

—Francamente, escuchándolas a todas, no puedo dejar de reconocer que la señorita Donne tiene algo de razón, deberíamos ser precavidas con este asunto tan grave, y no dejar que se sepa hasta tener más información.

Julianna le dedicó una mirada de eterno agradecimiento, mientras que las de lady Evelyn y Penélope Waterman fueron de intensa contrariedad.

—Usted haga lo que guste. Le aseguro que yo me cuidaré, en lo posible, de permanecer en la misma sala que esa... esa... —lady Evelyn no consiguió rematar la frase.

—Ese alma poseída por el demonio —la ayudó Penélope, depositando sobre el plato una taza que temblaba.

—Exacto, querida. Un peligroso ángel negro del que a toda costa, siendo como somos señoritas virtuosas, debemos alejarnos.

Capítulo 23

*Cuando Margaret no es, ni mucho menos,
quien tú te piensas.*

Esta vez, Rebeca tomó la iniciativa. Galopó hacia Coventwood a toda velocidad, con el corazón latiendo al límite. Con el rostro y las palabras de Lita Rendel bien presentes en su memoria. Con la inocente buena opinión de Amelie respecto del duque.

Ya. Jamás ha dado un escándalo, pensó furiosa. Porque los tiene bien escondidos.

Llevaba dos noches sin dormir desde su conversación con la amante de su prometido. Necesitaba verlo, arrojarle a la cara lo que había sufrido enterándose. Insultarlo. El muy miserable la había besado aun teniendo otra mujer. Podía romper la promesa de matrimonio con lo que sabía.

«¿Verdad?»

Estar cerca de Andrew la ponía nerviosa. Le agitaba el corazón. Sus mejillas ardían sin permiso si la miraba. ¿Por qué diablos lo hacía de un modo tan insistente y poco correcto? Inapropiado, grosero para ser un duque, seguro que nadie se lo había dicho nunca. Ella no quería experimentar cosas así, la alejaban de su plan. Su pensamiento pretendía huir todo el tiempo, bien lejos donde no pudiera alcanzarla el intenso calor que despedía su piel, incluso a través de la ropa. Huir de las ideas indecentes que por su culpa, anidaban en su corazón y en su mente. Huir o caer en la tentación.

¿Cómo debía de ser estar desnuda a su lado? Piel con piel, sintiendo hasta el más leve roce. Percibiendo el tacto de sus manos, de sus largos dedos a lo largo de la espalda...

Deseo, tentación... Su aventura con una mujer casada.

—¡Rebeca! ¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo es que te has decidido a venir?

Ella se giró con la frente perlada de sudor y la garganta seca. Culpa de las atrevidas ensoñaciones que había forjado mientras esperaba en el jardín.

—¿Te ocurre algo? —preguntó el duque— Te ves sofocada.

Rebeca deseó disponer de un abanico, pero no lo tenía. Agitó las manos delante del rostro, sin conseguir articular palabra. Él la estaba mirando de ese modo en que no quería que la mirase.

—Estoy bien. La cabalgada, quizá...

De un par de zancadas, Andrew se colocó ante ella. Le habría gustado retroceder pero habría sido muy descortés por su parte. El duque tomó sus manos con gesto preocupado. Por fortuna, los gruesos guantes de montar que ella aún no se había quitado, la protegieron de su letal contacto.

—Debiste venir en coche.

—A esta hora y con este tiempo, prefiero cabalgar.

—Es un largo tramo. Pero coincido, en cuanto se marchen los pocos días de sol que el cielo inglés nos regala, ya no será tan sencillo hacer vida en el exterior. A las almas libres como nosotros, nos complace respirar aire puro.

¿Había dicho «*como nosotros*»? ¿Por qué razón creía conocerla tan a fondo, el muy presuntuoso? Y más aún, ¿con qué derecho se comparaba con ella? No había la menor coincidencia, no eran iguales, ni parecidos siquiera.

Si él supiera...

—Encargaré unos refrigerios dentro. Está empezando a refrescar y si ese sudor se te enfría, podrías enfermar. ¡Señor Carson!

—Dígame, señor.

Rebeca se sobresaltó cuando el mayordomo brotó de detrás mismo de los setos, como si hubiera estado allí escondido todo el tiempo. Y su sudor... ¡no había pasado inadvertido al duque! Una dama jamás debe sudar, eso le decía continuamente su madre.

—Traiga una capa para lady Rebeca. Ordene que nos preparen té y unas limonadas, y que las sirvan en la terraza cubierta —organizó Andrew, ajeno a su enfado— ¿Te apetece alguna otra cosa?

—No —repuso ella, cortante—, limonada estará... bien.

Lady Rebeca cazó una sonrisa ladina en el hermoso rostro del duque. Era obvio que su turbación le resultaba divertida, se divertía mortificándola. ¿Notaba que su presencia la afectaba y la hacía tartamudear? ¿Desde cuando era ella tan insegura? ¿Desde cuándo temblaba delante de nadie? ¿Desde cuándo una simple fantasía le provocaba el mismo efecto físico de una carrera?

Dispuesta a recuperar el control, estiró la espalda, subió la barbilla y lo miró desdeñosa.

—Estaré bien. No olvide, duque, que me he criado en el campo.

—¿Paseamos?

Le ofreció un brazo que ella no tuvo más remedio que aceptar. Un paseo era una oportunidad tan adecuada como otra cualquiera, para plantear el espinoso asunto.

Rebeca se aclaró la garganta, planeando cuál sería su primera frase. Pero uno de los mozos encargados del santuario quebró su tenso silencio. Venía corriendo, agitado y mucho más sudoroso que ella.

—¡Señor! ¡Señor, tiene que venir! ¡Es Margaret!

—¿Qué le ocurre?

—Está pariendo, señor, creo que se nos muere.

Andrew aceleró el paso y lo fue apretando hasta acabar en carrera. Tras un segundo de titubeo, lady Rebeca se recogió las faldas y lo siguió.

—¿Has llamado al veterinario?

—Sí, señor, pero se encuentra lejos, tardará en llegar y no sé si la pobre Margaret...

—¡Aguantará! —sentenció el duque, lleno de fe— Nosotros estamos aquí para ayudarla. Llama a un criado, que acompañen a lady Rebeca a la casa... —Mientras dictaba órdenes, se desprendió de la levita, se la entregó al mozo, y se subió las mangas de la camisa.

Rebeca aseguró mejor su vestido, y lo persiguió a través de la arboleda.

—Nada de eso, me quedo aquí por si me necesitan. ¿Quién es Margaret?

—Una Hereford enana, milady —aclaró el mozo. Luego se dirigió al duque—. Señor, la veo muy mal.

—¿Una vaca? ¿Entonces, Margaret no es... una persona?

—Desde luego que no, no acogemos personas en el santuario —recordó Andrew, burlón—. De momento.

Llegaron hasta la cuadra. Desde fuera, en la distancia, se oían los largos lamentos de la desdichada Margaret, tumbada en el suelo, rodeada por tres ejemplares de raza Red Poll, mucho más grandes, sin cuernos y con un brillante pelaje color ciruela, que la observaban con curiosidad, transmitiéndole apoyo.

—Iré a por agua hervida; parece que el ternero viene torcido, señor —indicó el mozo, limpiándose agobiado, el sudor de la frente con la manga.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó el duque.

—Más de seis horas, señor.

Demasiado tiempo, malas noticias. Margaret ya había parido antes varias veces, solo que a diferencia de ahora, que se encontraba protegida en el santuario, le habían arrebatado sus bebés sin compasión alguna. Esta vez sería la primera que podría disfrutar de su maternidad y del cuidado y compañía de su hijo. No podían permitir que muriera. No después de tantos sacrificios. Andrew le acarició la cabeza, húmeda por el sudor, y ella la giró débilmente en su dirección y le lamió la mano antes de soltar otro mugido desgarrador.

Para su total sorpresa, lady Rebeca se arrodilló a su lado. Sentir su cuerpo y el calor que emanaba tan cerca, lo distrajo un instante. Eso, por no mencionar que los habían dejado peligrosamente solos.

—Está sufriendo mucho —observó ella, consternada.

—Sí, hay que ayudarla o no saldrá de esta. Vamos, pequeña —Andrew empezó a masajear la inmensa panza hinchada. Su pobre vaca gritó de dolor—, vamos a sacar a ese chiquitín de ahí dentro para que juntos podáis disfrutar de una vida tranquila y feliz. Vas a pelear, ¿me lo prometes?

Bajo sus manos, la piel del vientre se deformaba por los espasmos del ternero que luchaba por recolocarse. Rebeca alargó sus dedos temblorosos y los colocó muy cerca de los del duque. Se

secó una lágrima emocionada con la punta de los dedos, y se esforzó en sonreír. Había decidido guardar lo que sabía acerca de su reprochable aventura con la señora Rendel, para mejor ocasión.

Capítulo 24

*Nada como compartir una llegada al mundo.
El valor de unos ojos que por primera vez, se abren.*

—¿Tienes alguna experiencia con bovinos? —le preguntó Andrew, tratando de ignorar su delicado perfume, que empezó a envolverlo.

—Ninguna, ojalá la tuviera y pudiese ser de más ayuda. ¿Por qué están todas estas otras vacas aquí?

—Son animales gregarios, si la aislamos, solo conseguiremos incrementar su nerviosismo. ¿No te dan miedo?

Rebeca alzó los ojos y se encontró de frente con los del ejemplar más imponente de Red Poll. Fue divertido ver cómo disimulaba el escalofrío.

—No más que un caballo —aseguró con firmeza.

—Poca gente sabe que son animales dóciles y amables, sumamente sensibles. Estas, que además han conocido las miserias de una vida terrible donde eran severamente maltratadas, son tan agradecidas que te romperían el corazón.

Andrew masajeó con vigor la tripa hinchada, tratando de ayudar a que el ternero lograra la posición correcta. Margaret encadenó un mugido de desesperación con otro, en lo que parecía una agonía sin fin. Entonces, lady Rebeca cambió de posición y sin importarle lo más mínimo que su precioso traje se manchara, se colocó junto a la cabeza de Margaret, la acomodó en su regazo y acarició su frente de pelo rizado, susurrando en voz baja una especie de nana.

Margaret calló al instante y se permitió cerrar los ojos. Andrew la miró admirado.

—¿Cómo lo has hecho?

—*Shhh*, sigue ayudándola.

De entre las patas traseras de Margaret, un bulto resbaladizo empezó a sobresalir.

—¡Aquí está! ¡Vamos, Margaret, empuja, empuja!

—Llega tu hijito, pequeña, vamos, hazle caso al duque, empuja, empuja con todas tus fuerzas — le susurró Rebeca, con dulzura junto a la oreja.

En ese momento, entró corriendo el mozo, con la cara colorada y la jofaina de agua hervida en las manos, atónito de que tan ilustre dama no hubiese tenido reparos en tirarse al suelo a desempeñar el trabajo de una granjera. Andrew le hizo una seña para que se arrodillara, y mientras lady Rebeca seguía tranquilizando a la madre con aquella voz suave y medio hipnótica, el chico y el duque se ocuparon de la cría, que por fin, había encontrado el modo de venir al mundo.

Las miradas de Andrew y Rebeca se encontraron en un guiño cómplice. Él le agradeció su ayuda con una sonrisa, y ella quiso saber si todo iba bien, con sus pupilas brillantes. El duque asintió, sin dar crédito aún al giro de los acontecimientos. Aquella joven se parecía poco a la lady Rebeca que él conocía. O acaso... ¿a la que creía conocer? Trató de desechar la imagen que de ella se había hecho a los catorce años y al hacerlo, lo invadió una necesidad impetuosa de pedir perdón, de apretarla contra su cuerpo, incluso de besarla de nuevo, un deseo que a duras penas podía ya contener.

Menos mal que el ternero, envuelto a medias en su bolsa, cayó en ese momento al suelo para que el duque se concentrara. Andrew se apresuró a cortar el cordón umbilical y de nuevo, a masajearle la panza para ayudar con la expulsión de la placenta. Margaret levantó pesadamente la cabeza buscando a su hijito, pero no había vuelto a mugir ni a expresar dolor desde la intervención de Rebeca. Andrew liberó a la vaquita de sus envolturas y la alzó en el aire para que su prometida pudiera verlo. A continuación la acomodó junto a su madre.

—¡Es preciosa! —suspiró Rebeca emocionada.

—Y tú has ayudado a traerla al mundo.

—Apenas si he aportado algo de provecho...

—No te quites mérito, tienes muy buena mano con los animales.

—Todo el mérito es de Margaret —volvió a acariciarla— ¡Bien hecho, pequeña, bien hecho! Mira qué preciosa es tu hijita.

Mientras el mozo limpiaba y Rebeca pasaba las manos por el suave pelaje húmedo del bebé y de la agotada madre, el duque se permitió admirarla a ella. Una mujer excepcional, distinta a todas las que había conocido, sorprendente, cercana y entregada, además de insoportablemente hermosa. Se sintió bendecido. Bendecido por una promesa hecha sin más razón que el agradecimiento.

Se puso en pie y le ofreció una mano. Ella la aceptó, incorporándose. El estado de ambos era lamentable. Sucios y sudados como si se hubiesen revolcado por el lodo.

—¿Qué tal asearnos y ordenar algo de comer?

—Estoy desfallecida, pero no tengo más ropa...

—Eso no es un problema, los armarios de esta casa rebosan trajes que mis hermanas prefirieron olvidarse cuando se casaron. Guardarropa completo nuevo, y la comodidad de no tener que cargar con demasiado equipaje cuando vienen a Coventwood a pasar una temporada. Si no te molesta usarlos...

—Por supuesto que no —dijo resuelta.

La punta de sus dedos colocó los mechones desordenados de su cabello oscuro. Por segunda vez, Andrew persiguió el movimiento como un embrujado.

—Vamos pues, mi estimada lady Rebeca —le ofreció el brazo—, confieso que esta faceta tuya de hoy, ha sido todo un descubrimiento.

Antes de salir de la cuadra, los dos se giraron a un tiempo, a despedirse de Margaret con una mirada tierna. Lamía con desbordante amor a su pequeña, la primera cría que no le arrebatarían para enviarla al matadero, y a sus espaldas, las Red Poll parecían felicitarla. Al duque se le inflamó el corazón de emoción y cosas buenas.

—Las vaquitas de esta raza tienen un instinto maternal muy acusado, son dedicadas y cariñosas. Por eso sufren tanto cuando las separan de sus hijos. Ojalá pudiera salvarlas a todas —explicó en

un murmullo, casi sin pensar.

Cuando levantó los ojos, Rebeca Percy lo observaba fijamente. El duque quiso cambiar de tema y salvar su dignidad masculina, pero no supo cómo hacerlo.

—Ella y la pequeña serán muy felices —explicó, dedicando una última mirada a la vaca. Rebeca disimuló una risita— ¿Qué te hace tanta gracia?

—Su nombre. ¿Cómo es que la bautizaste Margaret? Mi madre tenía una amiga pesada que se llamaba igual.

—¡Y la mía!

—¡Que ponía los ojos en blanco mientras contaba sus historias! —corearon los dos al unísono. La extraña coincidencia los hizo estallar en carcajadas.

—Creo que se trata de la misma persona, la insoportable lady Margaret Grant —dijo Andrew. Rebeca lo miró con ojos chispeantes.

—La misma. La chismosa de los sombreros espantosos.

Se quedó hechizado, envuelto por la luz de la cara de Rebeca y por su perfecta sonrisa. Tenía sangre mezclada con tierra en la mejilla y sin pensar, levantó un dedo para limpiársela. Ella no lo rechazó, no retrocedió, solo lo observó con una mezcla de timidez y sorpresa, y se estremeció al contacto.

El duque se aclaró la garganta.

—Disculpa. Caminemos hasta la casa, bien nos hemos ganado el almuerzo que espera.

Capítulo 25

*En nombre de un corazón inocente
que explota de emoción.*

Los que presumen de haber vivido mucho y de haberse enamorado muchas veces, dicen que compartir sucesos extraordinarios une, forma una especie de lazo místico, invisible pero tan fuerte, que nadie, ni siquiera los afectados, pueden romper. El nacimiento del bebé ternero fue para Rebeca, un reinicio de todos los relojes. Mientras asistían a tan emocionante evento, el duque y ella se habían mirado muchas veces, y no habían sido miradas esquivas ni frías, pese al remolino de reproches que ella guardaba dentro.

La contrariaba mirar al duque con otros ojos, más benevolentes, incluso por encima de su censurable relación con la señora Rendel. Lord Richmond había sido un extraño para ella en un principio, y Rebeca no solía encontrarse cómoda con extraños. Ahora, sin poder evitarlo, todo cambiaba.

En la terraza, bajo el sol, compartieron el que para ella fue el mejor almuerzo en mucho tiempo, mientras, respondiendo a cada pregunta que ella hacía, Andrew narraba la triste historia detrás de cada habitante del santuario.

—Nunca imaginé que las personas pudieran ser tan crueles, que fuesen capaces de hacer cosas tan terribles a seres indefensos incapaces de odiar —apuntó Rebeca, estremecida.

—El trato que un humano dispensa a los animales dice mucho de la verdadera naturaleza de su alma —respondió el duque, alzando la copa.

—Entonces tu alma debe de ser bondadosa.

—¿Te gustaría?

El tono de su pregunta fue toda una promesa de tormenta y lujuria que elevó la temperatura de la sangre de Rebeca, y puso a galopar su pulso.

—¿Quién querría un hombre perverso a su lado?

—¿Acierto si tengo la sensación de sentirme cada vez un poco más aceptado?

Ella respondió con una sonrisa condescendiente. En una de las estancias privadas del monumental palacio, tres doncellas se habían ocupado de prepararle un baño en el que Rebeca procuró estar el menor tiempo posible, y luego la habían ayudado a elegir un vestido entre más de cien, casi todos de su talla. Llevaba puesto uno precioso, de terciopelo color rubí y ajustada manga larga. Por primera vez en su vida se sentía bella. Y el modo en que el duque la miraba y se dirigía a ella, como si estar a su lado fuese el único motivo por el que había nacido, la hizo sentir, además, deseada.

Eso no implicaba que Rebeca fuese a ceder. Significaba, tan solo, que él era tentador y hechicero, que ella no era ciega, y que empezaban a llevarse bien. Siempre que consiguiera pasar por alto la historia de Lita Rendel.

No podría.

—Seamos amigos, duque. Es una salida honorable para la promesa que ambos hicimos a mi madre —propuso con tono alegre.

Los ojos de Andrew fueron incapaces de ocultar el desencanto que sintió.

—Bueno, diría que no es un mal comienzo para un matrimonio...

—No me has entendido. Una boda no es necesaria. Podemos ser amigos y seguir siendo libres. Si uno de los dos se mete en problemas, el otro...

—Cumpliré con lo que prometí. Ni más ni menos —interrumpió él con firmeza.

Rebeca pestañeó confusa. Empezaba a enfadarse.

—¿Por qué suena tan tajante?

—Suena exactamente como quiero que suene.

—Que sepas que tengo muy mal genio —advirtió.

La sonrisa de Andrew le pareció una insolencia.

—Lo intuía —replicó, con total tranquilidad.

—Y soy hosca y grosera con las visitas.

—Con franqueza, tampoco es de mi agrado que extraños invadan la intimidad de mi hogar.

—Incluyo a los que considero amigos —insistió Rebeca, con los labios apretados. Richmond no se inmutó.

—Bien hecho, Rebeca, a los amigos no hay que permitirles que se tomen demasiadas libertades.

—¡Deja de bromear! Eres odioso.

—¿Lo soy?

—Dime la verdad, ¿toda tu vida has tenido claro que deseabas tener esposa?

—Por supuesto que sí.

—Me disculparás si no te creo...

—Eres libre de creer lo que gustes. Me temo que no puedo evitarlo.

—¿Por qué continúas tan interesado en casarte?

—¿Y tú, por qué sigues tan obstinada en no hacerlo?

—¿Llegarías hasta ahí solo por fastidiarme? Tienes derecho a seguir con tu vida, con tus aventuras amorosas —dejó caer, aunque el duque no se alteró— y tus viajes exóticos. No debes sacrificarte.

Y ella podría seguir guardando sus secretos con celo.

—¿Tenemos que acabar discutiendo en cada ocasión que hablamos?

—Yo no discuto. Tú eres terco hasta lo insufrible.

—¿Por querer cumplir con mi palabra? Te recuerdo que también es la tuya.

Rebeca lo fulminó con la mirada.

—Te diviertes mucho con todo esto, ¿a que sí?

—Bueno, es que no acabo de entender que seas tan reacia al compromiso.

—¡Me siento presionada!

—No veo el porqué, tu madre así lo deseaba, me agradas, te agrado...

—¿De qué hablas? —se escandalizó.

Por un momento, Rebeca pensó que la cubriría de vergüenza al reprocharle no haber rechazado su beso. En lugar de eso, Andrew alzó las manos en un adorable gesto de rendición.

—De nada impúdico, desde luego, me refiero a que nos consideramos mutuamente personas decentes y agradables, dignas de confianza...

La gente normal solía ser, o amable o inteligente. O irresistible o decoroso, pensó Rebeca. ¿No podía ser él una de aquellas cosas, en lugar de todo? Maldito codicioso...

—¿Milady?

—¿Eh?

—¿Nos consideramos... decentes? ¿Todo lo correcto que cabría esperar de dos hijos de buena familia?

—Ya que lo preguntas, no deberíamos. Muestras mucho interés por mis amores del pasado, y voy a satisfacerlo. No deseo casarme contigo, porque aunque mi madre lo pasara por alto por no ser de su agrado, yo... —Rebeca vaciló—, yo ya estoy prometida.

El duque palideció.

—¿Lo estás?

Capítulo 26

*Quedarse prendado
del sonido de una risa, del ángulo de
unos ojos que te miran sin intención.*

Rebeca llenó de aire y valor sus pulmones.

—En efecto. Se llama Simon, es un joven duque francés, muy acaudalado, primo alejado del heredero al trono.

—Y os prometisteis, ¿cuándo? —consiguió preguntar Andrew con la garganta seca.

—Cuando todavía vivíamos en París.

Así que un primo del heredero. Así que de cuando vivían en París. Andrew soltó aire, bastante más sereno al sospechar, con fundamento, que su prometida mentía.

—Rebeca, viniste a Inglaterra con trece años, ¿quieres hacerme creer que te mantendrías fiel a una promesa que hiciste de niña?

—No se trata de una promesa infantil, ambos sabemos lo que sentimos y no pensamos traicionar la palabra que nos dimos.

La confesión de Rebeca era falsa, se lo estaba inventando todo, Richmond podría jurarlo. Pero la consistencia de sus afirmaciones era tal, que por un instante, la duda le congestionó el rostro.

—¿Has mantenido contacto? ¿Correspondencia? ¿Ha viajado para verte? ¿Acaso he estado yo todo este tiempo respetando tu duelo mientras que tú coqueteabas con otro a mis espaldas?

Un interrogatorio frenético e injusto. Rebeca no pudo contener por más tiempo la furia que escondía.

—¿Respetando mi duelo? ¿A divertirte con la señora Rendel le llamas tú respetar mi duelo? —Él intentó abrir la boca, y ella lo cortó apuntándole con un dedo— No te atrevas a negarlo, lord Richmond, sé de esa historia con tu mujer casada, se tomó la molestia de venir a Amschel House

en persona, a ponerme al corriente de todo. Es vergonzoso.

—¿Eso hizo? La muy...

—Siento mucho que tu fachada de hombre honorable, digno y perfecto, se haya hundido. No eres más que un libertino que mientras yo lloraba a solas mi pérdida, jugaba a ser el prometido fantasma y se divertía.

El duque se puso en pie y caminó alrededor de la mesa, a grandes zancadas. Atrapado. Furioso. Con Lita. Consigo mismo por no haber previsto una jugada así de sucia, por su parte. Desolado por cómo aquello podía perjudicar la frágil conexión que había conseguido construir con Rebeca. Notó que los ojos se le humedecían cuando la miró de frente.

—¡De acuerdo! —reconoció en agonía— ¡Perdóname! Disculpa si tuve dudas, si me lo pensé dos veces, si me pregunté si un matrimonio en estas condiciones me haría feliz. ¡Disculpa por ser de carne y hueso y no tener siempre las ideas tan claras como debería!

—Te estoy ofreciendo en bandeja la posibilidad de seguir con tu vida de libertad absoluta —le recordó ella, con tono gélido.

—No la quiero.

Rebeca lo miró fija y directamente a los ojos. Sus mejillas enrojecieron como cerezas, pero sacó fuerzas y consiguió que no le temblase la voz al preguntar.

—¿Tanto te gusto?

El rostro del duque perdió el color y las palabras no brotaron de sus labios con la facilidad de siempre. El ladrón en su propia trampa, pensó Rebeca satisfecha. Pero al lacayo que se acercaba cargado con la bandeja de los postres, debieron de impresionarle las palabras de la dama aún más que a Richmond, ya que tropezó de un modo escandaloso y cayó de bruces al suelo, entre exclamaciones, pudding y pastelillos de nata. Andrew saltó de su silla con intención de ayudarlo. Todo muy conveniente. Rebeca puso los ojos en blanco.

Digamos que el duque era un caballero con la suerte de cara.

Andrew dio gracias al cielo por el oportuno tropezón de su lacayo, que lo libró de tener que contestar tan irreverente pregunta. En toda su vida, una mujer había disparado más directa y sin titubeos a la hora de querer saber algo.

Y de momento, él no conocía la respuesta. Lady Rebeca lo atraía hasta la locura, pero atracción y amor no suenan igual. ¿Era el peso de su promesa lo único que le impulsaba a insistir acerca del matrimonio? ¿O acaso podía más el placer del jugueteo que ella, sin saber, le proporcionaba? Por su alma que le habría gustado saberlo.

No debía olvidar al aventurero insaciable, al depredador sexual que escondía en su interior, al hombre que en cuanto embarcaba dejando atrás los acantilados del reino británico, extendía sus alas y olvidaba las reglas de lo correcto, para entregarse a una inacabable búsqueda del placer.

Ese también era él, seguían siendo la misma persona.

Superando el azoro del lacayo, que se resistía a ser auxiliado por su señor, Andrew lo ayudó a incorporarse, le preguntó repetidamente si se encontraba bien, encargó a las doncellas que acudieron corriendo a limpiar que avisaran al señor Carson, cuando este apareció, lo mandó a buscar al médico con el pretexto de que bien había podido ser un mareo en lugar del evidente tropiezo que todos habían visto, y finalmente, se entretuvo mirando cómo se llevaban al muchacho, deshaciéndose en disculpas, y cómo limpiaban las doncellas, antes de decidirse a sentarse de nuevo a la mesa.

La inoportuna interrupción había quebrado la tensión del momento. Bendita fuera.

Lady Rebeca estaba angustiada. Y no por la falta de respuesta del duque, sino por el accidente del muchacho. Otra muestra más de su corazón compasivo.

—¿Se encuentra bien? —quiso saber, con una dulzura que realmente, lo desarmó.

—Es posible que haya sufrido un vahído, he ordenado que lo vea el médico de inmediato.

—Cuán considerado, duque.

—En Coventwood y en cualquiera de las otras casas, somos como una pequeña gran familia. —

Sonrió y se permitió bromear—Mucho me temo, Rebeca, que nos hemos quedado sin postre.

—Ya hemos comido demasiado —replicó ella, demasiado seria.

—No debes creerme, si algo sobra en esta casa es comida. Nuestra cocinera es incapaz de contabilizar las raciones con un ápice de ajuste.

Como refrendando su afirmación, dos nuevos lacayos cargados con bandejas y un amplio surtido de postres, hicieron su aparición.

—Tienes que probar un poco de cada uno, son auténticas exquisiteces. Cuando vivas aquí, me ocuparé de que tus comidas sean nutritivas y deliciosas.

Ella lo miró con sorpresa y algo de disgusto.

—Eso ha sonado bastante paternalista.

—¿Protegerte de todo mal no es una de las funciones que se me suponen como prometido y futuro esposo?

—Sean cuales sean las funciones que te has adjudicado, te agradecería que borraras esa risita insolente de tu cara. En Amschel House nos alimentamos más que correctamente, por si tienes alguna duda. —Lo taladró un instante con sus ojos claros que, pese a todo, no consiguieron perder calidez—. Es como si todo esto fuese un simple juego que te entretiene. Hace un rato me has mentido. Y lo has hecho mirándome a los ojos, sin ningún reparo.

—¿Cuándo y en qué? —exclamó, ofendido.

—Al decirme que toda tu vida deseaste casarte. Duque, aunque tengo poca vida social, oigo hablar a la gente. No has tenido el más mínimo interés en buscar esposa, en lo que llevas de existencia adulta. Y el que tengas una amante es prueba bastante de tu falta de interés por un vínculo formal.

—La gente cotillea sin fundamento, es el pasatiempo nacional, ya lo sabes.

—Te aseguro que la Lita Rendel que se sentó en mi estudio no es ningún chisme. Es una mujer de carne y hueso, que siente y respira.

—Lo de la señora Rendel acabó hace tiempo. No he vuelto a verla jamás.

Rebeca no supo qué replicar. Podía decidir creer en la honestidad que leía en sus ojos o pensar, por su bien, que era un mentiroso mujeriego en el que no se podía confiar.

—Hay muchas cosas de ti que aún ignoro, entenderás que no tengo por qué casarme con alguien

a quien apenas empiezo a conocer.

—Vaya error el mío —replicó Andrew, también airado—, pensé que en Inglaterra y entre la gente de nuestra clase, era la costumbre más arraigada.

Rebeca levantó la barbilla y lo miró con un brillo de intenso desafío en los ojos. Al duque se le aceleró el corazón. Como de costumbre, su tentativa de conversación había virado a campo de batalla. ¿Era muy retorcido por su parte, interpretar tanto enfrentamiento como que habían empezado a importarse?

—Lo será para quien no tenga opciones —dijo Rebeca con tono afilado—. Pero yo las tengo.

—Así que te sobran opciones.

Ella lo encaró, provocadora.

—Me sobran, señor, no te quepa la menor duda.

Capítulo 27

*Una apuesta sin intención.
Muchas opciones. Un solo resultado posible.*

—De acuerdo, entonces te propongo un trato. Pero si lo aceptas, comprometes tu honor y tu apellido. En caso de que pierdas, deberás cumplir con lo que acordemos.

—¿Y en caso de que gane?

—Serás completamente libre. Yo me olvidaré del deshonor que supone incumplir la promesa que le hice a tu madre. Cargaré con mi padecimiento, pero no volveré a molestarte.

Fue difícil interpretar la expresión del rostro de Rebeca al escucharlo. ¿Acaso una muestra de interés mezclada con algo de... desencanto?

—Dime de qué se trata para que pueda decidir.

—Ya que te sobran opciones, siempre según tu versión de la realidad, fijemos como plazo máximo el de un mes, antes de anunciar nuestro compromiso. Durante ese tiempo, deberás acudir a bailes, fiestas y encuentros sociales. Tantos como te sea posible. Yo asistiré a algunas y a otras no, guardaremos las apariencias de una cordial y casta amistad en base a la cercana relación de nuestras madres. Y veamos qué pasa.

—No comprendo a dónde pretendes llegar.

—Puesto que no hay anuncio oficial de compromiso, la gente deducirá que eres una joven casadera y disponible; demos a todas esas «opciones» la oportunidad de cortejarte.

—¿Con opciones te estás refiriendo a... pretendientes?

—¿Tú no?

—¡Desde luego que no! Puntualizaba sencillamente el hecho de que puedo vivir lo que me resta de vida sin necesidad de casarme. ¿Pero si acepto y gano quedará libre de la promesa?

Andrew cabeceó, asintiendo.

—¡Entonces consiento ese reto! —se apresuró a añadir ella.

A Richmond se le escapó una sonrisa de lobuna satisfacción. El carácter rebelde y vehemente de Rebeca lo fascinaba, y su descarada arrogancia le decía que ella no encontraría, ni por asomo, un partido mejor que él. ¿Por qué no jugar un poco?

—Entonces, un mes. Si en un mes te enamoras o sientes verdadero afecto por algún otro caballero, si decides que preferirías casarte con él antes que conmigo, habrás ganado la apuesta.

—Me parece justo. ¿Pero qué ocurre con Simon?

—¿Simon?

—Sí, Simon. Sabes muy bien de quién hablo. No podemos dejarlo fuera del acuerdo.

Lord Richmond meneó la cabeza mientras meditaba.

—Aunque no acabo de entender por qué, voy a ser extremadamente generoso con este asunto. Si con total sinceridad entregas tu corazón a otro caballero o el tal Simon aparece, quedas libre de tu compromiso conmigo. Ya puedes escribirle —culminó, con un guiño pícaro.

—Necesitaré más de un mes para eso.

—En ese detalle no pienso claudicar. Ya he hecho bastante admitiéndolo. Un mes es todo cuanto puedo concederte.

Rebeca frunció el ceño y sus hermosos y deseables labios se apretaron contrariados. Era tarde para retroceder.

—Acepto.

Andrew le tendió una mano y tras una breve vacilación, ella entregó la suya, blanca y diminuta, aterciopelada. Habían dado un paso sin saber bien a dónde los llevaría.

—Y ahora que ya te has salido con la tuya, duque, demos por terminado el espectáculo; creo que es hora de volver a Amschel House.

Hizo amago de levantarse y él imitó su movimiento, con la única intención de impedirlo.

—¿Has perdido el juicio? ¿A estas horas? No puedo permitirlo habiendo mil habitaciones en esta casa; te quedarás como mi invitada y mañana le diré al cochero que te devuelva sana y salva tras

el desayuno.

—¿Quedarme a dormir aquí? ¿A solas? ¿Contigo?

Andrew puso los ojos en blanco.

—Debe de haber alrededor de setenta criados, Rebeca, tienes mi palabra de que no estaremos solos.

—¡Duermen demasiado lejos! —se sofocó ella. Resultaba divertidísimo ver cómo se coloreaban más y más sus mejillas.

—¿Qué temes de mí? ¿Pones, acaso en entredicho que sepa comportarme como el caballero que soy?

Rebeca lo retó con los ojos encendidos y los puños apretados. Parecía a punto de propinarle una patada donde más duele.

—Si alguien se enterase de que he dormido en Covent Palace...

—Estarías acabada. Pero nadie va a enterarse. El personal de servicio de esta casa es de total confianza, y yo guardaré tu secreto por los siglos de los siglos.

Rebeca suspiró. No estaba acostumbrada al vino. Si dudaba, probablemente es que había bebido demasiado. El duque tenía la virtud de trasladarla, a toda prisa, de la serenidad a la histeria. Tan pronto lograba que bajase sus defensas y lo viese como a un amigo confiable, como a continuación, retomaba el tema del compromiso, colocándola en una situación embarazosa de la que solo ansiaba escapar.

Con un par de frases sin ensayar y su aplastante seguridad, había salido ileso de las acusaciones. Era un hombre, ¿qué más daba que tuviera amantes estando soltero? Esas eran las injustas reglas de la sociedad donde vivían, ella no podía romperlas. El compromiso seguía en pie, lo que la hacía sentir insegura, casi amenazada. Porque los secretos que ocultaba eran puro hierro y de revelarse, podría perderlo todo. Mas si el duque callaba, ¿de qué estaban hechos los suyos?

Cuando Rebeca se perdía en sus ojos, olvidaba cómo era posible que su madre, a sabiendas del peligro que entrañaba todo lo que callaban, la comprometiese con alguien como él. Algo así, que solo podía acabar en catástrofe. Si Richmond finalmente averiguaba, no habría promesa en la

tierra, ni siquiera sellada con sangre, con el suficiente valor como para exculparla. Se sentiría ultrajado, humillado y engañado. Y con razón.

—Lo siento. Entenderás que no puedo aceptar tu hospitalidad. Ordena que preparen el coche.

Andrew no insistió. Y en el camino de regreso a Amschel House, Rebeca decidió que debía ganar a toda costa aquella ridícula apuesta que en un principio no llegó a tomar en serio, y ahora se convertía en su única salida digna.

Llegó a la mansión bien entrada la noche, y Amelie la recibió con el rostro crispado por el desasosiego. Rebeca levantó una mano para tranquilizarla.

—Sabes perfectamente de dónde vengo, Amelie, te avisaron de que volvería tarde.

—Milady, el mensajero del duque llamó a la puerta cuando todos dormíamos o intentábamos dormir. Mi angustia ante su ausencia no me lo permitía.

—Siento mucho haberte causado problemas. Se me hizo demasiado tarde. El duque fue incluso tan galante como para ofrecerme alojamiento. Más bien me prohibió viajar. ¿Imaginas lo escandaloso de su oferta? Pero eso a ti no te molesta, las muestras de autoritarismo de lord Richmond te fascinan. ¿Puedo tomar un poco de té antes de dormir?

—Servido y esperándola, lady Rebeca.

—Acompáñame al estudio. Y borra esa desazón de tu rostro, estoy bien, como ves, no me ha ocurrido nada malo.

Capítulo 28

*Algo me crece dentro, me muerde el corazón.
Algo que arde y a lo que no sé poner nombre.*

Rebeca esperó a que le sirvieran para poder quedarse a solas con el ama de llaves.

—Sé sincera, sin jugar a fingir. En el fondo, la idea de que hubiese pernoctado en Coventwood, te agrada. Hasta donde sé, el duque es un pretendiente muy de tu gusto —planteó con sorna.

Amelie abrió los ojos con desmesura.

—Nunca podría afirmar algo así; menos, respecto de semejante atrevimiento.

—Pero solo porque sería muy inapropiado en boca de una dama. Por alguna razón, a mi madre le seducía el duque, a ti también. Pero ahora sé que no me casaré con él, no importa lo que pueda agradarme. Porque me agrada, Amelie, el duque ha logrado cautivarme sin importar las cosas terribles que pueda averiguar sobre él, sería capaz de perdonárselas todas. Sin embargo, debo renunciar a lo que siento y esa renuncia me hará desgraciada

Amelie dio un paso adelante y Rebeca le rogó con un gesto que se sentara a su lado. La joven necesitaba afecto y calor humano, casi con desesperación. Como si le leyera el pensamiento, Amelie tomó su mano helada y la apretó con cariño.

—Lo hecho, hecho está. Siga adelante, milady, debería confiar un poco más en el juicio de lady Stone, su madre no podía estar equivocada respecto al duque, es un gran hombre.

—Mi querida madre pareció olvidar nuestro pasado cuando nos empujó a prometernos, y a mí me toca protegerlo. —Levantó hasta ella unos ojos llorosos—. Todos somos cómplices, Amelie, mis padres, yo misma, incluso tú.

—No debería atormentarse con esas cosas. Cátese con el duque, olvide las pesadillas y trate de ser feliz. Es lo que lady Stone deseaba.

Rebeca suspiró hondo, con la certeza de que nada conocido aliviaría el enorme peso que llevaba

sobre los hombros.

—La señorita Donne vino ayer tarde a visitarla, parecía agitada y deseosa de entrevistarse con usted. No le dije dónde se encontraba, solo que estaba visitando a unos parientes. Y han llegado varias invitaciones para algunos bailes...

Lady Rebeca Percy se animó, como si le hubiesen inyectado vida.

—¡Estupendo! ¿Puedo verlas?

El ama de llaves la miró, incrédula.

—¿Es que piensa asistir?

—Desde luego, ¿no es lo que me aconsejáis todos? ¿Que regrese al mundo?

Y tenía una apuesta que ganar, un desafío en el que le iba la misma vida.

Amelie encargó a una doncella que trajera la bandeja con las invitaciones y de entre todas ellas, Rebeca escogió el baile de lady Margaret Grant, la chismosa de los sombreros espantosos, quizá en recuerdo de las risas compartidas con el duque.

Detestaba que de una forma u otra, él no saliera de sus pensamientos, aunque también la reconfortaba. La luz en sus ojos, la voz sensual, ronca y profunda a la que su piel reaccionaba erizándose. Y su beso... un beso tan apasionado que fue un roce y un adiós. Deseaba más de aquello.

¿Hasta dónde querría llegar, dónde la tocaría mientras hacía suya su boca si ella se entregaba?

No debía pensar aquellas cosas, se acaloraba con solo imaginarlo.

Capítulo 29

*Una amenaza en forma de carta.
Un puñado de frases o de palabras
que no dicen nada y lo dicen todo.*

Una curiosa casualidad, que después de haber bromeado con lady Rebeca acerca de los sombreros y los ojos en blanco de la común amiga de sus madres, la buena dama decidiera celebrar un baile. El duque consideró dentro de lo probable que su esquivada aspirante a prometida acudiese.

Miró la taza de porcelana y la columnilla de humo procedente del té recién servido. Con la punta del dedo acarició el asa, cálida y sedosa, como la zona del cuello de Rebeca, cercana a su oreja. Aquella deliciosa hendidura con profundo aroma a ella.

La reticencia de lady Rebeca Percy a aceptarlo como esposo, encendía su curiosidad. Había respondido ardiente a su beso, no había llevado el asunto de Lita más allá de un mero reproche, la misteriosa historia de Simon había sido finalmente un alivio, nada por lo que debiera preocuparse.

¿Qué escondía, entonces?

Cierto es que no lo necesitaba para sobrevivir pero ¿a qué mujer le gustaba estar sola, renunciar a hijos, familia? Andrew no se había tomado su rechazo como algo personal hasta que habló de opciones. Ahí se preguntó si estaría pensando en no casarse con él, pero sí con otro cualquiera. ¿Qué talentos requeriría su candidato ideal?

—¿Señor?

La llamada de atención de Carson lo sacó de su ensimismamiento. Llevaba absorto varios minutos y el ceño le dolía de fruncirlo con fuerza.

—¿Le preocupa algo, señor?

—No, Carson, todo bien —respondió, bastante distraído—. Por cierto, pienso asistir al baile de lady Margaret Grant en dos días.

—Muy bien, señor, dispondré sus trajes y cualquier otra cosa que pueda necesitar.

—Carson, ¿qué opinas de las mujeres?

El pobre hombre estuvo a punto de caerse muerto al suelo.

—¿Así... en general?

—Sí, sin concretar, ¿qué opinas de la idea de convivir con una mujer, casarse?

—Bueno, señor, imagino que siendo un duque es casi una obligación prolongar el apellido, el título, la heredad familiar.

—No me refería a mí mismo, sino a cualquier hombre.

—No podemos comparar a un duque con el resto de los hombres, señor, lo siento.

Andrew asintió con un cabeceo. Por desgracia, Carson tenía razón. Ser duque llevaba implícitas ciertas cargas y la de tener hijos, cuantos más mejor, era una de ellas.

—¿Le traigo la correspondencia, señor?

—Sí, Carson, gracias.

Una doncella se apresuró a llenar su taza medio vacía y con poco entusiasmo, el duque aceptó un bollito dulce con mantequilla, de los que había en la mesa. De algún modo, le enfurecía que Rebeca Percy ocupase todos sus pensamientos, no poder dejar de hacerse preguntas acerca del porqué de sus temores; no conseguir sacarse a una mujer de la cabeza no era algo que le ocurriese a menudo. Un lacayo dejó una bandeja repleta de cartas, en la mesita, a su costado. Las ojeó por encima sin demasiado interés.

Un sobre de papel fino, ligeramente dorado, con una caligrafía alargada en tinta verde oscuro que le resultaba muy conocida, lo sobresaltó. Lita Rendel.

¡Demonios, la había olvidado por completo! Lady Rebeca había conseguido, sin siquiera mover un dedo, desterrar a alguien como Lita Rendel, de sus pensamientos.

Desgarró el papel con dedos inquietos.

«Necesito verte»

Era todo lo que decía. Pero cada letra de la escueta frase vaticinaba problemas.

Capítulo 30

*¿Cuál es el color de las malas intenciones?
Adivínalo.*

La fiesta era un despilfarro de capricho, luz y riquezas. Rebeca encontró a la anfitriona cerca de la entrada, luciendo un sombrero de su espantosa colección, con un ramillete de enormes plumas color azafrán que le tapaban la cara. Cuando la vio, su rostro se contrajo en un mohín de sorpresa y desagrado. No se movió ni hizo un gesto amable: aguardó a que Rebeca se colocase a su altura e hiciera todo el trabajo.

—Lady Rebeca, no esperaba verla aquí esta noche.

Curioso comentario para una mujer, por lo general afectuosa, que solía tomarle las manos y apretarlas con exagerado cariño, antes de pronunciar un «¡mi queridísima niña!».

No hubo nada de eso. Al contrario, la vigilaba por el ángulo del ojo y la hizo sentir incómoda con aquella bienvenida fría y distante.

—Si no esperaba que asistiera, quizá no debería haberme invitado —trató de bromear Rebeca—. El afecto que mi familia le tiene, me impide rechazar un agasajo tan cortés.

—Sí, bueno, esas invitaciones se mandaron ya hace tiempo. Teniendo en cuenta lo ocurrido a tu querida madre pensé...

—Ha pasado mucho más de un año, lady Margaret, puede que sea hora de hacer caso a quienes me aconsejan que vuelva a la vida.

Lady Margaret Grant repasó de arriba abajo con gesto crítico el discreto vestido de satén azul medianoche de Rebeca, y el collar de zafiros y diamantes que colgaba de su cuello.

—Igualmente considero...

—Quedarme encerrada en casa otro año más no va a devolvérmela. Tenga la completa seguridad

de que si eso pudiera suceder, nadie volvería a verme nunca.

Los ojos redondos de lady Margaret Grant la golpearon con un centelleo de incredulidad, antes de centrarse nuevamente en las joyas.

—Recuerdo cuánto amaba su madre ese valioso collar, herencia de su bisabuela. Disculpe, por un instante olvidé que todo lo que un día perteneció a lady Stone, ahora es suyo.

¿Qué diablos le ocurría a aquella mujer? Rebeca la tenía por afable y ahora se dirigía a ella como si le lanzara cuchillos. Un desagradable hormigueo le recorrió todo el cuerpo, y la sensación de que conforme pasaban los minutos, se iba convirtiendo en el centro de atención de todas las miradas.

—Espero no importunarla con la pregunta, pero —prosiguió lady Margaret— ¿qué hay de algún otro posible heredero Stone? Alguien que desde luego, no viva en las tierras altas y a quien la idea de instalarse en Inglaterra, a hacerse cargo realmente de la heredad, no le suponga una penitencia.

Pues la pregunta con la que esperaba no importunarla, fue como un puñetazo que la pilló desprevenida y además, la ofendió. Los esfuerzos de Rebeca por responder algo coherente no funcionaron, solo consiguió negar débilmente con la cabeza.

—Porque no imagino a lady Stone tan sola en el mundo, ¿algún pariente lejano, aparte de ese lord escocés tan descuidado? ¿Quizá por parte de su padre de usted?

—No que yo sepa, lady Margaret —respondió la joven, con los dientes apretados—; en cualquier caso, ¿para qué podríamos necesitarlos?

La dama pestañeó, sorprendida por su tono irónico.

—Alguien con mano firme tendrá que hacerse, algún día, cargo de esa heredad.

Todo el cuerpo de Rebeca reaccionó poniéndose rígido.

—Entiendo que se refiere a algún caballero, porque en su opinión, una mujer no es capaz por sí sola, de intervenir en el día a día de unas tierras, cuando su verdadero dueño la nombra usufructuaria vitalicia y le deposita su total confianza.

—Usted y yo sabemos, lady Rebeca, que el condado de Stone es mucho más que unas simples

tierras y muchas granjas, por no mencionar la escandalosa fortuna que también incluye. Sin querer pecar de entrometida, la actitud desentendida de ese primo segundo de su señor padre, es incalificable. Dejar las decisiones en manos de un administrador, pasar por aquí una vez al año... Insuficiente. Se casará usted al menos, para que su marido pueda...

Rebeca sintió que su paciencia explotaba y volaba en pedacitos por toda la sala, cayendo sobre sus cabezas como confeti brillante.

—Como podrá imaginar, lady Margaret, mi madre, que desde que falleció mi padre colaboró en el mantenimiento de la heredad familiar con total diligencia y sin necesidad de apoyos masculinos, era una persona sabia y asombrosa, que lo dejó todo bien organizado —aclaró, con un nudo de rabia en la garganta.

En ese punto de la tensa conversación, ya tenían a media docena de damas curiosas revoloteando lo suficientemente cerca, como para oírlo todo. Rebeca tuvo la imperiosa necesidad de desaparecer. ¿Por qué demonios había ido?

Ah, claro, su apuesta con el duque, sus «opciones», su salvación.

Muchos caballeros en la sala la observaban con descaro. Rebeca movió un poquito la cartulina de baile, agitó coqueta el abanico y le sonrió a lady Margaret Grant, cuando lo que realmente deseaba era arrojarle una copa de ponche caliente por encima del plumero.

—Creo que voy a liberarla de esta conversación tan tediosa, lady Margaret. No tema, no es mi intención quedarme demasiado tiempo.

—Disfrute —dijo a media voz, cuando Rebeca ya se alejaba.

Y por todos los santos que sonó a mentira.

Convencida de que alguien la detendría en el camino para solicitarle un baile, lady Rebeca se dirigió a la mesa del ponche. No sucedió lo que esperaba. Aceptó la copa que le ofreció el lacayo y la bebió a sorbitos lentos, creando tiempo para que sus «opciones» se envalentonaran. Pero aunque los caballeros presentes parecían mostrar interés, a juzgar por sus continuas miradas furtivas, nadie, absolutamente nadie, se acercó a saludar o a pedirle un baile. Todos se comportaban de un modo distante y extraño, con formales inclinaciones de cabeza desde lejos, y

sonrisas tirantes que no les llegaban a los ojos.

Distinguió a la señorita Penélope Waterman, junto a lady Evelyn. Caminaban en su dirección y Rebeca confió en que aunque solo fuera con afán de chismorrear, entablarían conversación con ella. Pero para su sorpresa, cambiaron de rumbo y salieron de la sala, antes de dedicarle una sola palabra. Otro tanto ocurrió minutos después: esta vez era la señorita Anne Hagstings, que sujetaba el brazo de lady Evelyn. Alguien a quien Rebeca apreciaba, y después de tanto tiempo sin trato con jóvenes de su edad, el corazón le saltó de contento. Pero su comportamiento la desconcertó casi tanto como la gélida bienvenida de la anfitriona: un tímido esbozo de saludo por parte de Anne, un tirón de su brazo por parte de lady Evelyn Fowler, y las dos que volvían a alejarse a toda prisa antes de poder reaccionar. En realidad, lady Evelyn ni siquiera se había dignado a dirigirle una mirada.

¿Tanto les había afectado a todos su desaparición a causa del luto? ¿Estaban castigándola por no haber acudido a sus bailes, reuniones y fiestas?

No le habría importado demasiado, si no fuera porque el duque de Richmond apareció en el salón justo entonces, vestido íntegramente de azul medianoche, con camisa y corbata blanca, hermoso como un ángel de la muerte bajado de los cielos, creando un enorme revuelo entre las damas.

Rebeca maldijo por lo bajo.

Se supone que en ese momento, ella debía estar rodeada de hombres galantes, deseosos de conquistar un instante de su devoción. Debería estar riendo ante la ocurrencia de un conde, para que lord Richmond hirviera de irritación, en lugar de estar allí, arrinconada, ignorada y sola.

—Lady Rebeca, ¡qué alegría verla!

Un remolino pelirrojo vestido de verde menta se le cruzó delante, y se agarró a su brazo, provocándole un sobresalto.

—Señorita Julianna...

—¿Qué hace aquí? Está un poco apartada.

—Bueno, acabo de llegar —mintió—. Entre nosotras, creo que este baile está lleno de caballeros

apuestos, pero bastante cobardes.

—¿Y lo dice por...?

—Ya los ve, todos miran de soslayo pero ninguno se atreve a acercarse. Nadie me ha pedido un baile en lo que llevo de noche.

Rebeca tuvo la sensación de que Julianna palidecía y que le costaba tragar saliva.

—Suerte que creo saber a qué se debe toda esta pantomima, de lo contrario, pensaría que no resulto nada interesante, una buena razón para deprimirme —prosiguió Rebeca, con tono jovial, como si no le afectase.

—¿Lo sabe? —preguntó Julianna, con los ojos muy abiertos.

Rebeca, entretanto, perseguía la cabeza del duque entre la gente, bien visible gracias a su formidable altura, tratando de distinguir si iba o no acompañado, y hacia dónde se dirigía.

—Desde luego que sí. Tuve la ocurrencia de cerrar una apuesta ridícula con el duque de Richmond porque aseguré que me sobraban opciones de matrimonio. O al menos, así lo interpretó él. El caso es que debe de estar usando sus mecanismos de influencia menos honorables, para conseguir que todos me ignoren.

—Así que el duque es el responsable...

—Diría que mi explicación la alivia.

La veneciana se abanicó a toda prisa. Sus mejillas estaban rojas y brillantes como dos bolas de cristal rubí.

—Solo estoy un poco sofocada, el aire se hace denso con el salón tan lleno.

Rebeca fue una necia al no darse cuenta de que le ocultaba algo, pero sus cinco sentidos pendientes del duque, no se lo permitieron. Lo de que el interés romántico atonta es radicalmente cierto.

—Tengo entendido que el otro día vino a visitarme, ¿puedo preguntar qué se le ofrecía?

—Oh, nada en particular —aseguró la pelirroja, algo nerviosa—, quédese tranquila, solo quería volver a verla.

—Mi ama de llaves me dijo que parecía usted muy agitada.

—Me temo que donde quiera que voy, a todos los ingleses les doy esa impresión. Aún no se me ha contagiado nada de la famosa flema británica, la impetuosa sangre veneciana corre por mis venas.

Rebeca correspondió a su ingeniosa broma con una suave carcajada. Pero lo que vio a continuación, cortó de un tajo su felicidad.

—¿Se encuentra bien? —se interesó Julianna.

—Perfectamente, ¿por qué lo pregunta?

—La veo un poco pálida.

Sí, seguramente el color se había retirado de sus mejillas del mismo modo que había ido a acumularse en las de la señorita Donne, solo que por distintos motivos. Había una mujer junto al duque y por la forma de dirigirse a él, no era ninguna desconocida. ¿Quién era? Vestida de llamativo rojo, riendo, charlando, acercándose demasiado, seguramente lanzándole miradas incandescentes, porque no lograba verle la cara. Rebeca se sorprendió espiándolos con disimulo, mientras Julianna le contaba no sé qué anécdota vivida con Anne Hagstings.

—¿No le parece divertido?

Rebeca no tenía la menor idea de lo que hablaba. Forzó una sonrisa efusiva.

—Sí, sí, de lo más hilarante que he oído en esta semana.

—Lady Evelyn tiene su faceta amable, solo hay que conocerla. No quiero pensar que tenga mal fondo, sencillamente es un poco atolondrada, actúa sin pensar. Confieso que cuando la conocí, me pareció una chismosa incorregible.

Rebeca Percy estaba enfadada, furiosa con la presencia de aquella mujer disfrutando de la compañía del duque. Debía ser ella la que estuviese allí, de su brazo, pavoneándose como se pavoneaba la otra. Seguro que así nadie osaría mirarla mal. Así que su respuesta al comentario de la señorita Donne, fue un poco más impulsiva de lo pretendido.

—Es una chismosa incorregible.

—Sin afán real de dañar, sospecho.

—La gente no debería olvidar la prudencia, mucho menos cuando se reúne en sociedad.

Los ansiosos ojos de Rebeca se detuvieron en Julianna el tiempo justo para notar que su semblante se oscurecía de nuevo. Simultáneamente, el duque también la buscaba con la mirada, en cualquier momento, sus pupilas se encontrarían.

Y Rebeca no sabía si desearlo o temer que ocurriese.

—¡Lo olvidaba! ¡Tengo que presentarle a mis tíos, están deseando conocerla!

Fue tan repentino, que la joven no llegó a reaccionar. La señorita Donne atrapó su mano, tiró con inusitada fuerza, y antes de poder darse cuenta, atravesaba el salón de baile a toda velocidad, perdiendo de vista al duque y a su misteriosa acompañante.

Capítulo 31

*La gente es cruel
incluso sin pretenderlo.*

El duque de Richmond asistió al baile de lady Margaret Grant con un solo objetivo en mente: impedir, del modo que fuese, que otro caballero abordase a la que en breve, sería su prometida oficial. Transcurridos un par de días desde la apuesta, la idea ya no le parecía tan divertida ni tan ingeniosa. Es más, se había ido transformando en un monstruo temible que podía vencerle, porque el riesgo de que Rebeca encontrase interesante a otro candidato y lo prefiriera, de repente, era espantosamente real.

La angustia le atenazaba la garganta y el arrepentimiento por su arrogancia, le mordía el corazón. Había sido un insensato proponiendo aquello.

Divisó a Rebeca en el rincón del ponche, bella como una flor de verano, y pese a todos sus temores, por su expresión no pudo deducir que la viera feliz ni divirtiéndose. Estaba sola, apartada, mirando a los invitados que iban y venían, con cierta aprensión. ¿Por qué no estaba rodeada de pretendientes, siendo como era, la más encantadora del baile? ¿Acaso se había aislado voluntariamente? ¿Habría rectificado y decidido no conceder la más mínima posibilidad a ninguna de sus múltiples opciones? ¿Mostraba finalmente interés en él? ¿Sería el efecto de su beso? Tenía que averiguarlo.

Estaba bellísima. Su pelo oscuro, su piel de alabastro, su traje a juego con el del duque y con sus ojos; estaba convencido de que al entrar en la sala, hasta su perfume había impregnado las paredes y robado el juicio a los caballeros, que por cierto, la miraban a escondidas, con deseo.

Andrew dio un paso en su dirección. Si no había «opciones» alrededor, en realidad, no estaba interrumpiendo nada, no incumplía los términos de la apuesta y quizá, su mera presencia disuadiera a los demás, de cortejarla.

Le fue imposible. Alguien con un vestido costoso en color guinda, bastante atrevido, se interpuso en su camino.

—Duque, qué felicidad encontrármelo por fin. Si fuese una malpensada diría que me esquivo. Suerte que no lo soy.

—Lita...

Andrew trató de no quitarle la vista de encima a Rebeca, pero Lita Rendel se lo ponía muy difícil, siempre atravesándose en su campo de visión. Sintió la tentación de retorcerle el cuello y hacerla a un lado.

—Te envié una nota —siseó, demasiado cerca de su comisura.

El duque intentó valerse de su expresión más inocente.

—¿Sí? Cuánto lo siento, he estado fuera.

—¿Viajando sin rendir cuentas a nadie, como siempre, mi adorado aventurero? Tu mayordomo no me dijo nada.

—Mi mayordomo conoce bien las reglas de la discreción y cada día las pone en práctica. ¿Y tu esposo? ¿No te acompaña?

Lita fingió un gesto de desconsuelo que no le quedó muy creíble.

—En realidad, lleva enfermo varios días.

—Una pena, le envió mis mejores deseos de recuperación.

—Mentiroso. Estás deseando que muera, igual que yo.

Su voz estaba tan teñida de malévola intención, que consiguió turbar al duque, cosa poco habitual en él, que ya había visto casi de todo. El que lo incluyera en tan perverso deseo, lo ofendió hasta lo más profundo.

—Tal cosa no podría ser menos cierta. Le deseo a tu marido una larga vida llena de actividad, éxito y buena salud. ¿Te importaría explicarme qué hace la devota esposa lejos de su lado? ¿No debería acompañarlo y atenderlo en su padecimiento?

Lita suspiró con afectación y ladeó la cabeza para que Andrew pudiese admirar mejor su largo y deseable cuello.

—Me ahogo dentro de esa casa. Pero no te aflijas, duque, mi señor esposo no va a morir, Nathan es fuerte como un roble anciano, para mi desgracia, nos enterrará a todos. No obstante, su médico no opina lo mismo, sufre delirios catastrofistas.

Andrew volvió a estirarse buscando a Rebeca entre los invitados, pero no pudo verla. Había desaparecido del rincón del ponche, solo los santos sabían acompañada de quién.

—Albergo la sospecha de que él, junto con nuestro mayordomo, conspiran a mis espaldas. Tratan de alertar a mis hijastros para que vengan cuanto antes, imagino que para convencer a mi marido de que me deje sin nada, antes de que sea demasiado tarde.

Demonios. ¿Dónde se había metido lady Rebeca? No estaba bailando, pero tampoco lograba localizarla en la inmensa sala. Lita cambió su tono de voz por otro mucho más irritado.

—¿Por casualidad te interesa lo más mínimo lo que te estoy contando? Te noto inusualmente intranquilo.

—Nunca he sido de demasiados eventos sociales. Me asfixio.

—Entonces... ¿por qué acudir?

—Ha sido una petición especial de mi prometida.

Lita arqueó con evidente disgusto sus cejas perfectas.

—¿Y dónde se esconde ese afortunado ángel y cuándo pensáis anunciarlo?

—En breve —contestó Andrew, de nuevo distraído—, lo haremos en breve.

—¿Me ayudarás con mis monstruosos hijastros?

Iba a indagar a qué tipo de ayuda se refería, cuando llegó lady Margaret Grant, con su horripilante sombrero de plumas, la mano extendida y una amplia sonrisa en su cara angulosa.

—Mi apreciado duque, permítame decirle que es usted el adorno más vistoso de mi fiesta esta noche.

—Dudo entre si tomármelo como un halago o como todo lo contrario —confesó él, besándole los nudillos.

Ella dejó ir un gorjeo de complacencia, muy parecido al ruido que hacían las gallinas del santuario cuando llegaba la comida. Lita Rendel, por su parte, decidió que ya estaba bien de

ceder protagonismo. Se colgó del brazo del duque, se pegó a su costado con desvergüenza, hizo a un lado a lady Margaret Grant con su abanico, y tiró de Andrew con premura.

—Querido duque, salgamos un momento a la terraza. Creo que me estoy mareando. Discúlpenos, lady Margaret, hermosa fiesta. Como todo lo que usted celebra, organizada con un gusto exquisito.

Capítulo 32

*Los ojos aquí, el corazón allá,
buscando al objeto de tus anhelos,
la respiración no la encuentras.*

Rebeca se vio arrastrada, casi en volandas, por Julianna Donne hasta la sala un poco más pequeña y más despejada, donde sus tíos degustaban vino y reían sin contención.

—Queridos tíos, les presento a mi admirada amiga, lady Rebeca Percy. Lady Rebeca, mis tíos, los señores Ashton y Dorothea Wimsey.

La pareja se giró hacia ellas sin perder el buen humor. Más que un matrimonio parecían gemelos, redondos mofletes de saludable color, pelo rizado del color de la paja en verano, y avispados ojos verdosos. Recibieron a Rebeca con grandes aspavientos.

—¡Querida niña! ¡Por fin! —La señora Wimsey abrió los brazos en un gesto demasiado familiar para ser la primera vez que se veían.

—Nuestra sobrina nos ha hablado tanto de usted, ardíamos en deseos de comprobar que tal dechado de virtudes existe en la realidad —agregó su marido, con tono festivo.

Mientras correspondía con gentileza a su saludo, Rebeca comprobó que los invitados que hasta entonces los acompañaban, desaparecían sin mediar palabra, como si la interrupción no fuera de su gusto, o por alguna causa, no quisieran mezclarse con Julianna y con ella.

—Encantada, señor. Señora...

—Es usted realmente hermosa, querida, delicada como una flor y sin embargo, de energía tan potente como un ciclón en mitad de una tormenta —musitó la señora Wimsey, dándole un par de golpecitos en el hombro con su abanico.

—¡Nos gusta! —resumió su esposo con vehemencia. Su esposa cacareó feliz.

Lady Rebeca bajó abrumada la cabeza.

—Mis tíos son muy aficionados al teatro y a los versos —se apresuró a aclarar Julianna.

—Tiene que acompañarnos a la ópera la próxima vez que asistamos, lady Rebeca, se trata de una pieza memorable, no se la puede perder.

—Sería un gran honor —respondió la joven con una ligera reverencia.

A continuación, los tíos de Julianna se embarcaron en un mundo de explicaciones acerca de la compañía austríaca que representaba la ópera, la calidad de sus montajes y la vida íntima de su *prima donna*, pero Rebeca solo acertó a escuchar palabras sueltas. Sus ojos recorrían voraces el espacio buscando al duque, y su mente reproducía a toda velocidad la imagen de la osada dama poniendo sus manos sobre él, como si de verdad le perteneciera.

¿Quién diablos era?

—Y por eso queremos disfrutarla de nuevo —estaba diciendo la señora Wimsey cuando Rebeca volvió a respirar— ¿Usted es aficionada, lady Rebeca?

—Sí, me gusta mucho la ópera, era una de las distracciones favoritas de mi madre —respondió con atropello, rezando porque siguieran hablando de lo mismo—. Excúsenme, necesito buscar a un invitado, es importante.

—Oh, vaya a donde necesite, lady Rebeca, ¡vaya, vaya!

—Nosotros continuaremos haciéndole los honores a este maravilloso vino español.

Ambos rieron en un dúo perfectamente calculado y a continuación, brindaron.

—La acompaño, lady Rebeca —se ofreció Julianna.

—Se lo agradezco, no me resulta cómodo moverme por la casa a solas. Teniendo en cuenta que nadie me habla, ningún caballero se decide a pedirme un baile... —susurró Rebeca, al alejarse de nuevo hacia el gran salón— ¡Oh, Julianna! No querría que dejara usted de divertirse, solo por acompañarme.

—Pierda cuidado, lady Rebeca, me encuentro muy feliz justo donde estoy. ¿A quién buscamos?

—Al duque, desde luego. Lo he visto entrar, pero enseguida lo he perdido.

—Aún no tengo el placer de conocerlo, mis tíos me tenían retenida en esa otra sala distante y no

he asistido al que creo, ha sido el momento estelar de la noche, la entrada de su futuro prometido...

Rebeca se llevó el dedo a los labios rogándole silencio y discreción.

—No tiene de qué preocuparse —la calmó Julianna, con una sonrisa que parecía sincera—, todo lo que me contó y pueda contarme, queda a buen recaudo salvo que usted me pida lo contrario. Me sentí muy honrada de que confiase en mí de ese modo.

Lady Rebeca la miró con agradecimiento. De verdad que necesitaba una buena amiga, y Julianna parecía ser un regalo entregado por las hadas. En ese momento, junto a los arcos que daban a las terrazas, volvió a ver al duque con la dama demasiado cerca. Salían al silencio de la noche. Y también a su protector manto de sombras, la capa favorita de los amantes.

—Tengo calor, salgamos.

Agarró a la joven pelirroja del brazo y salió, obsesionada con localizar a Richmond y a su acompañante desconocida. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Por qué le ardía aquel fuego de furia en el pecho? ¿Era eso que llaman celos lo que sentía? Ella debía estar coqueteando con los invitados de lady Margaret Grant, poniendo todo su empeño en ganar la apuesta que la conduciría a la libertad. La cuestión era, ¿cuánto deseaba ser libre ahora que iba conociendo al duque?

Qué espantoso darse cuenta de que no tenía salida ni elección.

Los localizó en un rincón apartado de la gran terraza. Para su alivio, no estaban completamente solos, otros grupos dispersos aquí y allá, bebían y conversaban, pero nadie lo suficientemente cerca como para perturbarlos. Los ojos del duque se cruzaron un segundo con los de Rebeca, y él sonrió como quien esconde un secreto, para volver a desaparecer, esta vez, con la dama apoyada en su galante brazo.

¿A dónde habían ido?

La mortificaba la idea de que aquellas seductoras sonrisas de labios llenos no fueran para ella. Con su impecable traje azul, lord Richmond era un bello dios arrojado del Olimpo para caer directamente a sus pies. O más bien, a los pies de aquella desconocida a la que Rebeca ya

aborrecía.

—¿Le importaría si entramos de nuevo? —sugirió a media voz.

Julianna la observó, como preguntándose por el estado de su juicio, pero no puso impedimentos. Ya en la sala, los invitados de lady Margaret Grant seguían bailando, consumiendo vino y divirtiéndose, pero Rebeca fue incapaz de sumarse. Necesitaba localizar al duque, consciente de que se habían buscado continuamente con la mirada, pero también, de que la que no iba acompañada era ella. Desearía haberlo puesto celoso, pero... ¿cómo? ¿Con la señorita Donne? Ridículo.

De algún modo, Julianna fue capaz de palpar su inquietud. Pidió dos bebidas y le entregó una para que brindasen.

—Por una amistad verdadera que nos dure toda la vida —ofreció, alzando la copa. Rebeca levantó la suya con gusto, todavía un poco distraída.

—Toda la vida de ambas y más allá. Me alegro de haberla conocido.

—¿Debo entender que ya no necesita de mi auxilio para escapar del duque?

La inocente pregunta la avergonzó. No había sido completamente sincera con Julianna respecto de sus motivos. Solo había mencionado a Simon, su «historia escudo», su pequeña gran mentira. Todo lo que podía contar.

—No lo haga, lady Rebeca, se arrepentiría después. Yo también me juré amor eterno con el hijo de los vecinos a los diez años. No se me ha ocurrido pensar en que se convertiría en mi esposo.

—La aventajo. Mi amor hasta la muerte, lo prometí con siete. Un alto grado de madurez el mío, como podrá comprobar.

Ambas rieron y por primera vez en aquella extraña noche, Rebeca se sintió apreciada y cómoda. Protegida de las sombrías miradas de los invitados.

—Lo cierto es que esa historia ya no me sirve como excusa —reconoció en un arranque de sinceridad—, creo que recurrí a ella cuando empecé a notar que el duque no me era indiferente. O incluso antes, cuando pasaba el tiempo después de perder a madre, sin saber nada de él. Lo que no implica que Simon no ocupe un lugar importante en mi corazón, lo ocupará siempre.

—Entonces, ¿para cuándo el anuncio del compromiso?

El tono de su voz era puro entusiasmo, lo que hizo que Rebeca se sintiera muy triste. Lamentaba tanto desilusionarla, a ella, a Amelie, a su madre allá donde estuviera, y al propio duque, que por las razones que fuesen, parecía abiertamente dispuesto al matrimonio. Le hería en el alma decepcionarlos a todos, pero aquella unión no podía llevarse a cabo por culpa de los secretos de su pasado, secretos que su madre parecía no haber tenido en cuenta, pero que eran su absoluta condena.

En cuanto a él, Rebeca acababa de rendirse. Al irresistible duque y su misteriosa acompañante se los había tragado la tierra, o la oscuridad de algún lujurioso jardín. No sabía por qué aquella idea la ponía tan furiosa. Y el no saberlo, la ponía más furiosa aún.

Capítulo 33

*Lealtades del color de
los sueños que están por venir.
Deslealtades y traiciones del
color del plomo.*

Anne Hagstings relucía de felicidad, como si llevase prendida una pequeña hoguera en mitad del pecho. Había convocado a sus mejores amigas a tomar el té para anunciarles la sorpresa. Por fin algo alegre que comentar, tras una serie de catastróficos chismes oscuros.

—¿Una fiesta? ¿Por tu cumpleaños? —Alicia Pettigrew palmoteó encantada.

—En los jardines, al aire libre, habrá música y mucho baile —describió Anne Hagstings con las pupilas brillantes.

—¡Qué estupenda noticia! —la secundó Julianna, con una amplia sonrisa.

—¿Asistirán muchos caballeros? —se interesó Penélope Waterman— Mi madre empieza a ponerse insistente con el asunto de mi compromiso.

—Pronto estaremos todas comprometidas —dijo Alice con aire soñador.

—Hablando de compromisos... —irrumpió lady Evelyn con tono intenso— creo que disponemos de elementos de juicio suficientes como para deducir que lo del matrimonio entre el Duque de Richmond y lady Rebeca, no ha sido más que un rumor infundado.

Se oyeron exclamaciones de asombro por toda la sala, incluida la anfitriona. Solo Julianna Donne mantuvo una serena calma que nadie apreció.

—¿Cómo es eso, lady Evelyn? ¡Cuéntenos, por favor! —suplicó Alicia, a punto de ahogarse.

—Usted siempre tan informada —alabó Penélope, con los ojos en blanco.

Lady Evelyn Fowler las miró una a una, encantada de convertirse, una vez más, en el centro de

atención.

—El comportamiento de ambos en el baile de lady Margaret Grant, ¿acaso no se dieron cuenta? El Duque estuvo toda la noche acompañado por la señora Rendel, que como sabemos, está casada. Y no manifestó interés alguno en lady Rebeca, ni siquiera llegaron a cruzar un saludo.

—Debo admitir que el ambiente alrededor de lady Rebeca esa noche, fue espantoso —observó Anne Hagstings, conmovida—. Me sentí tan incómoda como si la frialdad de todos hubiese ido dirigida a mi persona.

—Bueno —conjeturó lady Evelyn con cautela—, es evidente que el rumor de su posible intervención en la muerte de su madre... se ha extendido, y la gente reacciona en consecuencia. ¿Quién querría acercársele?

—Era de esperar —corroboró Penélope— No pensará usted invitarla a su cumpleaños, ¿verdad que no, señorita Hagstings?

Lady Evelyn se adelantó antes de que Anne pudiera dar respuesta.

—La señorita Hagstings es lo suficientemente sensata como para no considerarlo siquiera.

Julianna Donne se puso en pie de un salto, asustándolas a todas.

—¡Cállese ya, lady Evelyn! ¡No sé cómo no se muerde la lengua y muere en el acto envenenada! ¿Cómo se le ocurre dar pábulo a semejante atrocidad?

—No se ofusque de ese modo, señorita Donne, le recuerdo que no fui yo, sino lord Walsh, el origen de eso que usted considera infamia.

—¡Pero usted la repite y la alimenta como si fuese cierta!

—¿Acaso tenemos motivo para pensar que no lo sea? —replicó perezosamente lady Evelyn.

Desencajada, la señorita Donne inclinó la cabeza, solicitó que la dispensaran, y salió de la sala como si la persiguiera el diablo. Lady Evelyn miró con lástima la puerta por donde acababa de desaparecer.

—Se ve que se ha encariñado con lady Rebeca, no la culpo, creo que esa joven sabe ser muy persuasiva con quien y cuando le conviene.

—Pues según nos cuenta usted, sus dotes de seducción han fallado estrepitosamente con el duque

de Richmond —Penelope Waterman disimuló una risita de satisfacción.

Anne Hagstings la miró con desagrado.

—Durante el baile de lady Margaret, la pobre lady Rebeca estaba tan pendiente del duque que ni siquiera se dio cuenta de los desplantes —agregó lady Evelyn, tomando un sorbito de té.

Alicia y Penélope trinaron de felicidad y Anne Hagstings se preguntó por qué nunca se había percatado de lo maliciosas que eran.

—Discúlpennme un instante. Voy a ver cómo se encuentra la señorita Donne.

—Vaya, vaya, nosotras seguimos ocupadas con la charla —la animó Alicia Pettigrew.

Anne pensó que llamaban alegremente «charla» a arrastrar por el suelo la reputación de una dama, sin el menor remordimiento. Encontró a Julianna en el saloncito rosa, su favorito, de pie junto a la ventana, con los ojos húmedos. Posó las manos sobre su brazo y trató de reconfortarla.

—¡Oh, señorita Anne! Excuse mi comportamiento, no puedo soportar tanta maldad. Son falsas y ladinas y...

—Son unas criaturas inconscientes que hablan y hablan, sin medir las consecuencias de sus palabras.

—¡Pobre lady Rebeca! Fue una tortura presenciar cómo la gente la despreciaba en casa de lady Margaret Grant, alguien como ella no merece un trato así.

—¿Usted ha creído algo de esa espeluznante historia? Me refiero a lo del fallecimiento de lady Stone, los cielos la tengan en lugar de honor.

—¡Por todos los santos, desde luego que no! ¡Ni una sola palabra! Y si usted la conociera un poco mejor opinaría lo mismo. Es una joven impecable, compasiva y respetuosa, incapaz de una mala acción, que amaba a su madre por encima de todo.

—Algo que no puede precisamente decirse de las tres señoritas que nos esperan en la sala.

Julianna asintió con la cabeza.

—Aunque apuesto a que la propia lady Evelyn tampoco da crédito a semejante monstruosidad —

apuntó la señorita Hagstings, con dulzura.

—Pero ya ve, ahí la tiene, chismorreando y entretenida a costa de la reputación y el buen nombre de otra dama.

—Pues no pienso hacerle ningún caso, le enviaré a lady Rebeca una nota de invitación a mi cumpleaños —decidió Anne, con una sonrisa tímida.

Julianna le tomó las manos con ímpetu.

—¿Lo hará?

—Desde luego que sí. Y tanto usted como yo, haremos lo posible para que se sienta bien recibida.

Capítulo 34

*La rueda de la vida
gira en segundos y
te traslada del placer calmado,
a la furia tempestuosa.*

Un criado de los Hagstings, entregó en mano en Coventwood, una invitación al baile de cumpleaños de su hija mayor, la señorita Anne, dirigida al duque de Richmond. Aquel tipo de eventos, propio de jóvenes casaderas, donde las madres formaban peligrosos escuadrones de cazadores al acecho de cualquier desdichado soltero presente, no eran de su agrado. Pero la señorita en cuestión tenía cierta relación amistosa con su futura prometida, y Andrew calculó que era muy posible que Rebeca asistiera.

Una fiesta de jovencitas solteras, muchos solteros, muchas «opciones», alto nivel de peligro. Debía asistir y asegurarse de que nada desastroso ocurriera.

Andrew envió nota a su amigo, el barón de Roe, para que lo acompañase. Eran dos solteros a los que con toda seguridad, las madres atacarían en manada, pero yendo juntos, tratarían de protegerse el uno al otro.

Escogió con esmero su indumentaria. Tenía que asegurarse de desbancar a cualquier otra posible «opción» que pudiera deslumbrar a lady Rebeca. Le costaba admitir que sentía ansiedad y deseo de que aquel mes ridículo que se había empeñado en marcar como plazo, pasara de una vez, para poder anunciar el compromiso y convertir a aquella mujer deliciosa y valiente en su esposa hasta el fin de sus días, sin más obstrucciones.

Miró su imagen en el espejo y le preguntó en voz baja si se había enamorado. El agraciado joven de la luna le respondió, que sí, que como un tonto.

Andrew sonrió incrédulo.

Su coche se detuvo a la puerta de la casa de los Roe. El cochero cumplió su función de aviso y un lacayo les indicó que el señor saldría en unos diez minutos. El duque no se había adelantado, Augusto siempre iba tarde. Andrew se acomodó en el interior acolchado del carruaje mientras esperaba, y entrecerró los ojos para fantasear con el recuerdo de lady Rebeca, imaginándose llegando juntos a los futuros acontecimientos sociales, tomados del brazo como duque y duquesa...

—Su excelencia, ¡señor!

Richmond salió a regañadientes de su placentero sopor. El cochero lo reclamaba desde fuera, sin atreverse a golpear la ventanilla.

—Dime, Cyrus, ¿qué te pone tan nervioso?

—Un mensajero con una nota, su excelencia. De la casa Rendel. Es urgente.

Un desagradable pellizco le apretó la boca del estómago. Tuvo la inquietante seguridad de que su noche y el baile de cumpleaños acababan de esfumarse en el aire, como una voluta de humo. Un apellido que meses antes tenía la virtud de excitarlo y trasladarlo volando al mundo de la lujuria más absoluta, ahora resonaba con el eco oscuro de lo indeseado.

—Parece ser que el señor Rendel ha fallecido, su excelencia —informó el cochero.

Andrew aceptó la nota y la leyó. De puño y letra de la propia Lita, le informaba de que en efecto, su marido había fallecido hacía tres días y que sus hijastros se encontraban en la mansión, recién llegados del continente, amenazándola con echarla a la calle. Rogaba cuanto antes su ayuda.

En ese preciso momento, su querido amigo salía al soportal, vestido con sus mejores galas y una sonrisa canalla entre los labios.

—Disculpa la demora, duque. Estoy listo para disfrutar de una velada inolvidable.

—Lamento desencantarte, pero no vamos a asistir a la fiesta de cumpleaños. Nos esperan en casa de Nathan Rendel, me temo que sin Nathan Rendel.

Augusto sabía de la aventura del duque con Lita, aunque no de la verdadera entidad del enredo.

Y así iba a seguir, pensó Andrew. Era su camarada, pero le convenía, y mucho, mantenerse al margen de tan indecorosa historia.

Que por lo demás, ya estaba acabada.

Entonces, ¿por qué diantres acudía Lita a él en aquella situación? ¿No se daba cuenta de que lo estaba comprometiendo?

—¿Hace tres días que falleció Nathan? —se sorprendió Augusto— Entonces ya lo habrán enterrado. ¿Es que nadie se ha enterado de su funeral?

—Al parecer, sus hijos han llegado desde España, se habrán hecho cargo de todos los trámites haciendo a un lado a la viuda, y relegando la presencia de meros conocidos y demás cortesías sociales.

—Queda claro entonces, que no te reclaman por esa causa. ¿Qué podrá ser?

—Lita se ha quedado desamparada, supongo que los hijos de Nathan tienen la intención de deshacerse de ella cuanto antes, y no sabe quién puede socorrerla.

—Bueno, mi querido duque, no es un asunto en el que deberías implicarte. Menos aún, si planeas prometerte en breve.

—Puedes estar seguro de que no pienso permitir que Lita me enrede.

En la penumbra del carruaje, Augusto lanzó a su amigo una mirada suspicaz.

—Salvo que ella te siga importando.

—¿Lita Rendel? No me ha importado nunca, en nuestra relación jamás hubo el menor atisbo de sentimiento, no es algo que vaya a cambiar ahora.

—Si ella te ve como su único salvador, está claro que piensa en ti de otro modo, digamos más... cercano.

Richmond gruñó contrariado. No quería que eso fuese cierto. Ni por asomo, siquiera.

—Detestaría comportarme de un modo grosero y poco honorable, pero no voy a satisfacer sus necesidades más allá de la asistencia que pueda esperarse de un conocido de la familia.

—Yo me cuidaré de que así sea, para algo te acompaño —recalcó Augusto, socarrón—. Soy la mejor carabina que pudiste encontrar hoy.

El duque le siguió la broma.

—La única que me atrevería a llevar, dadas las circunstancias.

Augusto suspiró, dándole vueltas al sombrero entre las manos.

—Lástima de fiesta. Esperaba conocer a alguna jovencita encantadora que quizá en un futuro próximo, pudiera convertirse en la señora de la casa de Roe.

—¿Pensando por fin en buscar esposa?

—El tiempo pasa, mi madre me presiona, y yo me aburro, duque. Y ahora que tú vas a casarte, ¿con quién viviría las delicias de la soltería? Estás enamorado, Richmond, lo leo en tus ojos. Creo que no me quedará otra salida.

Andrew frunció el ceño. Ojalá estuviese tan seguro de aquel matrimonio como parecía estarlo Augusto. Ahora reparaba en que por culpa de Lita Rendel, no podría vigilar a Rebeca en el baile de cumpleaños de Anne Hagstings aquella noche. Sacudió la cabeza para alejar malas ideas.

—No adelantes acontecimientos. Lady Rebeca es la joven más testaruda sobre la tierra. Y nuestro acuerdo aún tiene muchos cabos sueltos.

Capítulo 35

*A veces, alguien que te ama
te desvela cosas que
preferirías no haber sabido.*

No era un baile cualquiera. Tratándose de la fiesta de cumpleaños de una señorita casadera, estaba claro que acudirían muchos aspirantes a pretendiente, no solo de la homenajeadada, sino de cualquier jovencita en edad de merecer que estuviese invitada. Rebeca Percy podría conocer a muchos caballeros y ampliar su abanico de «opciones» en su batalla contra el duque de Richmond.

Lo mejor de todo era que él también estaba invitado. Después de haberlo visto pasar la noche en compañía de aquella mujer sin rostro, de cuello largo y escote corto, lady Rebeca ardía de ganas de volver a verlo. Todos sus intentos por descubrir de quién se trataba habían sido en vano. Francamente, se moría por saber si era una dama soltera, posible candidata a «duquesa», o una simple conocida que se tomaba muchas confianzas.

Eligió su mejor traje de entre los de color oscuro. Diamantes trenzados en el cabello y las más bellas joyas de su madre. Una capa ligera sobre los hombros y un cosquilleo en el vientre que no era capaz de detener. Su carruaje recogió a la señorita Donne, con la sola intención de entrar juntas y no verse obligada a atravesar en solitario el umbral de la casa Hagstings.

Tenía un mal presentimiento.

En efecto, nada más cruzarlo, volvió a percibir que el aire se hacía denso, pesado y frío. Que todos la miraban con una expresión indescifrable en sus rostros, mezcla de incredulidad y espanto. Podían ser figuraciones suyas, pero igual que había ocurrido en el baile de lady Margaret Grant, se sintió marcada.

Suerte que llevaba a la alegre señorita Donne enganchada de su brazo, y con ella cerca, era difícil desalentarse. Anne Hagstings se acercó a darles la bienvenida con su mejor sonrisa y los brazos extendidos. A lady Rebeca no se le pasó por alto que varios invitados censuraron, con duras miradas, el evidente entusiasmo de la anfitriona.

—¡Querida lady Rebeca! Cuánto tiempo ha pasado, y cómo me alegro de volver a verla con tan buen aspecto...

Por más que quiso, Rebeca no pudo morderse la lengua.

—Nos vimos la otra noche, en el baile de lady Margaret Grant. Solo que no llegamos a saludarnos.

Las mejillas de Anne Hagstings se tiñeron de rubor.

—Ah, supongo que debe referirse al instante en que lady Evelyn sufrió una indisposición, disculpe mi falta de cortesía, iba muy angustiada y luego ya no volvimos a encontrarnos...

Rebeca pudo haberle dicho que lady Evelyn Fowler se encontraba lozana y en perfecto estado de salud, cuando decidió girar hacia otro lado la cabeza para evitar verla. Pero la pobre señorita Hagstings ya lo estaba pasando demasiado mal, al fin y al cabo, era amiga de Julianna, y solo intentaba ser amable. Así que sonrió con dulzura.

—Seguramente fue en ese momento.

Anne suspiró, muy aliviada.

—La hemos echado de menos todos estos meses, ha sido un retiro largo y riguroso, el suyo.

—No sentía deseo alguno de socializar, mucho menos de bailar o mantener conversaciones. La marcha de mi madre me dejó vacía y tremendamente triste.

Anne Hagstings colocó sus manos, ligeras como palomas, sobre el antebrazo enguantado de lady Rebeca.

—Lo sé, todos sabemos lo mucho que la afectó la pérdida. Ahora, tratemos de ir volviendo a la normalidad.

—Dudo mucho que mi vida vuelva a ser lo que era, pero igualmente le agradezco el gesto.

Los ojos de la señorita Hagstings se movieron inquietos hacia algo a espaldas de Rebeca. Por un

segundo, esta imaginó que se trataba del duque y su corazón saltó enloquecido dentro del pecho. Pero la persona que pasó de largo por su costado sin apenas detenerse a saludar, no era lord Richmond sino la estirada lady Evelyn Fowler, acompañada por Penélope Waterman y otra joven dama, Alicia, cuyo apellido Rebeca fue incapaz de recordar.

—¡Qué hermosa decoración, señorita Hagstings, cuántas flores! —alabó Evelyn, con exagerados ademanes— Apuesto a que el aspecto del jardín es más delicioso aún. Señorita Donne, lady Rebeca. —Una levísima inclinación de cabeza que por supuesto, Rebeca correspondió—. Celebro verla tan repuesta.

—Estoy segura de que ha pasado meses preocupada por mi estado, lady Evelyn, cómo se lo agradezco —respondió ella, con ironía.

—¿Hoy no asiste nuestro querido duque de Richmond? Es posible que su acompañante del otro día lo mantenga ocupado —aventuró lady Evelyn, entre risitas.

—La señora Rendel es una mujer con muchos encantos, nadie lo culparía —agregó la tal Alicia, con un cacareo.

Rebeca sintió cómo un puño le golpeaba el estómago. ¿Así que la desconocida que le había robado el sueño era, ni más ni menos, que la infame Lita Rendel? ¿Seguían viéndose? ¿El duque la besaba y le prometía una vida juntos mientras mantenía su indecente entretenimiento con aquella mujer casada? Trató de conservar la compostura para no darle a nadie la satisfacción de verla desencajada, pero se sintió morir.

Antes de cubrirse media cara con el abanico y marcharse seguida de las otras dos, lady Evelyn dirigió una intensa mirada de reproche a Anne Hagstings, que la arrugó como papel quemado.

—Creo que no la ha hecho muy feliz encontrarme aquí —comentó Rebeca, convencida de que seguramente, lady Evelyn también albergaba algún interés romántico hacia el duque, como la mayoría de las jovencitas casaderas, y aspiraba a tenerlo solo para ella en aquella fiesta, en la que su presencia suponía un estorbo.

—No le haga demasiado caso, lady Rebeca —la tranquilizó Anne Hagstings—, la mayor parte de lo que dice o manifiesta, no lo piensa. Las dejo un segundo, me llama mi mayordomo. Señorita

Donne, le encargo personalmente que nuestra invitada más querida se sienta a gusto. Disfruten.

Conforme atravesaban la sala decorada con ramilletes de flores blancas y enormes lazadas del color del oro, camino de los jardines desde donde se oía la música, los ojos de Rebeca barrieron sin parar el espacio, esperando, pese a todo, encontrarlo. Sorprendida por tan ansiosa necesidad, herida por lo que acababa de saber, nunca sospechó que el duque le importara tanto. Antes de salir al exterior, la señorita Hagstings regresó con una nota doblada en la mano.

—Me temo que lady Evelyn acertó. Uno de nuestros invitados más esperados acaba de excusarse. Al duque de Richmond le será imposible deleitarnos hoy con su presencia.

Lo anunció sin demasiada pesadumbre y tal cual lo dijo, desapareció de nuevo para atender a otros recién llegados. Pero Rebeca pudo escuchar el crujido de su corazón partiéndose por la mitad bajo las costillas, con la noticia de que él no vendría.

—Lo siento muchísimo —cuchicheó Julianna, cerca de su oído—, supongo que le habría gustado verlo, ¿qué habrá podido retenerle?

Rebeca estiró la espalda e intentó no derrumbarse, sujetando las lágrimas que peleaban por salir.

—Muy probablemente desea hacer honor a su caballería dejándome actuar en libertad con todos estos posibles pretendientes. Recuerde que nuestra divertida apuesta sigue en vigor.

—Ah, cierto. Entonces imagino que es eso, no ha querido importunarla.

—He comprobado que la señorita Hagstings no sabe nada acerca de mi posible compromiso con el duque, no imagina cómo le agradezco que sea tan discreta.

Los ojos verdes de Julianna se abrieron como dos lunas llenas.

—¡Por supuesto que no! Lo que usted me confíe queda en custodia hasta el día de mi muerte, ya se lo dije.

Rebeca apretó su mano, al tiempo que le dedicaba la mejor de sus sonrisas.

—Gracias, señorita Donne. Será que me sorprende comprobar que algunas personas sí cumplen lo que prometen.

Capítulo 36

*La época de que
los problemas caigan del cielo
como lluvia helada, aún no ha llegado.*

No podía decirse que el ambiente en la mansión Rendel fuera el esperado. La casa olía a dolor y a pérdida, pero también a interés, a oro y a sangre derramada en batalla. Los hijos del difunto Nathan agrupados en el gran salón, discutiendo a media voz y, apartada de todos ellos y de sus planes, se encontraba Lita, recostada en una butaca, intensamente pálida.

Cuando el criado anunció al duque y al barón, los Rendel giraron a una sus cabezas, y la viuda saltó de su asiento para darles una anhelante bienvenida.

—¡Mi queridísimo duque! Gracias por venir...

—Duque de Richmond —repitió un joven de entrecejo crispado y enormes manos, que Andrew imaginó, sería el hijo mayor—, es un gran honor conocerlo.

—Lamento mucho su pérdida. Les presento a mi amigo, el barón de Roe.

Augusto inclinó la cabeza, y los cinco hijos Rendel hicieron lo propio.

—Sabemos del gran aprecio que nuestro padre le prodigaba, su excelencia. Gracias por haber venido. El señor Jackman, abogado de la familia.

El hombrecillo inclinó con devoción la cabeza.

—Su excelencia...

—¿Cómo se encuentra la viuda? —quiso saber Andrew, al tiempo que se giraba. Lita se había quedado petrificada en la puerta del salón, sin atreverse a cruzarla.

—La señora se encuentra en perfecto estado de salud —afirmó otro de los hijos, con una voz fría, carente de emoción.

—Excúsenos, se lo ruego. Vamos a confortarla.

No debió de hacerles muy dichosos tanta atención a su madrastra por parte de un personaje socialmente insigne como un duque, pero callaron porque no podían hacer otra cosa. Lita los sacó de allí a toda prisa y los condujo de sala en sala, hasta una pequeña biblioteca que parecía estar en el ala opuesta de la casa. Ordenó té y cerró la puerta.

—Gracias a Dios que has venido.

Augusto carraspeó, molesto, para reafirmar su presencia. Ella lo miró un segundo, sin sonreír.

—Esa manada de buitres carroñeros pretenden dejarme sin un penique. Durante más de ocho años no se han acordado de su padre y ahora les ha faltado tiempo para presentarse aquí con un abogado.

—Bueno, es lógico que se presenten, Lita, su padre ha muerto y hay propiedades y fortuna en juego.

Lita, vestida de negro de pies a cabeza y con el escote más cerrado que Andrew le había visto jamás, lo miró con reproche.

—No hace falta ser cínico, duque, ya sabes a qué me refiero, ese interés paternofilial es tan repentino como imaginario, te lo puedo asegurar.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—No voy a consentir que me echen a la calle como si fuera un perro. He cuidado de su anciano padre todos estos años y no pienso marcharme sin mi bien merecida recompensa. ¿Me ayudarás?

—¿Cómo podría hacerlo?

—No sé, influyendo en sus intenciones, mira como todos se han cuadrado al verte venir. Eres duque, tienes influencias...

Cuanto antes estallara aquella ingenua fantasía de Lita, mejor para todos. Andrew levantó una mano, rogando que no siguiera.

—Lita, seré duque, pero no los conozco de nada, ellos a mí tampoco, es la primera vez que nos vemos en nuestra vida.

—Pero...

—No voy a tratar de convencerlos, no me escucharían y se preguntarían el porqué de mi intromisión. Eso sí, te podré en contacto con mis abogados y ellos harán todo lo legalmente posible por proteger tus intereses. Me temo que el resultado dependerá del contenido del testamento de tu marido.

Lita se dejó caer como una manta de invierno sobre el sofá. Con los ojos irritados de tanto llorar y los puños apretados con rabia.

—Maldito viejo roñoso... Ojalá se hubiese muerto mucho antes.

—¡Señora! —se alteró Augusto— Pueden oírla.

—¡No me importa! ¡Que me oigan! Su aprecio por mí es idéntico al mío por ellos. Ya dan por hecho que odiaba a su padre en vida, cuando no es cierto. Dígame, ¿de qué modo podría defenderme de tan maligna acusación? No soy más que una viuda desamparada contra la que todos dirigen sus dardos.

Su desmedido teatro estuvo a punto de robarle al duque una carcajada.

—Convendría más que parecieras una viuda desconsolada. Quizá así los ablandarías —sugirió, ganándose otra agria mirada por parte de Lita.

—Esos corazones podridos, ávidos de fortuna, no se ablandan con lágrimas. Ni un gramo de esfuerzo pienso poner en recibir lo que por ley me pertenece.

Augusto miró a Andrew con una pizca de desesperación.

—Señora, en caso de que el testamento...

Lita no lo miró siquiera. Se levantó del diván y se arrojó en brazos del duque, sin ningún recato. Él dio gracias al cielo de que el único testigo presente fuese un amigo en el que sin duda, podía confiar.

—No me dejes sola, duque, te lo ruego. Si algo te he importado todo este tiempo...

—Lita, por todos los santos. —Trató de zafarse de su abrazo, con delicadeza y sin ofenderla. Tomó sus manos heladas, las unió y la condujo de nuevo al sofá—. Tranquilízate. Toma algo caliente que te relaje los nervios y métete en la cama. Mis abogados se pondrán en contacto contigo mañana mismo.

—Duque...

Andrew no estaba dispuesto a continuar con aquel bochornoso espectáculo. Ni con toda la comprensión que Augusto fuese capaz de darle. El arrepentimiento por haberse involucrado con Lita le mordía fuerte el estómago.

—Tenemos que marcharnos.

—Duque, no te atrevas a dejarme...

Besó su mano sin darle más respuestas. Su amigo hizo lo mismo, y ambos salieron de la biblioteca, cruzándose con una doncella que venía cargada con los servicios de té.

—La señora está muy afectada. Prepárenle una tisana y asegúrense de que se acuesta y descansa

—indicó Andrew, en un siseo.

—Si, su excelencia.

Una vez en la calle, soltó un resoplido. Augusto le palmeó la espalda dos o tres veces.

—En menudo aprieto te veo metido, camarada —bromeó, tratando de subirle el ánimo, sin saber lo cerca que estaba de la verdad.

Algo así, Andrew no podía tomárselo a mofa.

—Haré lo imposible porque esto no me salpique, créeme.

—Esa mujer está desesperada, si el contenido del testamento de su marido no la beneficia...

—Vendrá a por mí, ya lo sé.

—¿Y en qué puede eso afectar a tu próximo compromiso con lady Rebeca?

Andrew frenó en seco y se lo quedó mirando. Su ilusión por la fiesta de cumpleaños, por verla, por alejar a los caballeros que intentaran cortejarla, se había esfumado. En lugar de eso, estaba emocionalmente destruido, incapaz de ver otra cosa en su futuro, que problemas y densas nubes negras.

—Absolutamente en todo. Bastante reacia es ya a nuestra relación lady Rebeca, como para que Lita Rendel le regale una excusa. No puedo permitir que pase.

Capítulo 37

*Bienvenidos a la eterna desilusión
del amor no correspondido.*

La música debía de sonar maravillosa y los manjares debían de ser exquisitos, a juzgar por el júbilo con que todos bailaban, reían y devoraban el succulento banquete. Para Rebeca, era como estar encerrada en una burbuja con muchas cosas deliciosas alrededor, que no podía tocar, sentir, ni saborear. Comprobó abatida, que no deseaba la atención ni la galantería de ningún caballero que no fuera Andrew. Que lo echaba de menos, que en su presencia todo era muy emocionante. Que por alguna razón que detestaba, la hacía vibrar de un modo mágico y que las mariposas que le hacían sentir sus ojos verdes, se volatizaban si no lo tenía cerca. Que le había regalado sensaciones desconocidas y que no bastaba, quería más, mucho más de aquello que al parecer, solo él era capaz de darle.

Y sin embargo, la única forma de mantener a salvo su arriesgado secreto era no entregando su amor a nadie. Por eso lo odiaba, por haberla enamorado. Rebeca estaba por completo atrapada en una red de la que no sabía escapar.

Pese a lo brumoso de sus pensamientos, fue capaz de darse cuenta de que muchos de los invitados la evitaban. Y en aquella ocasión, no podía culpar a un duque que no había aparecido.

—Señorita Donne, ¿es una figuración mía el modo extraño y evasivo con el que todos me miran?

La pelirroja se puso nerviosa de inmediato.

—Bueno, usted dijo que el duque...

—El duque no está hoy aquí, no hay presión alguna. Actúan así por algo y empiezo a pensar que no es mi apuesta con el duque de Richmond.

Los ojos claros de la joven se llenaron de desconsuelo.

—Oh, lady Rebeca...

—¿Qué ocurre, Julianna? ¿Qué me está ocultando?

—Lady Rebeca, debí contárselo antes, es solo que... solo que...

Rebeca la arrastró a un rincón mucho más privado. Había un banco de piedra y las protegía la sombra de un árbol. Abrió su sombrilla de encaje y la usó de parapeto contra las miradas curiosas. Julianna se retorció las manos sin parar.

—¿Qué?

—No pensé que serían capaces...

—¿Capaces de qué? ¿Quién?

—Oh, esto es terrible, lady Rebeca, espantoso.

Rebeca dejó de presionarla porque vio lágrimas correr mejillas abajo. En lugar de transmitirle su angustia a Julianna, le concedió unos segundos para que se recompusiera. La veneciana se secó la cara con la punta de los dedos.

—Es espantoso a donde pueden llegar esas diabólicas mujeres.

—Supongo que imagina que no sé de qué me habla.

—Desde luego. Usted es de todo punto inocente. Es evidente que ha notado cierta frialdad hacia su persona, tanto en esta reunión como en el baile de lady Margaret Grant.

—Digamos que no han sido todo lo calurosos que cabía esperar dadas las circunstancias, hace casi dos años que no acepto invitaciones, y a la mayoría no los veía desde el funeral de madre.

La señorita Donne tomó aire y de paso, valentía suficiente para revelar lo que llevaba escondido y que tanto le quemaba.

—Circula un rumor... en realidad nació como un chisme absurdo al que parecía imposible dar credibilidad, pero se ha ido extendiendo...

Rebeca empezó a temerse lo peor. Su cuerpo se enfrió de golpe y por un instante, las imágenes ante sus ojos se volvieron borrosas.

—¿Me... afecta?

—Desde luego que sí, lady Rebeca, la afecta directamente.

—Por amor del cielo, Julianna, va usted a conseguir que me dé un ataque.

—Lo sé, lo sé, disculpe, no acierto a ordenar estas ideas mías. Es todo tan atroz y tan... Se rumorea que lord Walsh dejó de cortejarla...

—Lord Walsh, jamás en toda mi vida me ha cortejado, que yo sepa.

—Pues aseguran que sí y que si se retiró fue porque sospechaba que el fallecimiento de su madre... —Ahí volvió a atascarse. Rebeca aguardó con impaciencia a que se rehiciera— no había sido... no había sido tan pacífico y natural como se pretendía aparentar.

En ese segundo, el corazón de lady Rebeca dejó de latir. No podía ser verdad lo que estaba oyendo. Semejante monstruosidad no podía ser cierta. Sus piernas se volvieron débiles, incapaces de sostenerla, de haber estado en pie. La señorita Julianna pareció adivinarlo y la sujetó con un brazo antes de que se desplomase.

—¿Están tratando de insinuar que... que alguien mató a mi madre?

Cuánto le costó pronunciar aquellas palabras tan crueles. Sus ojos buscaron los de Julianna para interpretar sus silencios. Dos perlas verdes como la hierba en verano, que miraban con angustia contenida y tremendo pesar.

—¿Acaso piensan...?

—Lo sé, es horrible, espantoso.

Rebeca miró alrededor. De repente, la luz se abría paso en su adormilado cerebro y entendía las insinuaciones de lady Margaret, el que ningún caballero le hubiese pedido un baile, los desplantes de lady Evelyn, que ninguna dama se hubiera acercado ni siquiera a saludar...

—No puede ser que imaginen que yo tenga algo que ver...

—No la conocen, lady Rebeca, para ellos es fácil creer cualquier historia pavorosa. En realidad, cuanto más truculenta, mejor...

—Por amor del cielo, aunque no me conozcan, conocían a mi madre, yo siempre estaba a su lado. Si acudíamos a una fiesta o un baile, íbamos juntas...

Se le quebró la voz en un sollozo, sin importarle que la vieran. La señorita Donne la abrazó para darle consuelo.

—Cualquiera podía ver lo mucho que nos amábamos.

Todo alrededor había perdido brillo, como si una niebla cremosa apagase el color de la pradera y la luz de las flores. Las figuras de los invitados de Anne Hagstings, a lo lejos, se desdibujaron.

—¿Se encuentra bien? No me responda, es una pregunta estúpida —gimió Julianna, con la voz entrecortada.

—Necesito salir de aquí. Sáqueme de aquí, se lo ruego. Tengo al cochero esperando en la puerta.

—Si bajamos por la escalinata, iremos directamente a la entrada.

—De acuerdo —Rebeca consiguió ponerse en pie, tambaleándose—, hagámoslo.

—¿Sin despedirnos de la señorita...? De acuerdo, sin despedirnos de nadie.

Rebeca todavía temblaba cuando se acomodó en el coche, después de convencer a la señorita Donne de que la acompañase a Amschel House y se quedara a pasar la noche.

—No la dejaré sola, esté segura de ello —prometió la veneciana, con cariño.

De repente, todo lo que Rebeca podía hacer, era llorar a borbotones. Algo insólito que su habitual dureza, normalmente, le impedía. Solo recordaba haber llorado con la muerte de sus padres y cuando la separaron de Simon.

Quería agradecerle a Julianna su compasión, que a pesar de no conocerla apenas, hubiese dado un salto de fe en su favor, en lugar de dejarse llevar por el horrendo poder del rumor. Pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta.

—¿Cree que el duque también haya oído...?—preguntó la señorita Donne, con un hilo de voz.

Rebeca no supo qué responder. Era probable, sí. Cuando un chisme malévolo corría de boca en boca, no se detenía ante la puerta de nadie. Entonces, una aguda punzada le atravesó el pecho, otra pregunta más aterradora aún.

—¿Podría ser esa la causa por la que ha cancelado su asistencia a la fiesta de cumpleaños? ¿Para evitar encontrarse conmigo?

Julianna Donne no había visto al duque en toda su vida, ¿cómo iba a tener una respuesta para aquello? Se contentó con tomarle las manos a su amiga y apretarlas transmitiéndole fuerza y calor. Así se mantuvieron hasta que el carruaje se detuvo en la puerta de Amschel House.

El ama de llaves aguardaba con excitación, noticias acerca de las primeras salidas de su señorita tras el luto. Verla llegar en aquel estado era lo último que esperaba.

—¡Milady! ¿Qué ha ocurrido?

—Está conmocionada —explicó Julianna—, por favor, necesita una buena chimenea y algo caliente.

Diez minutos más tarde, estaban las dos acomodadas en el salón verde, el favorito de lady Stone. Con Amelie de pie frente a ellas, observando con desasosiego.

—Toda esa gente especulando cosas espantosas sobre mí a mis espaldas, y yo acudiendo al baile de lady Margaret y a la fiesta de hoy, a ciegas, como un cordero al matadero... —sollozó Rebeca, cubriéndose la cara con vergüenza.

—¿Quién ha sido el responsable de semejante infamia? ¿De dónde ha salido algo así? —siseó Amelie, contenida.

—Creo... creo que...

Indiscutiblemente, la señorita Julianna tenía la respuesta, aunque no se atrevía a manifestarla.

—Dígamelo —suplicó Rebeca—, necesito saberlo o nunca se hará justicia.

—Lady Evelyn tiene algo que ver. Por lo visto, lord Walsh...

—¡Oh, ese hombre arrogante y malvado! —explotó Amelie, ofuscada hasta el punto de interrumpirla— Lady Stone lo detestaba.

—Él debió de insinuárselo a lady Evelyn y...

—Ella le dio todo el crédito que la calumnia merece —resumió Rebeca, con amargura.

—Su comentario fue tan superficial, estoy convencida de que ni siquiera era consciente de la gravedad de sus consecuencias.

—Por todos los santos, ¿cuántas personas estaban presentes?

—Ese día, en casa de la señorita Hagstings, solo Penélope Waterman. Pero me temo que el rumor se ha extendido como la pólvora.

—Que Dios los perdone —murmuró Amelie, con los ojos húmedos—, han cometido un pecado terrible.

Las doncellas sirvieron tisanas calientes y en un buen rato, nadie fue capaz de despegar los labios. Pero a medida que transcurrían los minutos, Rebeca notó que algo en su interior se removía con fiereza, hasta reunir ganas de arrojar la taza contra la piedra de la chimenea. Si su primera reacción a la acusación había sido desmoronarse, ahora lo que la movía, era la furia y una incontrolable sed de venganza.

—¡Voy a matarlo!

Se puso en pie de un salto, con la taza aún milagrosamente en las manos. Tanto Julianna como Amelie, la miraron aterrorizadas.

—¿A quién se refiere, lady Rebeca? Cálmese, se lo ruego.

—A lord Joseph Walsh. Se retractará de ese invento perverso, o juro que soy capaz de cualquier cosa.

Capítulo 38

*Salvar el honor de una dama
no es tan sencillo como
pueda parecer a primera vista.*

Pocos ciclones habrían avasallado la casa y al servicio de lord Walsh, como lady Rebeca Percy entrando sin esperar a ser anunciada y sin que la acompañase nadie.

—¿Dónde está?! ¿Dónde se esconde?

Fue abriendo una a una todas las puertas que se encontraba, por completo enloquecida. Pensar en educación, cortesía y buenos modos, era lo último que pasaba por su cabeza en aquel momento. Jamás había estado tan furiosa, se había desatado en ella una ira imposible de aplacar.

Salvo que diera con el miserable causante de toda aquella catástrofe.

—Lady Rebeca... el señor... —el mayordomo de Walsh corría tras ella sin conseguir frenarla—, el señor se encuentra...

Rebeca abrió una puerta doble al final del pasillo. Dentro, Joseph Walsh con un libro en la mano, la miró con espanto. Ella respondió con un gesto intimidante.

—En su estudio —acabó el mayordomo, por completo superado.

Walsh hizo una leve indicación con los ojos.

—Está bien, Albert... puede marcharse. Traiga té para lady...

—Puede ahorrarse el té, Albert —repuso hosca—, con que nos deje solos, basta.

El mayordomo más dos doncellas que habían acudido a curiosear el revuelo, cerraron la puerta con torpeza y caras de pánico. Rebeca apostaba medio Amschel House a que se quedaban escuchando. Mejor, mucho mejor, cuanta más gente supiera de aquello, más le convenía. Dio un paso adelante y Joseph Walsh dio otro exactamente en la dirección opuesta. Las manos que sujetaban el libro, temblaban con violencia.

—Veo que no se sorprende de verme, quizá adivina el motivo de mi visita y también el de mi furia.

—Lady Rebeca, se lo ruego, cálmese...

—Es usted un gusano, bastardo infame, ha arrastrado la memoria de mi madre y el apellido de mi familia por el fango, merece el peor de los castigos.

—Podemos... hablar con calma. Yo no... no era mi intención...

—¿Cómo se atreve a insinuar siquiera que tuve algo que ver en la muerte de mi madre? ¿Cómo se atreve?

—Lady Rebeca...

—No ose hacerse el ofendido, si mi madre estuviese viva no se habría atrevido a inventar semejante mentira, ¿acaso imaginó que porque yo era joven y estaba desprotegida iba a poder calumniarme sin consecuencias?

Dio otro paso firme, y a Walsh se le cayó el libro de las manos. Cruzó la biblioteca y fue a ponerse a salvo tras un sofá de terciopelo morado. Si alguna vez, en algún baile, aquel hombre le había dado una buena impresión, ahora Rebeca lo miraba y solo veía una rata asustada que no sabía dónde meterse.

—Ha sido todo un malentendido —tartamudeó— ¡Un error! ¡Un error lamentable! Serénese, ¿Qué le parece si dejamos pasar el tiempo, lady Rebeca? Al final la gente se olvida...

—Seguramente no pensaba que vendría a enfrentarme a usted, ni a pedirle explicaciones por su pecado. ¿Después de haberme matado, ahora me pide que limpie mi propia sangre? Es indigno.

—¡Estaba bebido! —reconoció al fin, cubriéndose la cara con las manos.

—¡Eso no es excusa, maldita sea!

La blasfemia debió de ponerle los pelos de punta.

—Lady Rebeca, ¿qué modales son esos?

—¡Los de una mujer sola, sin un padre o un hermano que la defiendan de abusos e injusticias como esta! Y no me desafíe, porque soy capaz de cosas que usted no es, siquiera, capaz de imaginar.

— ¡Estaba bebido y despechado! ¡No sabía lo que decía! —sollozó— No era mi deseo perjudicarla de ese modo, lo juro. Me arrepiento, ¡no sabe cómo me arrepiento!

Rebeca lo miró con absoluto desprecio y quizá, con un poco de compasión. Un hombre lastimoso y vacío que no tenía nada que ofrecer y que posiblemente, jamás en toda su vida sería feliz.

—Mi madre lo desaprobaba, sospechaba que no era un hombre honorable, por eso impidió que me pretendiera. Y claro, usted tenía que vengarse del peor modo posible.

—Lo siento, fue un error injustificable y terrible, lo siento.

—¿Rectificará?

Walsh hundió la cabeza contra el pecho, desalentado y abatido, pero no dio la respuesta que Rebeca había ido a buscar. La joven avanzó envalentonada hacia donde él se encontraba.

—Le he hecho una pregunta: ¿rectificará?

Lentamente, lord Joseph Walsh levantó los ojos. Estaban húmedos y llenos de remordimiento y de miedo. Y a pesar de ello, su reacción aplastó cualquier destello de esperanza que lady Rebeca pudiera albergar.

—No puedo rectificar en público algo que comenté en privado.

Sin pedir permiso, el puño de la joven salió disparado hacia su ojo y se estampó contra su cara con la mayor potencia. La cólera que hacía hervir su sangre evitó que Rebeca sintiera dolor, aunque Walsh cayó de rodillas aullando, cubriendo con sus dedos pálidos la zona lastimada. La joven lo miró con aborrecimiento antes de dar media vuelta y marcharse de allí.

—Es usted un patético cobarde y no pararé hasta hacerle pagar por lo que ha hecho. Buenos días. Tenga en la vida la suerte que se merece.

Cuando salió a la calle, con la respiración entrecortada, el corazón al galope y los ojos inundados de lágrimas, Rebeca solo quería subir a su carruaje y volver a casa, a esconderse para siempre. De no haber ido tan trastornada, habría hecho caso de aquella sensación extraña que la asaltó, la de estar siendo vigilada. Pero en lugar de escucharla, hizo como si el hormigueo que le corría por

los brazos no existiera. Poco podía imaginar que alguien estaba al otro lado de la calle, viéndola abandonar la mansión de lord Joseph Walsh, y sacando conclusiones.

Capítulo 39

*Sacar conclusiones precipitadas
puede conducirnos al borde
del precipicio.*

Ardía. Por dentro, todo su ser era un incendio imposible de sofocar.

Rabia, indignación y un sinfín de preguntas que solo Rebeca podía responder. Sí, en su día, Andrew también oyó rumores acerca del cretino de Joseph Walsh persiguiendo a lady Rebeca de baile en baile, como un perillo hambriento, en una bochornosa pantomima que solo los tontos interpretaron como cortejo, ya que ella no mostró jamás el menor interés por el caballero. Sin embargo, debía de haber alguna razón imperiosa por la que ahora había arriesgado su reputación visitándolo a solas, sin compañía; él mismo la había visto salir de la casa de Walsh en Londres.

¿Acaso trataba de renovar sus esperanzas románticas, de reavivar lo que un día hubo? ¿Tanto era su afán por huir de él, que estaba dispuesta a dejarse pretender por semejante majadero? Con el extremo del bastón, Andrew golpeó el exterior del carruaje, indicando al cochero que apretara el paso.

Devorado por la impaciencia.

Seguir posponiendo el anuncio del compromiso no sería más que un enorme descuido por su parte. Amaba a Rebeca y si no quería perderla, con tanta demora corría riesgos absurdos. En tanto él siguiera adelante con el matrimonio, ella estaba obligada a seguirlo. Aunque...

Engañarse a sí mismo era irracional. Forzarla a casarse no era lo que tenía en mente, él deseaba su amor libre y sincero, que lo buscase inflamada de deseo, que sentir sus caricias fuera lo más importante de su día. Ver correspondidos sus sentimientos, esos que hasta ahora había preferido negarse, con la misma ferocidad con que los sentía. Ahí, abrasándole el alma.

El coche frenó a la puerta de Amschel House y el duque saltó antes de que se detuviera del todo. En menos de cinco minutos estaba ante su supuesta prometida, en el saloncito donde las madres de ambos solían reunirse. Cuando Rebeca se giró a mirarlo con expresión atormentada, sus mejillas estaban pálidas como el mármol, sus ojos azules sin brillo, del color de los sueños rotos. Sin embargo, y sin pretender ser arrogante, el duque diría que al verlo, titilaron con un pequeño destello.

—Duque, no esperaba tu visita hoy. —Lo recibió con educado distanciamiento— ¿Puedo saber qué se te ofrece?

Andrew calculó mil maneras de abordar aquel incómodo interrogatorio. Ninguna le parecía honrosa, se encontraba en mitad de un temible ataque de celos, y nada bueno cabe esperar de un hombre en tal estado.

—¿Considerarías poco caballeroso preguntar en qué has empleado tu tiempo esta mañana? ¿Has salido quizás?

Rebeca lo miró, desconcertada. A diferencia de otras visitas, en las que el duque buscaba su cercanía, esta parecía tan protocolaria y rígida que daba risa. Se había quedado de pie justo delante de la puerta cerrada, sin avanzar y sin sentarse.

—No —musitó tras una breve pausa que incrementó la irritación de Andrew—. He leído y montado a caballo aquí mismo, dentro de la finca.

—En ese caso, es probable que esté en un error. ¿Acaso no has visitado la mansión Walsh? ¿Es posible que la hayas abandonado aproximadamente a las once horas y quince minutos?

Rebeca pestañeó confusa. El duque no parecía furioso, ni siquiera contrariado, solo su voz dura, fría como el hielo, y el músculo que palpitaba en su mandíbula, denotaban tensión.

Andrew respiró hondo. ¿Qué haría ella a continuación? Seguir negándolo o...

—¿Ahora te dedicas a espiarme?

—La casualidad juega a veces muy malas pasadas. Y casualmente —remarcó la palabra—, hoy me encontraba en Londres.

—De acuerdo, confieso. He visitado a lord Joseph Walsh esta mañana.

Él se sorprendió de que lo admitiera con tanta tranquilidad.

—¿Vuelvo a ser muy osado si pregunto a qué se debe tan inapropiada conducta? Visitar a un caballero soltero, a espaldas de tu prometido. Y sola, Rebeca, porque ibas sola.

Rebeca apretó los puños. Ahora, la rabia impregnaba sus palabras.

—¿Te parece suficiente motivo defender mi honor y mi reputación?

—Eso es precisamente lo que has puesto en riesgo dejando que más gente, aparte de mí, te vea salir sin compañía de su casa.

Rebeca le mantuvo firme la mirada. Preguntándose por qué Andrew no era capaz de ver su infinita tristeza.

—No sabes lo que dices. No ha ocurrido absolutamente nada que pueda reprochárseme.

—Si no te importa, preferiría juzgar por mí mismo. Todo tiene un límite, y me temo que con esto hemos alcanzado el de mi paciencia.

—No voy a contentarte, duque. Soy libre de entrar y salir cuando guste, que yo sepa, aún no soy una mujer casada. Ni siquiera prometida. Y te recuerdo que dispongo de todo un mes para encontrar mejores opciones.

Al detectar resentimiento en su voz, Andrew se sacudió. Toda la frustración y la furia que retenía en su interior explotó en sus ojos. Aquella mujer y su osadía lo sacaban de sus casillas. Soltó un bufido.

—Así que eso es lord Joseph Walsh a tus ojos, una posible opción más. Pues lamento aclarar que comportamientos tan inadecuados como este, no se incluyen en nuestro acuerdo. Hablamos de fiestas, bailes y reuniones sociales, encuentros inocentes con los que convencerte de que, sin duda, soy el mejor pretendiente.

—Qué arrogante, señor —lo desairó ella.

El duque hizo como si no la hubiese escuchado.

—Pero ¿visitar a un caballero a solas y en su casa? Algo así no pienso tolerarlo.

Rebeca se levantó de la silla donde estaba sentada y con total indiferencia, caminó hacia el piano, abrió la tapa y empezó a tocar. Una pieza complicadísima, que seguramente, requería de toda su

concentración.

—¿Tienes algo con Walsh? —preguntó Andrew, sin moverse del sofá.

Ella tardó bastante en frenar sus dedos sobre las teclas.

—Eso no es de tu incumbencia, te repito que no soy tu esposa, tampoco tu prometida.

—Si eso es lo que te inquieta, le pondremos pronta solución: la semana próxima anunciaremos el compromiso y fijaremos la fecha de la boda.

Lady Rebeca abrió mucho los ojos, la boca, no dijo nada, y volvió a tocar. Sus esbeltas manos revoloteaban ágiles sobre el teclado hasta que de repente, pararon con un golpe.

—Tenemos un acuerdo —le recordó, con ansia.

—Que por razones obvias me obligas a no respetar.

—Y mi luto...

—Tu luto ya se prolonga demasiado, ni lady Stone estaría de acuerdo. Basta de impedimentos, Rebeca, basta de desafiarme con tu proceder, y basta de desprecios. No pienso permitirte ni uno más.

En lugar de amedrentarse como Andrew esperaba, Rebeca levantó la barbilla y lo miró de frente, en un claro gesto de provocación.

—Ya veo dónde quedó el dulce duque que pretendía ser romántico. Era solo una fachada falsa para seducirme. En realidad eres un hombre autoritario y antipático que impone su voluntad sin importar nada más. ¿Así piensas ganarte mi corazón?

No, desde luego que no, pensó Andrew, así no. De haber podido elegir, lo habría ganado a base de ardientes besos, de caricias tan infames que lo habrían llevado preso. Luchó contra el nudo que le apretaba la garganta. Lo asustaban, tanto la velocidad a la que su corazón latía, como la desesperada y creciente necesidad de estrecharla entre sus brazos y devorar su boca hasta robarle la vida.

Sin embargo, en lugar de ceder a sus instintos, mantuvo aquella coraza de hombre insensible y canalla que tanto le costaba.

Ella se puso en pie, y él estaba a su lado, muy cerca, demasiado cerca de su cuerpo, antes de ser

consciente de que se había movido. Sus manos buscaron el talle femenino, se anclaron a su cintura, y la atraieron con hambre demoledora.

—Lord Richmond, quítame inmediatamente las manos de encima.

No lo hizo. Y ella no forcejeó para liberarse.

—Me he cansado de ser paciente —susurró junto a su cuello—; solo por respeto a la memoria de tu madre, quise que te sintieras cómoda. Quede claro que no tengo ninguna intención de enamorarme de ti. Aunque nos casemos, no voy a controlarte, no voy a pedirte nada, harás lo que quieras, igual que ahora, irás y vendrás donde te plazca, ambos gozaremos de total libertad, porque esto no es más que un acuerdo en nombre del afecto que sentíamos por lady Stone.

En ese doloroso momento, Rebeca entendió que no tenía derecho a reprocharle su relación con la señora Rendel. Que la amase, que asistiera con ella a fiestas, que gozase de los placeres de la carne entre sus sábanas. Y solo quiso llorar.

—No tienes por qué sentir ningún miedo—prosiguió Andrew, junto a su oído—. Nos casaremos, en sociedad nos comportaremos como el matrimonio idílico que Londres espera, y en la intimidad seremos discretos con lo que quiera que hagamos. Deseo que queden claras las condiciones, porque no pienso volver a discutir las. Este tema ya me aburre.

Entonces, contradiciendo los dictados de su corazón, el duque se alejó. Sus manos se distanciaron de la deliciosa cintura, con ganas de morir allí mismo, a los pies de Rebeca. A pesar de su coraje y su evidente habilidad para el debate, ella fue incapaz de replicar. Por un instante, Richmond pensó que rompería a llorar y si lo hacía, él no podría reaccionar de otro modo que abrazándola de nuevo, esta vez para darle consuelo, confesando que su arrebató no eran más que celos y el tono despectivo de su voz, puro teatro.

Pero lo que fuera que estaba sintiendo, Rebeca consiguió retenerlo sin exteriorizar la menor emoción.

—¿Está seguro que todo esto es únicamente por la visita a lord Walsh?

—Lord Joseph Walsh es para mí, una mota insignificante de arena en mitad de un camino. Es tu comportamiento; conducirte con discreción y respetar nuestro compromiso, parece traerte sin

cuidado.

Andrew deseó haber puesto la suficiente dosis de desprecio en el tono al mencionar a su rival, que quedase bien claro que no consideraba a Walsh una amenaza. Sacudió la cabeza a modo de saludo formal, y se dispuso a irse.

—No comprendo que aún desees casarte conmigo. —Oyó a sus espaldas.

Respondió sin girarse, sin mirarla de nuevo, sin querer ceder a la tentación de correr hacia ella y estrecharla fuerte contra su cuerpo, arrancando su melancolía y todo aquello que le impedía brillar. Dejando vivo solo un intenso amor por él, que ni siquiera sabía si existía.

—Tú misma has dicho que no ha ocurrido nada que pueda reprochársete. Solo trato de anticiparme a la posibilidad de que suceda.

Capítulo 40

*Nada como abrir
los ojos y caer en la cuenta
de lo confundido que has estado.*

El duque regresó a Conventwood y se encerró en su estudio como una fiera enjaulada. Iracundo. Preguntándose si había hecho bien imponiéndole a Rebeca un matrimonio que quizá no deseaba, en lugar de abrirle el corazón y confesarle lo que sentía por ella. Un segundo más tarde cambiaba de opinión, rabioso porque además de haberle faltado a la consideración viéndose con otro hombre a solas, su prometida tuviera la desfachatez de sentirse insultada. Le costaba encontrar lógica a las cosas, estaba seguro de que ella no sentía nada por el insípido lord Walsh, de otro modo, cuando su madre aun vivía, habría alentado el cortejo, cosa que al parecer, no hizo. Pero si Rebeca arriesgó su buen nombre yendo a buscarlo, es que estaba desesperada por encontrar un sustituto que la librase de convertirse en duquesa de Richmond.

¿Por qué? ¿Qué era lo que le provocaba tanto rechazo? Ciertamente que podía haber opciones más convenientes, pero... ¿Joseph Walsh?

El señor Carson se cansó de golpear educadamente la puerta del estudio y terminó empujándola, seguramente para comprobar que el duque seguía vivo.

—Señor, acaba de llegar una carta de la señora Rendel.

Lo que faltaba. Andrew extendió la mano para tomarla, deseando tirarla a la chimenea sin abrir. Su estúpido sentido de la filantropía no se lo permitió.

—Y la señorita Hagstings, lady Evelyn Fowler y la señorita Donne aguardan para verlo.

«¡Cielos, qué multitud!»

—¿A mí?

—Sí, señor. Afirman traer un asunto relacionado con lady Rebeca Percy. Lo esperan en el

saloncito de música.

—Iré en un instante, Carson. —Fingiéndolo normalidad, rompió de un tirón el sello de lacre—. Por cierto, dígame, ¿cuántos días necesitaría para organizar un gran baile?

El mayordomo pareció sorprenderse.

—¿Aquí, en Coventwood?

—Sí, al objeto de anunciar mi compromiso con lady Rebeca. Que sea cuanto antes, Carson, por favor. Y con asistencia de toda mi familia. Encárgate de avisarlas.

El duque no observó la reacción de su mayordomo porque estaba leyendo la carta de Lita. Pero su sospechoso silencio lo impulsó a levantar los ojos. Se encontró con un rostro turbado y pálido.

—¿No le hace feliz que por fin haya decidido casarme?

—Lo que usted diga, señor. —Carson bajó la cabeza sumiso, y escondió la expresión de su rostro—. Me reuniré con la señora Pillow para revisar los preparativos.

—Encárguese de que esa ama de llaves nuestra no escatime en gastos. Quiero algo fabuloso que Londres tarde en olvidar y sobre todo, que le quite a mi madre de la cabeza la idea de organizar ella, los preparativos de la boda.

—Lo que desee el señor.

De no haberse agitado tanto con las peticiones de Lita, al duque le habría preocupado la extraña conducta del señor Carson. Pero su torturada mente no podía estar en dos sitios a la vez. El mayordomo lo dejó solo, y él volvió a repasar las breves aunque inquietantes líneas.

«Los perversos hijos de Nathan han logrado dejarme sin nada. Mi horrible marido ni me menciona en su testamento. Te necesito más que nunca, Andrew, por favor, ven a verme. Me hospedo en el hotel St. James, en Londres. Date prisa, no puedo esperar»

Andrew se llevó la mano a la cara y con los dedos pulgar y corazón presionó sus sienes. Sintiendo mucho, Lita Rendel y sus intereses económicos tendrían que esperar. En la sala de música lo esperaban tres jóvenes damas con cierta relación con lady Rebeca, que quizá, solo quizá, traían mejores noticias.

Se pusieron de pie al verlo entrar y él saludó acercando los labios a sus nudillos enguantados, una por una, sin rozarlos.

—Siéntense, por favor.

—Su excelencia, disculpe la intromisión, presentarnos aquí sin anunciar la visita cuando ni siquiera hemos sido formalmente presentados... —empezó la señorita Hagstings, quien tenía, visiblemente, muchos alegatos pendientes. En ese momento, lady Evelyn Fowler rompió a llorar con desconsuelo.

El duque la miró atónito.

—¿Qué le ocurre? —preguntó a las otras.

—Está profundamente arrepentida por algo que ha hecho —aclaró la señorita Donne, sin que en realidad, nada quedase demasiado claro.

—¡Soy una persona horrible! —gimió lady Evelyn, cubriendo parte de su cara con un enorme pañuelo— Mi comportamiento ha sido tan... tan...

—Se trata de lady Rebeca —interrumpió la señorita Donne.

El duque agradeció en el alma su carácter franco y directo, y que le facilitase ir comprendiendo algo. Como ignoraba si ellas estaban o no al tanto del compromiso matrimonial, Andrew prefirió no mencionarlo y actuar como si Rebeca Percy fuese simplemente, una querida amiga de la familia. Pero el tono afligido de la joven pelirroja consiguió intranquilizarlo.

—¿Acaso le ha ocurrido algo?

—Sí, señor, le está ocurriendo algo aterrador. Lady Rebeca está en boca de todos y no precisamente por una buena causa.

El llanto de lady Evelyn se hizo aún más intenso y ruidoso. El duque agitó en el aire una mano para frenar la explicación, y llamó a su mayordomo.

—Señor Carson, ordene una tisana tranquilizante para lady Evelyn, té para las señoritas y por favor, no se marche, puede que lo necesite.

El señor Carson conocía al duque desde bastante antiguo y lo suficientemente bien, como para

percibir su agitación con solo escucharlo. Lord Richmond acababa de rogarle que por lo que más quisiera, no lo dejara solo.

—Disculpe, señorita Donne —prosiguió—, por favor, le ruego que continúe.

Julianna Donne miró con recelo al mayordomo, pero debió concluir que si el duque tenía en él plena confianza, ella podría despacharse a gusto, aún teniéndolo presente. Anne Hagstings aprovechó la pausa para intervenir con voz estrangulada.

—Circula un venenoso rumor acerca de la muerte de su madre...

—¿En qué sentido?

—Las murmuraciones son insidiosas. Afirman que la muerte de lady Stone quizá no se debiera a causas naturales —indicó Julianna Donne.

Antes de que la señorita Donne acabara la frase, la señorita Hagstings se ahogó en un sollozo que obligó al duque a sacar el pañuelo y ofrecérselo. Miró de hito en hito a las dos jóvenes que lloraban a dúo, una a cada lado de la señorita Donne, la única que se conservaba entera y trataba de explicarse.

—¿Qué majadería es esa? ¿Y qué más?

Las tres señoritas apretaron los labios hasta convertirlos en delgadas ranuras. Ninguna alcanzó a hablar, y el ruido de las dos que lloraban acabó convirtiéndose en un delicado murmullo.

—No se habrán atrevido a mezclar a lady Rebeca en semejante abominación... —empezó a adivinar Andrew. La señorita Donne asintió con la cabeza.

—Eso es precisamente lo que el rumor afirma, que tuvo algo que ver.

—¿De dónde diablos ha surgido esa infamia? Y disculpen mi forma de hablar pero... ¡Es impensable!

—El origen de una calumnia de esa entidad es difícil de determinar, señor —indicó la señorita Hagstings, entre hipidos—. Cada persona que lo escucha añade su propio parecer y al final...

Como venía siendo costumbre, la señorita Donne resultó mucho más resolutiva.

—Le ruego dispense no habernos detenido en prolegómenos, se lo hemos contado todo así, de la forma más cruda y menos enrevesada. Pero es que lady Rebeca ha ido a enfrentarse a lord

Walsh...

—Lord Joseph Walsh —gimoteó Anne Hagstings. Lady Evelyn la secundó con un cabeceo y los ojos de nuevo encharcados.

—Y nos tememos lo peor. Tiene usted que protegerla, aconsejarla, evite que cometa una locura. La luz empezó a abrirse paso entre los enmarañados pensamientos del duque.

—¿Acaso lord Walsh está implicado en...?

—Sí, su excelencia. Según parece, puso el hecho como justificación de su renuncia a cortejar a lady Rebeca. El espeluznante hecho que nadie puede probar.

—¡Señor Carson!

El mayordomo acudió al instante.

—¿Sabe algo acerca del calumnioso rumor que vincula la muerte de lady Stone con su hija?

El anciano tragó saliva con dificultad. Unas cuantas veces.

—¡Carson!

—Me temo que algo he oído, señor —admitió al final con muchísimo esfuerzo.

No podía ser cierto. El duque se preguntó dónde había estado él todo aquel tiempo, y desde cuándo su mayordomo sabía más de los chismes que circulaban por los salones de baile y reuniones sociales, que él mismo.

—Ya sabe, señor, las paredes oyen, un criado se lo cuenta a otro criado y ese a otro...

—Ahórrese la interminable cadena, Carson, se lo ruego.

Ahora lo entendía todo. Rebeca abandonando la mansión Walsh angustiada y trémula, después de pelear por defender su bien máspreciado. Y él había sido tan necio como para confundirlo con un coqueteo irrespetuoso y se lo había reprochado. Trató de mantener la calma delante de las damas, aunque por dentro ardía de cólera.

—No tienen de qué preocuparse. Lady Rebeca Percy es alguien muy querido en esta familia, me haré cargo personalmente del asunto. Les agradezco que hayan venido a alertarme, esto es muy grave.

Como remate a sus amables palabras, lady Evelyn dejó escapar un suspiro capaz de derrumbar

las paredes de Coventwood. Y acto seguido, volvió a llorar.

Capítulo 41

Tristes conclusiones.

Rebeca Percy se encerró en su habitación para no ver a nadie y para que nadie la viera. Lo único que le faltaba a su atormentada vida era aquel enfrentamiento con el duque, sus imposiciones fuera de lugar, su tono afilado como cuchillas y su furia. Porque definitivamente, estaba enfadado. Enfadado con ella.

En apariencia, el origen de su disgusto era haberla cazado saliendo de la mansión Walsh. No había hecho referencia alguna al calumnioso rumor en circulación, aunque a ella le costaba creer que un hombre de mundo como lord Richmond, no hubiese oído nada. Solo se le ocurría pensar, que su entorno más cercano, sospechando de un posible vínculo con ella, hubiera desviado la atención para impedirle el tormento.

—¿Milady?

Era la tercera vez en menos de dos horas, que Amelie llamaba a su puerta.

—Estoy bien, Amelie, no te preocupes.

Aunque la falta de energía en su voz y el que arrastrase las palabras, indicaba con claridad que estaba muy lejos de ser cierto.

—¿Pero tiene fiebre? ¿Se siente mal? ¿Quiere algo de comer?

—Solo quiero estar a solas y pensar, Amelie, te lo ruego. Prepara té, si eso te apacigua.

Lo prefería, pensó: un duque furioso que la detestaba y le dibujaba un futuro matrimonio desprovisto por completo de cercanía, confianza y amor. Valiéndose de la mala imagen que ahora tenía de ella, aún cabía la posibilidad de convencerlo para que rehusara. Y de no conseguirlo, al menos, si él dejaba de importarle, si su unión no existía más allá de una fachada

falsa, ella no tendría que revelarle su pasado.

Al parecer, no pensaba que fuese una asesina, no todavía.

Se sentó en el tocador, delante del espejo que le devolvió la imagen de una joven destruida. Sin rastro de color en las mejillas, aquella piel de alabastro hacía que su cabello oscuro pareciera más negro que nunca. Pura tinta. Sus ojos azules, tristes y apagados. Algo le dolía en medio del pecho.

¿Qué hacía con todo aquello que guardaba tan cerca del corazón, con lo que fue creciendo, con lo que había llegado a sentir por él? ¿Con la angustiosa necesidad con la que deseaba tocarlo? ¿Cómo olvidaba el modo en que el aire se volvía cálido en su presencia y el ardor con el que deseaba sus besos?

Cerró los ojos para retener la lágrimas.

Iba a tener que enterrarlo allí donde no estorbara. Rendirse a la certeza de que sentir el amor, no estaba escrito en su sombrío destino.

Capítulo 42

*La justicia por mi mano.
Dulce néctar de los dioses.*

El duque hizo uso de toda su paciencia disponible hasta que la señorita Hagstings y lady Evelyn se calmaron, y pudieron marcharse. Al salir se cruzaron con Augusto, que también había decidido que aquel era el mejor día de visita. Al duque no se le pasó por alto la mirada larga e intencionada que su amigo le dedicó a la señorita Donne, conforme saludaba.

—Mi querido duque, hoy has superado todas mis expectativas. ¿No se supone que te corresponde a ti, como hombre soltero, cortejar a las damas? Veo que tres de ellas han venido a rendirte pleitesía sin que tengas siquiera que mover un dedo...

—No estoy para bromas, Augusto. Tienes que acompañarme a buscar a lord Joseph Walsh.

En un par de atropelladas frases, puso al barón al tanto de lo que ocurría. Augusto de Roe se sorprendió casi tanto como él, estaba claro que la murmuración se había extendido mayormente a través de círculos femeninos, porque nada al respecto se había oído comentar en el club u otros lugares que ellos frecuentaban.

—O quizá lo han hecho a nuestras espaldas, duque, considéralo. Me cuesta creer que las esposas, madres y hermanas de esos caballeros hayan mantenido las bocas cerradas durante la cena — consideró Augusto, con cautela.

—Nadie sabe que voy a comprometerme con lady Rebeca.

—Pero sí que su madre y la tuya eran íntimas amigas de la infancia, y que ambas familias tienen firmes lazos de unión. Imagino que por respeto y deferencia, habrán evitado, de cualquier modo posible, que algo tan reprochable llegue a tus oídos.

—Ese malnacido de Walsh...

Su amigo de la universidad le dirigió una mirada de profunda consternación.

—¿No estarás pensando en retarlo a duelo o alguna estupidez parecida, verdad?

Andrew lo miró largamente. Llevaba horas dándole vueltas a una posible solución. No la que como hombre lo desagraviara más, sino la que resultase más provechosa para su futura prometida.

—Un duelo libraría al mundo de ese infeliz, pero no salvaría la reputación de Rebeca del descrédito. Por el bien de todos, tengo que lograr que la acusación se aclare. Lo que no quita que yo también necesite mi propia venganza.

Augusto se puso en pie y dejó el vaso de licor que él mismo se había servido, ya vacío, sobre la mesa.

—Vamos allá. Te seguiría hasta la muerte, camarada, aunque si no te molesta, procuremos no topárnosla hoy.

—Señor Carson, avise cuanto antes a los doctores Maxwell y Potter. Tengo una gestión importante que encargarles.

—¿A qué viene entrevistarte ahora con el médico de tu familia y con el de los Percy? ¿Quién está enfermo?

—Te lo explicaré por el camino.

La expresión en el rostro del mayordomo de la casa Walsh al recibirlos, fue de terror absoluto. El duque trató de hacerse una idea de lo que el buen hombre llevaba sufrido en los últimos dos días, de cuál habría sido la escandalosa escena protagonizada por Rebeca, conociendo su carácter impetuoso, ese que mantenía oculto y que pocas personas habían tenido el infortunio de enfrentar.

Todas las respuestas llegaron cuando lord Joseph Walsh los atendió, encogido y diminuto, parapetado tras la mesa de su despacho, con un ojo morado. Pese a su excitación y su furia, el duque a duras penas contuvo la risa.

La huella de su valiente futura esposa.

—Duque... Barón...

Andrew dio un paso agresivo en su dirección. Habría jurado que Walsh se puso a temblar.

—Para abreviar y antes de que pregunte estúpidamente qué nos trae por aquí, mencionaré solo un nombre: lady Rebeca Percy. ¿Es suficiente como para situarnos?

—Sí... desde luego...

Andrew tuvo la impresión de que sería un milagro arrancar de su lengua algo más que aquellos torpes balbuceos. Lo indignaba que un individuo tan mediocre hubiese sido capaz de generar todo aquel cataclismo. Dio otra zancada en su dirección, con el rostro contraído por la ira. Augusto se apresuró a sujetarlo por un brazo.

—Este hombre está muerto de miedo —resumió en voz lo suficientemente alta como para que el interesado lo escuchara.

—¿Va usted a... acaso quiere retarme...?

—Debería, Walsh, debería asegurarme de que no ve la luz de un nuevo día. Un caballero honorable jamás se degradaría hasta el punto donde usted ha caído. ¿Tan intolerable le resultó el que la familia Stone lo rechazara, como para inventar semejante infamia?

Walsh hundió los ojos en la alfombra, en sus zapatos, de nuevo en la alfombra. Temblaba con violencia pero el corazón del duque no se conmovió.

—Yo... había bebido, estaba confuso. Sé que no es excusa, no imaginé que tendría tanta repercusión... yo... lo siento.

—¿Le ha pedido disculpas a ella? Imagino que no, le falta valor, decencia y dignidad —dedujo Andrew, sin permitirle responder.

Avanzó hasta ponerse a la altura de lord Walsh. Este saltó de su silla tratando de alejarse, pero Richmond fue más rápido que él. Cuando iba a sujetarlo por las solapas de la levita, Walsh cayó de rodillas al suelo, llorando como un infante.

—¿Qué quiere que haga? ¡Haré lo que usted me pida, duque, lo que me pida!

—Quiero que se encargue de aclarar, persona por persona y casa por casa, con todo aquel con quien hable o se entreviste, que la insinuación de que lady Stone murió asesinada es un

desafortunado malentendido. Que su adorada hija la amaba y se ocupó de ella hasta su último aliento. De todo eso, yo, el duque de Richmond, soy el principal testigo.

Lord Joseph Walsh se aferró a la bota de Andrew, gimiendo y lloriqueando.

—¡Lo haré, lo haré!

—Desde hoy mismo.

—Desde esta misma tarde, señor, haré lo que me pide.

—No se confunda, Walsh, no se lo estoy pidiendo —Lo ayudó a incorporarse. Su postura, su actitud eran, de todo punto, bochornosas—. Si no lo hace vendré a por usted, y le aseguro que no seré tan indulgente.

Ya en pie, Walsh cabeceó garantizando obediencia y sumisión. Lord Richmond bufó planteándose si dar por concluido el enfrentamiento.

—Vámonos, duque, lord Walsh tiene trabajo por hacer —señaló Augusto, acercándose con precaución. Andrew asintió.

—Se lo juro, duque, lo haré, se lo juro...

El patético tartamudeo de Walsh trajo a la memoria de Andrew el sufrimiento que debía de haber experimentado su dulce Rebeca. Tanto como para haberlo golpeado. Miró un instante su ojo sano y...

—Le ordenaste que empezase a limpiar la reputación de lady Rebeca Percy esta misma tarde... ¿A dónde puede ir hoy ese desgraciado con los dos ojos morados? —rio Augusto, una vez en la calle.

El duque se encogió de hombros, se puso el sombrero y le hizo una seña al cochero.

—Es su problema. Pero te aseguro que vigilaré que cumpla con su palabra. Como un lobo en celo.

Capítulo 43

*La maraña de hilo
que se desenreda.*

La petición de Andrew a los insignes doctores de las familias Richmond y Stone, había sido escueto, directo y sumamente eficaz: aprovechar todas las visitas médicas que tuviesen en adelante, para sacar a colación el asunto de la enfermedad de lady Stone, exculpando a su hija de cualquier sombra de duda, y disipando rumores. Era una manera lenta y farragosa de limpiar las manchas que lord Walsh y la inconsciente lady Evelyn Fowler habían estampado en su reputación, pero en cuestión de dos semanas, la opinión pública habría girado como las manecillas de un reloj, y podrían dar por resuelto el espinoso asunto.

Según las noticias que traía el señor Carson, en las cuarenta primeras horas, el plan ya estaba funcionando. Andrew podía imaginarse al venerable doctor Maxwell tratando la gota del conde de Cavendish y hablando de los largos y penosos años de tratamiento a lady Stone, y de la entereza con que los sobrellevó. O al rechoncho doctor Potter, curando los continuos resfriados de la familia Birdtown, alabando las cualidades de su futura prometida, como hija y cuidadora. Nadie mejor que ellos conocía la historia de primera mano y habían vivido, como testigos directos, la realidad del amor que Rebeca y su madre se tenían.

Andrew se sentía pleno y satisfecho. Con la sensación de que por fin, las cosas empezaban a encauzarse.

Hasta que le anunciaron la visita de Lita Rendel.

Por segunda vez había cometido el irreparable error de olvidarla por completo.

—¿Quiere que le diga que no se encuentra en casa, señor? —estaba preguntándole Carson, justo cuando a su espalda, impetuosa y vestida como para asistir a un banquete, apareció Lita Rendel

con cara de pocos amigos.

—No hace falta que se moleste, mayordomo. Acabo de dar con el señor sin su ayuda. Puede retirarse.

Ni Carson ni el duque acertaron a cerrar la boca, aunque el mayordomo, finalmente, sí la puerta, después de lanzar varias miradas de preocupación. Dejar a su señor a solas con aquella mujer enloquecida parecía realmente peligroso.

—No has venido a verme —le espetó ella, directo a la cara.

—Lita, estamos teniendo muchos problemas... Estoy teniendo muchos problemas.

—¿Y qué me dices de los míos? ¡Soy prácticamente pobre! Mis hijastros me han desalojado, malvivo en un hotel, y la renta que tus inservibles abogados han negociado a mi favor es tan ridícula, que no podré siquiera renovar mi vestuario de cara a la próxima temporada.

Andrew la miró a la cara durante un buen rato, sin hablar, hasta que consiguió ponerla nerviosa. Lita se dejó caer en un sofá.

—Deberías ofrecerme algo para beber. Mis nervios están desquiciados.

—¿Eso es todo lo que te preocupa? ¿Comprar vestidos nuevos? Te recuerdo que hay mucha gente que no tiene para alimentar a sus hijos, o que no sabe cómo pasará el invierno. Y las tenemos aquí, muy cerca.

—Ninguno de ellos se llama Lita Rendel —replicó con desafío.

—Pues te aseguro que mis abogados han peleado hasta la última libra. Era deseo de tu marido que no heredaras nada, ni un solo penique.

Lita se revolvió como una bestia salvaje herida de muerte.

—¡Porque sabía lo nuestro! ¡Mi marido sabía que yo estaba enamorada de ti! Esta ha sido su particular y cruel venganza.

Vaya, ese argumento era nuevo. A Andrew se le escapó una tensa y breve sonrisa.

—Lita, tú nunca has estado enamorada de mí.

—No te lo he hecho saber, que es algo muy distinto. A un hombre como tú no se le puede andar rogando, lo sé bien. Pero te constan mis sentimientos...

Lord Richmond caminó hacia la ventana con la intención de alejarse de ella y de sus oscuras maquinaciones.

—Lamento profundamente que tu difunto esposo haya sido tan poco generoso...

—¿Poco generoso? —interrumpió con un grito— Di mejor usurero, tacaño, avaro.

—Dije que pondría mis abogados a tu servicio y lo he hecho. No sé qué más pretendes conseguir de mí.

Los ojos de Lita lo recorrieron con codicia. Abandonó el sillón y corrió a su lado, apoyó las manos sobre el pecho masculino y acercó tanto su rostro al de él, que compartieron el mismo aire.

—Eres responsable de que mi marido me haya dejado sin nada. —Su largo dedo recorrió el borde de los labios del duque, mientras su lengua humedecía los suyos— Deberías alojarme en Coventwood como tu apreciada huésped y pasado el período del luto, tal vez tú y yo, duque, deberíamos... casarnos.

Andrew se deshizo de su trampa con un salto hacia atrás.

—Deja de decir barbaridades. Ya hay alguien con quien debo casarme.

—Debo, debo, debo... qué aburrido, duque. Un hombre fogoso como tú, no rinde culto al debo sino al deseo. ¿Qué desea el duque de Richmond que yo pueda ofrecerle?

—Me temo que nada, Lita, lo nuestro acabó hace mucho. ¿Acaso te he dado alguna señal de interés en todo este tiempo?

—No las necesito, me sigues provocando mariposas en el estómago y para mí es más que suficiente.

—Supongo que mis necesidades, en tu opinión, no deberían ser tenidas en cuenta. Te lo repito, mi compromiso y mi honor pertenecen a otra persona.

—Es cierto, dijiste que te casarías, pero no lo has hecho.

—Todavía.

—¿Todavía? Explícame qué significa.

—Significa que tanto mi prometida como yo necesitamos resolver ciertos asuntos familiares

antes de anunciar el compromiso. Pero no que no exista, o que me haya olvidado de él.

Lita dio un paso atrás con la decepción pintada en su bonito rostro. Decepción mezclada con ira.

—Nunca imaginé que aceptarías un matrimonio impuesto, no eres de ese tipo de personas.

—Quizá no me conoces, Lita, ni la mitad de lo que piensas.

Ella salvó el espacio que los separaba con una velocidad que lo dejó perplejo. Para arrojarle a sus brazos del modo exagerado y melodramático con que Lita lo hacía casi todo.

—Conozco lo suficiente, más que ninguna otra mujer que haya compartido tu cama.

Increíble, pensó Andrew, que lady Rebeca Percy no conociera sus sábanas ni lo que era posible que ocurriera entre ellas, y sin embargo, dominara su alma mejor que nadie.

—Querido, no te entierres en un matrimonio sin futuro, con una mujer que no es capaz de hacerte sentir nada.

—Estás muy confundida, Lita.

—Un matrimonio amañado con una damita aristócrata, sosa y sin pasión, que nunca podrá satisfacerte... —silabeó con burla— Me provoca risa. ¿Aceptaste porque planeabas seguir viéndome tras la boda?

—No lo entiendes, tenía previsto casarme, no enamorarme.

La intensidad con la que esas palabras brotaron de su garganta, le pasó por completo inadvertida a Lita, más ocupada en intentar morderle la boca, contagiándolo con su fiebre. Al girar para liberarse, Andrew vio la silueta de lady Rebeca Percy recortada en la puerta, ahora abierta. Mirándolo pálida, desencajada, con un velo de agudo reproche en los ojos. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Cuánto de aquella desagradablemente íntima conversación había escuchado?

—¡Rebeca!

—Perdón si interrumpo, duque, supongo que puedo volver en cualquier otro momento —indicó, en un tono que partió en dos el corazón de Andrew, girando para desaparecer.

—¡Espera!

Corrió tras ella pensando solo en detenerla, mientras Lita reía desvergonzada, apoyada, perezosa, contra el ventanal.

—Esa damisela insulsa te tiene comiendo en la palma de la mano, querido.

Él paró junto a la puerta y la miró por encima del hombro. Defraudado y rabioso.

—Márchate, Lita. Y por favor, que sea para siempre, no se te ocurra volver.

Capítulo 44

*Descargar de peso el corazón
es un alivio cuyo valor,
a menudo, desatendemos.*

Rebeca había deseado pocas veces que la tierra la tragase, pero esta fue una de ellas.

El entusiasmo la había traicionado. Las buenas noticias corren rápido cuando tienes amigas leales, y Julianna y la señorita Hagstings habían llegado a Amschel House, exultantes de júbilo, a advertirla del cambio que se estaba operando, a toda velocidad, en la opinión pública. Lord Walsh, aquejado de una curiosa enfermedad en los ojos de la que todo el mundo hablaba, estaba desdiciéndose de lo que calificaba como un imperdonable malentendido, y otro tanto sucedía allí donde lady Evelyn Fowler ponía su delicado pie. Varias familias ilustres, además, habían recibido la visita periódica de sus médicos, casualmente, los mismos doctores que atendían a la casa Stone y a la familia ducal de Richmond, y el tema de conversación había girado, sin excepción, en torno a la larga enfermedad de lady Stone y la entrega de su querida hija, mientras duró. Haciendo gala de su habilidosa capacidad para enterarse de todo, lady Evelyn había descubierto que la mayor parte de la estratagema provenía del duque en persona.

Así que Rebeca, tomándolo como una innegable prueba de devoción, había corrido a Coventwood a mostrarle su agradecimiento.

No esperaba irrumpir en mitad de tan apasionada escena: comprobar que la ahora viuda Rendel, aún mantenía un tórrido romance con el que estaba destinado a ser su esposo.

Desafortunadamente, el hombre que contra todo pronóstico, ya se había convertido en dueño de su corazón.

Qué avergonzada, ridícula e insignificante se sintió; si cerraba los ojos, los imaginaba desnudos

entre sábanas, sudorosos a causa del placer, riéndose divertidos por su engaño, riéndose de ella. La última frase del duque se repetía en su cerebro de forma insistente: «*Tenía planeado casarme, no enamorarme.*

No enamorarme. Casarme, no enamorarme...»

No es que no lo supiera ya, él se lo había advertido en una ocasión, ni la amaba ni pensaba hacerlo, se limitaba a cumplir con la promesa hecha a su madre, haciendo honor a su dignidad de caballero. Nada más. Tan simple y tan doloroso para Rebeca, que había tenido la mala ocurrencia de dejarse llevar por las emociones, y por como Richmond la hacía vibrar.

Nada lo obligaba a él a sentir igual.

Mientras corría para salir de Coventwood cuanto antes, notó un desgarró insoportable en el pecho. Apenas si podía respirar, era como si alguien hubiese abierto una herida mortal para robarle algo vital sin lo que no podría seguir viviendo.

—¡Rebeca!

La voz del hombre al que amaba. La misma voz que había hecho pedazos sus ilusiones hacía unos minutos. El hombre que ya tenía otra mujer y se burlaba de ella. No se detuvo, ni pensó en girarse. Al contrario, apretó el paso deseando poder esfumarse en el aire como la niebla de invierno.

—¡Rebeca, para!

No le costó alcanzarla. Por fortuna ya estaban en el jardín, fuera de la casa, fuera de la vista del señor Carson o de cualquier criado preocupado por la tensa escena. Una mano grande de largos dedos que también sabían acariciar, apresó la muñeca de la joven y la forzó a mirar de frente.

—¡Demonios! ¡Deja de correr!

—¡Suéltame! —forcejeó ella, sin llegar a desengancharse.

El duque enlazó también la otra muñeca y la arrastró hasta un bosquecillo cercano, encarcelándola entre su cuerpo y el grueso tronco de un árbol.

—Por favor, deja que te explique.

—Ahora me queda muy claro que sigues mintiendo. Esa mujer jamás ha salido de tu vida, seguro

que la deseas demasiado como para dejarla ir.

—Estás equivocada y no tienes derecho a juzgarme tan duramente. Cuando te hable, acabarás entendiendo.

Rebeca volvió a sacudirse como una fiera, tratando de liberarse, pero la fuerza de Andrew era muy superior. Lo tenía muy cerca, tanto que le costaba concentrarse. Y su pulso acelerado aún lo ponía más difícil.

—¡He dicho que no hay nada que explicar! Ya he visto todo lo que debía saber y he escuchado lo que nunca habría querido oír. Hubiera estado bien saberlo directamente de tus labios, me habría evitado...

—No te mentí, nunca te he mentido. Lo de Lita Rendel acabó, y acabó para siempre.

Andrew sujetó sus muñecas por encima de la cabeza, con una sola de sus manos. Su mirada era intensa, devastadora y verde, y su piel olía a sueños por venir y a noches interminables.

—No niego lo que ocurrió con ella. Tampoco estoy orgulloso. Pasó y debí ponerle freno, pero no lo hice. Era un hombre soltero que no supo negarse el capricho de una diversión. No lo digo como excusa, la única persona a quien tendría que pedir perdón de rodillas, ya ha muerto. Pero quiero que sepas que desde que nos reencontramos tú y yo, no había vuelto a verla.

—¡Suéltame de una vez! —Rebeca sacudió las manos. Andrew ladeó el cuello.

—Solo si me prometes que no saldrás corriendo de nuevo. Detesto correr a estas horas bajo el sol.

Ella apretó los labios indignada, y él lo interpretó como conformidad. Lentamente liberó sus manos, pero su cuerpo seguía estando demasiado cerca, como un escudo infranqueable que la bloqueaba y la alejaba de la libertad.

—Lita tiene problemas graves, por eso y por nada más, ha acudido a mí. Rebeca, tienes que creerme, no hay nada entre esa dama y yo, te lo juro.

«Tenía pensado casarse, no enamorarse». Lo recordaba muy bien.

—Tus pecados del pasado no son de mi incumbencia, no finjas arrepentimiento y desde luego, no me pidas disculpas, lo que tengas o hayas tenido con esa mujer no me concierne. Si la deseas,

adelante, ahora está viuda y libre. No tienes por qué cargar con una damisela insípida que no te inspira nada.

Repitió las palabras de Lita Rendel con tanta amargura, que el aire alrededor se convirtió en gris neblina. Andrew retiró un mechón de pelo que le caía sobre los ojos y la miró con infinito amor.

—Entiende que no habla ella, hablan los celos, el resentimiento y la desesperación. —Apretó su cuerpo contra el de Rebeca, el calor que emanaba su piel la penetró al instante, como un mal veneno— ¿De verdad crees que no me inspiras nada? ¿Que cuando mis manos se acercan y ansían tocarte no estoy sufriendo el peor de los tormentos?

Ella quiso distanciarse, de él, del peligro que representaba, pero el árbol no se lo permitió. Las manos de Andrew rodearon su cintura y se abrieron sobre su espalda.

—Aceptabas casarte, pero jamás enamorarte, eso has dicho y no te lo reprocharé, estás en tu derecho —escupió finalmente—. Pero si tal declaración resume lo que esperas de la vida, quizá deberías haberla compartido conmigo, no con ella, soy yo la que va a destrozarte el futuro en una vida insustancial, sin pizca de excitación.

En un momento, los ojos verdes del duque se llenaron de estrellas.

—¿Eso has creído oír?

—Eso he oído, no me ofendas —remarcó ella.

Él echó atrás la cabeza y soltó una larga carcajada que sonaba a alivio.

—Quería que Lita entendiera que mi plan era aceptar este matrimonio...

—Lo he comprendido —rugió Rebeca—. Perfectamente.

—Pero no tenía pensado, ni por un solo instante, enamorarme.

—Creo que eso nos ha quedado claro. A las dos.

—Sin embargo, para mi asombro... es lo que ha ocurrido.

El tono de su voz se licuó y se hizo dulce al confesarlo. El modo en que la devoró con los ojos, la subió a las alturas. Como si su sino en la vida no fuera otro más que encontrarla y no abandonarla jamás.

—No importa lo que tuviese planeado, Rebeca, el destino me retó a un duelo y tengo claro que

he perdido. Pero si el premio eres tú, soy el perdedor más afortunado de todos cuantos existen.

Despacio, levantó una mano y ella sintió frío en la zona baja de la espalda, allí donde hasta entonces se había apoyado. Le acarició la mejilla con el dorso de sus dedos. Rebeca tembló excitada por su contacto, los ojos fijos en sus deseables labios.

—Deja de mirarme de ese modo —suplicó ella, con un hilo de voz.

—¿Podría saber exactamente cómo te estoy mirando?

—Como si desearas poseerme.

—Acabas de mencionar mi más oscuro e inconfesable secreto.

El corazón de Rebeca dejó de latir cuando él, nuevamente, la besó.

Y esta vez, el beso fue más urgente, más pasional, más profundo. La caricia no pedía permiso como lo pidió en el bosque. Su lengua, sus labios, sus manos recorriéndola, las curvas y durezas de su cuerpo pegadas a ella, gritaban deseo y posesión.

Él hablaba de secretos cuando en realidad era ella quien los guardaba, bajo llave, allí donde nunca pudieran ser revelados. Tenía que sincerarse con él. Si iba a convertirse en su esposa, Andrew tenía que saber quién era realmente y las consecuencias de lo que escondía. Se prometió que lo haría, se lo contaría todo, más tarde, en otro momento. Ahora no podía romper la magia que la hacía sentir a la vez, anhelada y vulnerable.

Se dejó llevar.

Enterró las manos en su pelo y lo atrajo hacia sí para devorarlo del mismo modo que él la devoraba a ella. Un gemido al final, que condujo al duque directamente a la locura.

—Te quiero, Rebeca, por ti sería capaz de cualquier cosa.

Sus palabras de terciopelo, roncadas y en un susurro. Lo suficientemente ardientes como para que el bosque alrededor, pereciera en llamas.

—Venía a agradecerte todo lo que has hecho por mí. No sé cómo has conseguido que lord Joseph Walsh se retracte... —Él asintió, con una media sonrisa—Lo habría pensado dos veces, de saber que esa mujer había llegado primero.

—Olvídate de ella, yo ya hace mucho que me he olvidado.

Su duque perfecto. Tentador.

Se acercó más, un poco más, hasta que entre sus bocas solo cupo el vuelo de una pluma. Y entonces, nuevamente, la besó.

Capítulo 45

*Tiempo de secretos,
tiempo de revelaciones.*

Y no fue un beso cualquiera. Fue el beso del olvido, las promesas recuperadas, el desagravio y la entrega. Fue la mejor forma que tuvo Andrew de rogarle que perdonase sus muchos errores y lo aceptara en su vida tal cual era: imperfecto, impaciente y canalla. Pero enamorado.

Su lengua separó los dulces labios para conquistar con lentitud cada rincón de su boca. Su sabor lo enloquecía. Sus manos, cada vez más osadas, reptaron sujetando su breve talle, deseando adentrarse bajo las capas de encaje de su vestido. Y ambos corazones latían desenfrenados a la par.

Fue un beso interminable y a pesar de eso, cuando se distanciaron para mirarse a los ojos y recuperar el aliento, supieron que había sido demasiado corto. Andrew podía entregarse del mismo modo, con idéntica intensidad, una y mil veces en nombre de lo que sentía. Y nunca sería suficiente.

—Rebeca, te amo —repitió, entrecerrando los ojos—. Creo que nunca he pronunciado estas palabras delante de nadie, solo pensarlas me intimidaba y ahora querría decirlas hasta quedarme sin voz. Te amo, te amo más que a mi propia vida. —Despacio, le acarició la cara—. Dime que tú también me amas.

Rebeca cerró los ojos y dejó escapar otro dulce suspiro que logró excitarlo.

—Claro que te amo. Te amo desde el mismo instante en que te vi, desde el primer minuto en que deseé odiarte... sin conseguirlo.

Pero volvió a esquivarlo agachando la cabeza. Él la tomó de la barbilla y la obligó a enfrentarlo.

—Rebeca, mírame y dime qué te pasa.

—Hay algo que tengo que contarte.

Él acarició sus rizos negros y se perdió de nuevo en la laguna azul de sus ojos.

—Algo terrible que podría alejarte de mí para siempre —le advirtió—. Y debo hacerlo ahora.

—No existe nada vivo que provoque ese efecto, puedes estar segura.

—Ni imaginas de qué se trata, es posible que después de oírme cambies de opinión. Pero no podría casarme contigo sin sincerarme. Deseo que puedas decidir libremente.

Convencido de que exageraba, el duque la rodeó con sus brazos y la animó a sentarse sobre la hierba, entre sus piernas, con su espalda sobre su pecho, mientras él se apoyaba contra el árbol. Rebeca giró para cambiar de postura.

—No. Las confesiones se hacen cara a cara.

—¿Una confesión? Me molesta admitir que empiezas a preocuparme.

—Sabes que a los siete años hice un infantil juramento de amor que durante un tiempo, pensé respetar el resto de mi vida. Te mentí respecto a Simon, no era un noble acaudalado como te dije, no era primo del heredero al trono.

—Lo sé —repuso Andrew, con sorna—, conozco a todos los primos del príncipe heredero y ninguno se llama Simon.

Rebeca encajó lo mejor que pudo el golpe de la sorpresa. El duque, su duque, siempre en avanzadilla, siempre por delante.

—Simon era el hijo del jardinero. Cuando madre descubrió que nos mandábamos cartas de amor a escondidas, decidió que era hora de volver a Inglaterra. Mi historia con ese muchacho fue un imposible que se hizo pedazos.

—No tienes que sentirte culpable, muchas jovencitas se sienten atraídas por miembros del servicio, crecemos juntos, es casi inevitable, natural diría yo —comentó Andrew, algo más relajado al ver de qué se trataba.

—Pero Simon no era el hijo de nuestro jardinero. —La voz de Rebeca se quebró en un sollozo.

Los dedos de Andrew recorrieron sus mejillas, retirando las lágrimas que rodaban.

—Rebeca, no necesito saberlo.

—Sí, Andrew, es vital que lo sepas. Simon era el hijo del jardinero... del orfanato donde me abandonaron de recién nacida y de donde lady Marian me sacó, para convertirme en su hija. Su marido, el conde... mi padre, no estaba al principio demasiado de acuerdo con la adopción pero según me contó mamá, en poco tiempo, su afecto por mí era de tal calibre que todos sentían celos, empezando por ella. Era un hombre noble y protector que murió demasiado pronto. Padre y yo nos adorábamos, y madre siempre lo necesitó a su lado. Fue horrible volver a Inglaterra con su ausencia.

Rebeca acabó su difícil relato con un suspiro.

Por un instante, ninguno de los dos habló. Ella necesitaba recuperarse del esfuerzo que le había supuesto abrirse en canal y dejar en carne viva los más íntimos secretos de su familia. Él, observando cómo las piezas del rompecabezas iban encajando a la perfección y el plan de lady Stone cobraba sentido.

—Ahora lo entiendo todo —susurró impactado.

—¿Has oído lo que te he dicho? Soy una farsa, un fraude, no soy la verdadera hija de los Stone, soy un engaño sin derecho a su apellido, a su fortuna, y mucho menos a ser usufructuaria de Amschel House... Llevo media vida haciéndome pasar por aristócrata cuando ni siquiera sé quiénes fueron mis padres. Podría ser hija de cualquiera, Andrew, de un ladrón, un criminal, de una prostituta. No soy alguien en quien se pueda confiar.

Richmond colocó un dedo sobre sus preciosos labios para que no siguiera por ese camino.

—Necesitabas contármelo, bien, ahora ya lo sé, puedes estar tranquila. No vuelvas a repetirlo jamás donde nadie pueda oírte, no se lo confíes a nadie, ni siquiera a tus amigas más íntimas, y te lo ruego de nuevo, no te sientas culpable de nada. Eres la hija de lady Stone y del conde, porque para ellos eras lo más preciado del mundo, nadie tiene más derecho a llevar el apellido Percy que tú. Ella te eligió con total libertad. En cuanto a Amschel House, Rebeca, la adopción no es legal en Inglaterra, si esto se supiera, teniendo en cuenta que el heredero del título no desea abandonar Escocia, la heredad de tus padres, las tierras que sus antepasados han cuidado y defendido con tanto esmero y sus propias vidas, quedarían abandonadas, usurpadas por el mejor postor.

¿Querías eso?

—No, claro que no.

—Entonces deja de llorar, Rebeca Percy, y olvídate de eso que me has contado. Entierra ese secreto que era tuyo y de tus padres, pero que a partir de ahora será tuyo y mío.

Rebeca lo miró con los ojos anegados. Él devolvió el gesto envuelto en devoción.

—¿Por qué has dicho que lo comprendías todo? ¿Y por qué sonríes?

—Tu madre, esa mujer sabia a la que la mía admiraba, ha demostrado ser perspicaz hasta en el último detalle. Ahora sé con certeza por qué decidió unirnos, el motivo de que entre todas las opciones posibles, me eligiera a mí como tu marido. Y no fue solo porque me tuviese afecto y confianza.

—¿No?

—No, Rebeca. Lo hizo porque yo era, seguramente, el único que podía entenderte y ayudarte a guardar un secreto así; el que no se escandalizaría, el que no juzgaría y el que bajo ningún concepto te rechazaría, si lo averiguaba.

—No lo haces porque me amas.

—Es cierto, te amo y te amaré hasta que mis ojos se cierren para siempre, pero esa no es la razón por la que lady Stone decidió que fuéramos uno.

La tomó por los hombros y la hizo girar, abrazándola desde atrás, hundiendo la nariz en su cuello, sintiéndose el hombre más afortunado de cuantos respiran.

—Tu madre y la mía fueron depositarias, una de los secretos de la otra. Y en nombre de esa confianza absoluta, lady Stone era la única persona, al margen de mis padres, los duques, que conocía mi verdadera historia.

—¿Tu... verdadera...?

—Esa fidelidad inquebrantable que siempre demostró a mi familia, a mi madre, incluso a mí, fue motivo suficiente para que yo le jurase sin dudar, cualquier cosa que me pidiera.

—Por eso accediste a casarte conmigo, de ahí ese empeño por cumplir tu promesa a toda costa.

—Le debía a tu madre casi tanto como le debo a la mía.

Rebeca se separó ligeramente para poder mirarlo directo a los ojos. Estaban poniendo la vida de cada uno en las manos del otro, creando una conexión tan especial y tan fuerte, que duraría toda una eternidad.

—¿Tan grave es el secreto que madre os guardaba?

Una confesión por otra.

—Juzga tú misma: tampoco soy hijo de los duques de Richmond, sino de su difunta cocinera.

Capítulo 46

*Si te confío mi secreto más oculto,
pongo mi vida en tus manos.*

Rebeca se separó del todo, provocándole al duque en el cuerpo un vacío imposible de llenar. Él entendía que necesitara leer su rostro para confirmar que no le estaba mintiendo, que no se había inventado una patraña insensata paralela a su historia, solo para que ella se sintiera mejor.

—Andrew...

Calló su protesta con un suave beso.

—Ahora me tienes en tus manos.

—No es cierto, yo me entregué a ti antes.

—Tienes que jurarme que guardarás mi secreto, como yo el tuyo.

—¿Cómo puedes siquiera preguntarme eso?

Se arrojó en sus brazos sin ningún decoro, salvaje y espontánea, tal y como él la adoraba. Y apoyada contra su pecho, dejó ir en lágrimas toda la presión que había estado conteniendo durante tantos meses. La mano de Andrew voló a su pelo y se enredó en sus mechones, mientras los dos sentían que ese lazo invisible se apretaba y los ataba para siempre.

—Muchos médicos coincidieron en que madre no podría tener hijos y sin embargo, el ducado necesitaba un heredero. Con urgencia. Cuando la joven cocinera quedó encinta de un granuja que además se dio a la fuga en cuanto lo supo, la duquesa protegió a la muchacha, que estaba dispuesta a entregar al bebé a un hospicio en cuanto naciera, y se marchó con ella a Escocia.

—Oh, Andrew...

—Era muy joven, estaba sola y desesperada, puedo entenderlo. Madre supo explicármelo de

modo que pudiera perdonarla; nunca le guardé rencor. Por desgracia, murió durante el parto y después de más de un año, cuando ya nadie podía poner en duda la paternidad de los duques, regresaron a Coventwood con su pequeño heredero en los brazos. La felicidad de madre era tal, que más tarde y contra todo pronóstico médico, nacieron mis tres hermanas, las gemelas y la traviesa Millicent. Te van a encantar cuando las conozcas en la boda.

—¿Ellas están al tanto...?

—No, fue decisión de mis padres mantenerlas al margen de mi origen. Igual que ocurre en tu caso, de saberse la verdad, perderíamos el ducado y todas las tierras, y mis hermanas se quedarían en la calle. No podemos permitirlo.

—Somos entonces, unos estafadores muy bien intencionados.

—Es posible. Apuesto a que los cielos ya nos han perdonado.

Se miraron con infinita ternura, conscientes de que aquel acto de confesión lo habían sellado en nombre de un sentimiento tan devastador, que la palabra amor se le quedaba corta. Era más, mucho más. Sumaba admiración, respeto, deseo absoluto de felicidad del otro, necesidad de no separarse por difíciles que se pusieran las cosas. Acababan de compartir verdades que podrían destruir a sus familias si alguna vez salían de sus bocas. Un pacto sagrado, una alianza que los vinculaba en nombre del amor y la fidelidad, eternamente.

Sus hijos cerrarían los peligrosos círculos que aún se mantenían abiertos, y la adoración que en aquel momento se tenían, crecería hasta tocar las nubes para volver a empezar.

En el jardín empezaba a refrescar, y decidieron volver a la casa. Ya no necesitaban alejarse de oídos indiscretos, todo lo que había que decir estaba dicho y jamás se repetiría. Mientras se besaban, les pareció distinguir la cara del señor Carson y las de la mayoría del servicio, expectantes, pegadas a los ventanales.

Poco les importó. Estaban demasiado ocupados saboreando lo que les inundaba. Ese regalo que no se concede a muchos seres humanos, pero que a ellos les había tocado en suerte.

Tanto el mayordomo como el resto del servicio, parecían emocionados, exageradamente

alegres. Les brillaban los ojos, las bocas curvadas en pequeñas sonrisas tímidas, y los miraban desde lejos con fervor. Sí. Sirvientes tan antiguos y tan fieles como los del ducado de Richmond, debían de vivir el compromiso del primogénito como la mayor fiesta imaginable. Andrew miró con amor a su prometida.

Procurarían no decepcionar a nadie.

Capítulo 47

*Perdones pendientes.
Corazones que reposan.*

Allí estaban las cuatro. Sentadas en el sofá del saloncito amarillo, con un silencio denso y blando como la mantequilla, interrumpido de cuando en cuando por alguna tosecilla nerviosa. El movimiento de las tazas de té sobre los platos y el tintineo de la porcelana. Por fin, en su papel de anfitriona, Rebeca se decidió a romper aquella perturbadora escarcha que las enfriaba conforme pasaban los minutos.

—Creo que no hay razón para prolongar este escenario tan incómodo, lady Evelyn. Si he accedido a recibirla ha sido gracias al ruego e insistencia de Julianna y de la señorita Hagstings. Lady Evelyn Fowler agachó la cara, avergonzada. Sus dedos sobre la taza temblaron de forma visible.

—Debería usted estarles agradecida.

—Lo comprendo, lady Rebeca, y lo estoy. Es usted extremadamente generosa conmigo. Después de cómo me he portado... —Alzó unos ojos azules, suplicantes—. No imaginaría la altura de mi arrepentimiento, lo mucho que deseo que usted me conceda su perdón.

Mirándola, realmente lo parecía.

Julianna y Anne ya habían puesto a Rebeca al tanto de sus esfuerzos para atenuar los desastrosos efectos provocados con su imprudencia, y los ríos de lágrimas vertidos desde que descubrió su error. Pero Rebeca no quiso ablandarse con tanta facilidad.

—Seré franca y por completo sincera con usted, lady Evelyn. Me cuesta imaginarme perdonándola. —Vio cómo sus ojos se humedecían, por más que tratara de disimularlo—. Lo que no quita que hacerlo esté dentro de mis deseos.

—¡Se lo suplico, lady Rebeca! —exclamó esperanzada— Confieso que no es la primera vez que soy tan descuidada con mi lengua, pero sí la que más profundamente lamento. Hablo demasiado.

—Habla demasiado —corroboró Julianna, provocando otro sollozo de lady Evelyn.

—Hablar mucho no es malo, lo terrible es hablar sin pensar —matizó Rebeca. Anne Hagstings asintió con la cabeza.

—Tengo la dudosa fortuna de enterarme de muchas cosas, de casi todo, en realidad —admitió lady Evelyn, compungida—. Mis oídos parecen especialmente adiestrados para captar cualquier chisme que sobrevuele en los alrededores. No es algo que haga de forma consciente, tienen mi palabra, simplemente, sucede. La información me persigue. Pero debo aprender a contenerme. Les juro, tienen mi palabra de que aprenderé a contenerme.

—Debe hacerlo, lady Evelyn —afirmó Rebeca, con mesura—, de lo contrario, puede causar graves daños a gente inocente, ya lo vio.

La bonita cara de lady Evelyn Fowler se crispó en una mueca desesperada.

—No lo tengo, pero si tuviera el poder de volver atrás en el tiempo, si pudiera... Debí saber que lord Walsh inventaba movido por el resentimiento, debí leerlo en sus malintencionados ojos. — Se giró a mirar a Julianna— Oh, señorita Donne, usted tuvo razón todo el tiempo, desde el principio, y yo no quise escucharla.

Incapaz de seguir manteniendo la compostura por más tiempo, lady Evelyn se rompió y la sacudida de sus sollozos fue tal, que la señorita Donne tuvo que ayudarla quitándole la taza de té de las manos, antes de que lo vertiera sobre su vestido.

—Trate de calmarse —le aconsejó Julianna, con voz balsámica.

—A fin de cuentas, lo hecho, hecho está —resolvió Rebeca, resignada—. Me habría gustado conocerla en otras circunstancias, haber contado con su apoyo ante una acusación tan terrible, con un poco de su fe, en lugar de permitir que la convirtieran en el instrumento de venganza de lord Joseph Walsh.

—Lo sé, lo sé... estoy tan furiosa, me utilizó, me dejé utilizar...

—No es por empeorar las cosas, pero la señorita Hagstings y yo disponíamos de los mismos

datos que usted y sin embargo, escogimos confiar en lady Rebeca—le recordó Julianna, ofreciéndole el té de nuevo.

Los sollozos de lady Evelyn se redoblaron.

—Vivimos en una sociedad injusta y difícil, lady Evelyn —manifestó Rebeca, con un tono de voz mucho más amable—. Mientras que los hombres están llenos de derechos y privilegios, nosotras no tenemos ninguno, tan solo obligaciones y sumisión. Si no nos unimos, si en lugar de ayudarnos entre nosotras nos acuchillamos, nuestra existencia será infinitamente desgraciada, y cualquier esperanza de salvación estará perdida.

—Tiene toda la razón, lady Rebeca, toda la razón —asintió la tímida Anne, retirándose una lagrimita de la esquina del ojo.

—Y dado que lady Evelyn no ha sido invitada a la fiesta del anuncio de mi compromiso —prosiguió Rebeca con calma—, no cambiaré eso. Pero sí le enviaré una invitación para que nos acompañe el día de nuestra boda.

Lady Evelyn clavó en Rebeca sus ojos inundados de lágrimas. Soltó la taza en manos de Anne Hagstings, abandonó su asiento y corrió hasta donde se encontraba, cayendo de rodillas a su lado, tomándole las manos con agradecimiento y desesperación, llevándoselas a la mejilla. Rebeca intentó, sin ningún éxito, que se incorporara.

—Lady Rebeca, tiene razón, la tiene. Y es usted tan sabia y generosa... Juro que a partir de ahora y a pesar de todo, tendrá en mí a su más fiel defensora.

—No necesito que sea mi defensora, Evelyn. Basta con que entre nosotras no nos traicionemos.

Capítulo 48

Y fueron felices por siempre jamás.

Andrew no sabía decir si era histeria o simple emoción lo que le provocaba presentar formalmente a su prometida ante su madre y hermanas, pero el intenso hormigueo que le recorría brazos y piernas, no era algo a lo que estuviese habituado. La duquesa viuda había corrido a desplazarse desde Londres nada más recibir la carta y venía, al parecer, de muy buen humor. Cogidos de la mano y todo lo excitados que cabía esperar, Rebeca y su duque aguardaban para recibirla a la entrada de Coventwood.

Mathilda Richmond, duquesa viuda y Millicent, su hija menor, viajaban con el carruaje más grande, lo que significaba que debían venir cargadas de equipaje. Y antes incluso de que el coche se detuviera del todo, la traviesa Millicent, de catorce años, ya había saltado a tierra, con riesgo severo de torcerse un tobillo, para arrojarle a los brazos de su hermano, entre gorjeos de felicidad.

—¡Por fin! ¡Por fin una boda de cuento de hadas en Coventwood!

—Que no te oigan tus hermanas mayores o te retirarán la palabra —le advirtió él, entre risas. Millicent lo miró con dos ojos relucientes.

—Esas dos llegan mañana. ¡Qué apuesto estás, hermano! —Desvió la vista hacia Rebeca y su preciosa sonrisa se hizo aún más amplia— Lady Rebeca, qué ganas tenía de conocerla personalmente. —Intercambiaron pequeñas reverencias—. He pasado tantos años interna en ese horrible colegio que...

—Millicent, deja de protestar, hija mía. ¡Rebeca, querida!

Mathilda se apeó del carruaje con ayuda de un lacayo y sin perder tiempo ni respetar el protocolo, abrazó a Rebeca como si fuese una más de sus hijas, algo que hizo inmensamente feliz

a Andrew. Tras besarla en la mejilla, se distanció un poco para observarla.

—Qué alegría volver a verte, pequeña, estás tan bonita... Hijo mío.

—Madre. —Andrew la besó del modo que tenía acostumbrado desde niño. Ella se entretuvo un instante, con un mechón de pelo de su hijo entre los dedos.

—Recibir carta anunciando vuestro compromiso me ha hecho la mujer más feliz de Inglaterra. Nunca pensé regresar a Conventwood —miró alrededor—, dejé aquí demasiados recuerdos dolorosos, pero la ocasión lo merece. —Volvió a centrar su atención en Rebeca—. Verte de nuevo me recuerda tanto a mi querida Marian...

—¡Tengo hambre! —interrumpió Millicent.

La duquesa la reprendió con los ojos y una mirada veloz.

—¡Millicent! Trata de comportarte, aunque solo sea por no disgustarme.

—¿Es que no han preparado nada de comer? ¿Señor Carson?

El buen hombre, que hasta entonces se mantenía en un discreto tercer plano, le sonrió con afecto.

—Claro que sí, milady. Tenemos una mesa rebotante de sus platillos favoritos.

—Millicent tiene razón, mamá —intervino Andrew—, habéis recorrido un largo camino, estaréis exhaustas y hambrientas. Entremos para que podáis descansar y reponer fuerzas.

—Tenemos tanto trabajo por delante, organizar la boda del año no es tarea simple, que lo sepáis, pienso lograr que todos se queden con la boca abierta. Señor Carson, acérquese para que pueda saludarlo como merece. —Mathilda dio un paso adelante entre las cumplidas reverencias del mayordomo y los demás criados—. Sepa usted que goza de toda mi gratitud por la devoción y diligencia con la que cuida del duque...

Sin parar de hablar, más como si fueran viejos parientes que como servicio y patrona, entraron. Millicent dando saltos de felicidad, la duquesa viuda cambiando impresiones con el hombre responsable de que Coventwood continuase en pie. Andrew tomó del brazo a su futura esposa, y los dos rieron ante lo espontáneo de la escena y la evidencia de que nada los salvaría de que Mathilda organizase la boda.

—¿Qué tal has encontrado a mi madre?

—Tal cual la recordaba, pese al tiempo transcurrido. Un huracán de energía imparable. Y Millicent... Oh, es encantadora. Andrew...

—Dime, amor mío.

Rebeca se detuvo para mirarlo con una intensidad que lo paralizó.

—Tenías razón cuando me dijiste que compartir nuestras... historias, implicaba un vínculo especial. Solo mirar a la duquesa viuda, saber lo que hizo, su enorme generosidad, el modo en que ambas, tu madre y la mía, guardaron sus mutuos secretos y se apoyaron. En un mundo hostil para las mujeres, encontrar un alma gemela de ese calibre es ganarse el cielo.

La mano de Andrew voló hasta el cabello de su prometida y lo acarició con una sonrisa enamorada.

—No te quepa duda. Un cielo que nosotros hemos conquistado por segunda vez.

Y en Mayo...

segunda entrega de la serie «Guante de seda»

Prólogo

*El día en que Julianna
escuchó «Abracadabra»*

—Veo dos hombres marcados en tu destino —la vidente tenía voz de ultratumba y los ojos fijos en el techo—. Uno traerá protección, hogar y amor verdadero. Te enseñará a valorar la esencia de lo importante. El otro... solo te ofrecerá desgracia, desengaño y vergüenza.

Las emociones que transmitía la sala se parecían bastante a lo que provocaría visitar el panteón de un cementerio, de noche y a solas. Las cuatro jóvenes estaban sobrecogidas, mirándose y preguntándose, sin hablar, si concertar aquella cita con la médium más famosa de Londres, había sido una buena idea. Al fin y al cabo, ellas solo habían venido acompañando a lady Rebeca Percy, futura duquesa de Richmond, a la modista que le preparaba el ajuar para su boda.

El rostro de la adivina bajó de un golpe seco, y las miró una a una. Julianna Donne juraría que hasta ahora había tenido los ojos en blanco, y se estremeció de pies a cabeza.

—¿Quién de ustedes es Julianna? —De nuevo, aquella voz del inframundo las hizo saltar sobre sus sillas.

—Yo... —respondió la pelirroja, con un nudo en la garganta.

La decoración densa y opresiva, saturada de terciopelo y pesados cortinajes. La luz dorada de las velas reflejándose en las paredes forradas de seda. La mesa redonda y Julianna Donne, lady Rebeca Percy, lady Evelyn Fowler y la señorita Anne Hagstings, sin atreverse a respirar, con la atención puesta en la médium vestida de deslumbrante satén.

—El vaticinio te pertenece —sentenció la vidente.

—¿Dos... caballeros?

Julianna no podía creerlo. En aquel momento no había un solo hombre en su vida, nadie que la

pretendiera. Sus padres la habían enviado desde Venecia a Inglaterra a vivir con sus tíos, con la sola intención de conseguir un buen marido. Mientras su madre se impacientaba y su querida tía organizaba el calendario de fiestas y eventos sociales de la temporada con la mayor ambición, ella soñaba con sentir el dulce aguijón del romance atravesándole el pecho hasta conquistar su corazón, desde una única mirada.

La médium pareció abandonar momentáneamente el trance y con un suave gruñido, rodó los ojos por la mesa y la miró fijamente.

—Dos. Distintos entre ellos, diferentes como la noche del día. Y de su buen juicio en la elección dependerá el resto de su existencia. Le advierto que será una decisión casi imposible de tomar.

—¿Pero no ve nada que pueda ayudarla a decidir cuando ese momento crucial llegue? —se impacientó lady Evelyn.

La adivina le dedicó una mirada que era más una reprimenda que otra cosa.

—He dicho todo cuanto veo. Recuerden, y esto va para las cuatro, que los caballeros poco honorables, aquellos destinados a decepcionarnos y alentarnos con falsas promesas, son siempre los más seductores. También los que con mayor eficacia destruyen nuestra ingenua ilusión.

—Mi primo, el heredero del condado familiar, viene a visitarnos justo después de su boda, lady Rebeca —anunció lady Evelyn, emocionada—. Sería maravilloso poder presentárselo a la señorita Donne y...

Con una especie de gorgoteo brotado directamente del vientre y un tirón inhumano de su cuello, la pitonisa volvió a clavar sus ojos en la lámpara que colgaba del techo.

—Su primo es un mujeriego incorregible. Un caballero embaucador y peligroso del que toda dama debería cuidarse.

En la penumbra, todas miraron a lady Evelyn, que pestañeó sorprendida y de seguro, hondamente ofendida por semejante advertencia.

—Madam Lia, le ruego que no lo tome a mal, pero le recomendaría ser más prudente en sus juicios, usted no tiene el gusto de conocerlo...

—He dicho todo lo que veo —repitió la médium, con un murmullo que parecía a punto de

apagarse.

Con expresión resignada y un gracioso gesto de su hombro, lady Evelyn se disculpó, quizá por admirar tanto a un hombre presuntamente reprobable, quizá por ser, además, su más querida prima.

—No se fíen de las apariencias —finalizó la intimidante adivina—. En las vidas de ustedes cuatro, especialmente usted, Julianna, flota algo engañoso. Las cosas pueden cambiar, del blanco al negro en cuestión de segundos. Extremen la cautela.

Pero su última mirada, nadie supo por qué... se la dedicó a Evelyn.

GRACIAS por leerla.

Si te ha gustado, me ayudarás a difundirla dejando un comentario en Amazon.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Agradecimientos

Llegué hasta aquí, triste y decepcionada. Por muchas cosas. Perdida la ilusión por escribir, algo que antes, que siempre, me había llenado el alma. En serio, os digo que pensé que jamás saldría de mi teclado una nueva historia. Pero uno de esos ángeles sin alas que andan rulando por la tierra, me agarró las mechas y me puso marcando el paso. Me enseñó que hay que ser fiel a la esencia con la que naciste, que todos los esfuerzos merecen la pena, que si había que derrumbar lo que construí por muchos años y empezar desde cero, ahí estaba su mano. Y la tomé, vaya si la tomé. Y no viviré lo suficiente como para agradeceréte, mi querida L. Marie.

Y a mis lectoras cero, algo más que mi agradecimiento. Todo mi amor. ¡¡Formamos un pedazo de equipo!! Siempre juntas, chicas, hasta las tantas de la mañana, que sarna con gusto no pica.

Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer «Tus secretos y los míos» de entre toda la oferta actual. Que haya sido mi libro el elegido, que haya caído en tus manos y le hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con las siguientes entregas de la serie.

Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases un comentario o reseña en la plataforma de venta. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores. De nuevo gracias.

Deja aquí tu comentario:

Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.

Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales?

INSTAGRAM: @serendipiaestarkescritora

<https://www.instagram.com/serendipiaestarkescritora/?hl=es>

FACEBOOK: Serendipia Escritora

<https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/>